

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XIII

SANTIAGO DE CHILE
1921

APUNTES

(Don Manuel Montt y don Belisario Prats.—El proyecto de ley de cementerios laicos.—La ley de inconvertibilidad de los billetes bancarios.—La cuestión de límites con la República Argentina.—Conversación con don Manuel Bilbao.—Política y administración.—Reducción de la fuerza pública.—Dificultades que el Gobierno encuentra en el Congreso.—Tentativas para derribar la estatua de Buenos Aires.—Las calificaciones electorales.—Don Ambrosio Montt.—Don Julio Zegers.—La cuestión argentina.—El proyecto de tratado con la República Argentina en el Consejo de Estado, en la Cámara de Senadores y en la de Diputados.—Movimientos populares contra el tratado.—Renuncia del Ministerio Prats.—Formación del Ministerio Varas-Santa María.—El General Arteaga y el Almirante Williams.—Crisis ministerial.—Nombramiento del Ministerio Santa María-Amunátegui).

SEPTIEMBRE 21 DE 1870—Anoche me dijo Rosario Reyes que en uno de estos días pasados, había estado con don Manuel Montt y que lo había encontrado muy disgustado con la administración tal como está constituida en este momento. Belisario Prats no le inspiraba ninguna confianza por su honorabilidad y el empréstito para el cual se ha pedido autorización no se empleará en pagar la deuda interior, sino sabe Dios en qué. Uno se sorprende al ver juicios tan apasionados y tan exajerados de parte de un hombre de talento, anciano y que tiene gran experiencia de los negocios públicos. Los montt-varistas no perdonan a Prats el capítulo que hizo, en días pasados, para barajarles el plan que tuvieron de sacar neta la comisión conservadora en el Senado.

AGOSTO 20 DE 1877.—La ley de Cementerios que se discute en la Cámara de Diputados ha producido alguna excitación en la jente devota y los politiqueros del partido conservador clerical han querido explotarla para sus fines políticos. *El Estándarte Católico* y el *Independiente* han puesto el grito en el cielo,

hablan de persecución religiosa y llaman a los fieles para la defensa de los derechos de la religión y de la Iglesia.

La ley que se discute fué presentada por don Domingo Santa María el año 1872, algunos meses despues de la cuestión promovida por el Obispo de la Concepción, con motivo del entierro del Coronel don Manuel Zañartu.

El proyecto de ley fué informado por la comisión respectiva, pero quedó encarpetado en la secretaría de la Cámara, tal vez porque pasaron algunos años sin que algun nuevo incidente llamara la atención a la cuestión que había motivado esta ley. Los conflictos ocurridos en este año entre los párrocos de Copiapó, Valparaíso, San Fernando y Concepción con las autoridades civiles, con motivo del entierro de algunos individuos, han llamado otra vez la atención a este asunto y la comisión respectiva de la Cámara de Diputados puso en la tabla el proyecto de ley de cementerios.

Despachados los otros asuntos, llegó su turno a este proyecto de ley en cuya naturaleza y transcendencia se habían fijado poco los Diputados.

Con el objeto de ponerse de acuerdo para la discusión de este asunto, se reunieron los Diputados de la mayoría en casa del señor Cood (Enrique) y entónces advirtieron, tal vez por primera vez, que la cuestión era más delicada que lo que a primera vista les parecía y que las opiniones estaban muy encontradas. Algunos querían un solo cementerio, común para todos, y prohibición de fundar cementerios para las diversas comunidades religiosas. Otras aceptaban pura y simplemente el proyecto de Santa María. Otros hacían observaciones al artículo primero de este proyecto que dispone que los cementerios públicos actuales sean comunes. Algunos de los asistentes se retiraron antes de que se tomáse algún acuerdo y los que quedaron acordaron algunas proposiciones que los que se retiraron creían que no les obligaban.

En otra reunión posterior, en casa del mismo Cood, se reunió un número ya menor de diputados, se trató otra vez del asunto sin resolver nada, y hasta ahora los diputados de la mayoría no se han puesto de acuerdo.

El debate dura ya algunos días y fuera de don Aniceto Vergara, todos los oradores, J. C. Fabres, J. N. Hurtado, A. C. Vicuña, han hablado en contra de la ley y la han considerado como de persecución contra los católicos.

Los politiqueros del partido conservador han querido aprovechar la excitación producida por este proyecto de ley entre la jente devota para iniciar la organización del partido, moviendo el sentimiento religioso, anunciando una era de calamidades para la religión. Conseguirán probablemente algunas adhesiones y algún dinero para sus futuros trabajos políticos.

AGOSTO 20 DE 1877.—Don J. V. Lastarria nos manifestó hace algunos días, el deseo de tomar parte en el debate, para darle dirección. A su juicio, la cuestión se había sacado de su verdadero terreno. Los otros Ministros observaron que no había llegado aun la oportunidad de que el Gobierno interviniera y el señor Lastarria convino en postergar su intervención. Sin embargo, en la sesión del 15, el señor J. M. Balmaceda anunció que el señor Lastarria tomaría parte en el debate, y aún que le había pedido le cediese la palabra. Comprometido de esta manera el señor Lastarria, tomará parte en el debate después que concluya de hablar el señor A. C. Vicuña.

JULIO 28 DE 1878.—El 19 del presente vino a verme don Melchor Concha y me dijo que tenía encargo de los Directores del Banco Nacional de Chile de revelarme la angustiosa situación en que se encontraba dicho establecimiento. Me expuso que, en pocos días, la reserva metálica se había reducido hasta llegar a poco más de \$ 400,000 y que, por efecto de algún pánico que había en la plaza, temían siguiera la demanda de numerario hasta poner el Banco en situación de no poder hacer frente a sus compromisos. Además del pánico, contribuía también la extracción de numerario para el extranjero por falta de retornos. Me dijo Concha que había llegado el caso de pensar

en la inconvertibilidad de los billetes, pero que un arreglo entre los Bancos podía todavía retardar esta medida. Me pidió estimulase al Ministro de Hacienda para que influyese con el fin de procurar ese arreglo i que convocase yo a los Gerentes de Banco con el mismo fin.

Al día siguiente, y apenas habia llegado a la sala de despacho, entró don Augusto Matte y me dijo que la situación de los Bancos y especialmente del Nacional era tal que sólo podía evitarse su clausura declarando inconvertible los billetes. Pocos momentos después entró don Melchor Concha y me dijo que venía con el propósito de decirme que el arreglo entre los Bancos, de que me había hablado el día antes, no era suficiente y que era necesario proceder a la inconvertibilidad de los billetes.

Matte me dijo que, antes de decidir esta medida, quería consultarla con don Antonio Varas, como lo hizo efectivamente algunas horas más tarde. Varas, cuando habló con él Matte, estaba ya impuesto de la situación del Banco Nacional y convino que la medida era necesaria para salvar al país del cataclismo que se habría producido si el Nacional y tras él los otros establecimientos de crédito hubieran cerrado sus puertas.

Dos o tres horas después de hablar con Concha y Matte, vino don Rafael Sotomayor trayendo un parte del Gerente del Nacional en Valparaíso al Directorio del Banco en ésta, en el que se decía que la situación era tan premiosa que se hacía necesario tomar en ese mismo día la medida de la inconvertibilidad.

Como por la ley de 1866, el Gobierno se comprometía a no emitir papel moneda ni a permitir la inconvertibilidad de los billetes, y ese compromiso rige aún respecto a los Bancos Nacional y Edwards, esa medida no podía tomarse sin el acuerdo de este último Banco. Por este motivo Matte puso un telegrama a don Jorge Ross, Gerente del Banco Edwards, pidiéndole viniese al día siguiente, como efectivamente lo hizo.

Convinimos en reunirnos a las 12½ del día siguiente, que era Domingo, los Ministros, don Antonio Varas, don José Besa, Gerente del Banco Nacional y don Jorge Ross que debía venir de Valparaíso. Nos reunimos en efecto y, al poco tiempo de hablar sobre el asunto, me persuadí que Ross no venía en la disposi-

ción de ánimo que yo suponía. Yo sabía que los directores del Nacional en Valparaíso habían hablado con Ross y Saldías y que, aunque estos no aceptaban de muy buena gana la medida, creían que al fin la aceptarían. Pero, por lo que hablé con Ross, ví que no se encontraba en esa disposición, que creía que había exageración en los temores del Nacional y que podría salir del apuro sin la medida que solicitaba. Viendo las dificultades que ponía Ross, Besa se vió en la necesidad de manifestar con sinceridad y franqueza la situación del Banco Nacional, en vista de lo cual Ross se manifestó ya más asequible.

Estuvimos reunidos hasta las 6 de la tarde, sin haber avanzado gran cosa. Era necesario vencer la resistencias de Ross para satisfacer las exigencias del Nacional y al mismo tiempo tener en cuenta las que pudieran tener los otros Bancos. Ross convenía en la inconvertibilidad, pero se resistía al curso forzoso; Besa creía que sin el curso forzoso, la inconvertibilidad servía de poco. Ross quería que los billetes fueran garantidos por un depósito en bonos igual a la emisión. Besa encontraba exagerada esta exigencia. Ross pedía que los Bancos abonasen intereses por los billetes que no pudieran canjear; Besa encontraba inconvenientes, aunque al fin convenía. Nos separamos quedando de reunirnos en la noche a las 8½.

A esa hora vinieron los Ministros, don Melchor Concha y Toro, don José Besa y don Eduardo Matte. Seguimos tratando del asunto y convinimos al fin en todos los puntos que debía comprender el proyecto de ley que debía presentarse al día siguiente. Estuvimos reunidos hasta las 2 de la mañana.

Al día siguiente se reunieron en casa de don Melchor Concha, éste con don Augusto Matte, Ross, Edwards y Besa con el objeto de redactar el proyecto de ley.

El Consejo de Estado estaba convocado de antemano para tratar de otros asuntos y Matte pudo presentarle el proyecto de ley acordado.

El Senado tenía también sesión ese día y después de tratar de los asuntos en tabla, el Vice-presidente, don Alejandro Reyes, pidió sesión secreta para asuntos particulares. En la sesión secreta se le sometió el proyecto de ley y fué aprobado por unanimidad.

Inmediatamente después de aprobado en el Senado, el Presidente de la Cámara de Diputados, don Melchor Concha, citó a ésta para asuntos urgentes para las 8 de la noche. Los diputados asistieron creyendo los más que se trataba de algún incidente de la cuestión argentina y después de reunidos se constituyeron en sesión secreta. La discusión fué larga y la sesión duró hasta las dos de la mañana.

A las 9 1/2 del día siguiente se reunió el Consejo de Estado, prestó su acuerdo, y antes que se abriesen los Bancos, la ley estaba promulgada.

Fué fortuna y mucha casualidad la rapidez con que se dictó esta ley y que el público no hubiera advertido de que se trataba de ella. De otro modo los Bancos habrían tenido que cerrar ese día.

SEPTIEMBRE 20 DE 1879.—Conversación con Bilbao.—Cree posible limitar el arbitraje al territorio comprendido entre una línea longitudinal que parta de la bahía Oazy, se prolongue al norte hasta cortar el paralelo 52. Me refirió que circulaban en Buenos Aires cartas de José Alfonso a Barros Arana en que le decía que tratara de embromar hasta que llegase el blindado Cochrane y que le recomendaba mucho las buenas relaciones con el Brasil.

SEPTIEMBRE 26 DE 1878.—Ayer estuvo a verme Manuel Bilbao, me pidió los documentos que me había dejado permitiéndome tomar copia de ellos, hablamos de la cuestión de límites y aunque me mostró un parte de Buenos Aires en que se le decía que no era posible admitir el arbitraje limitado en la forma de que habíamos hablado el día anterior, me dijo, sin embargo, que se creía autorizado para decir que sería aprobado. Según ese proyecto Chile quedaría dueño de la parte occidental del Estrecho hasta el puerto de Oazy, de allí se tiraría una línea al norte hasta el paralelo 52 y la parte comprendida en ese paralelo, la línea mencionada, el Estrecho y el mar Atlántico sería sometida al arbitraje, como la parte oriental de la Tierra del

Fuego. Me leyó parte de cartas escritas por José Alfonso a Diego Barros; en una le habla de la conveniencia de estrechar nuestras relaciones con el Brasil, le dice que es preferible mantener relaciones con un gobierno serio como el Brasil que con la chimuchina de Repúblicas que nos rodean; que Chile debe mantener relaciones con el país que le convenga sin fijarse en la forma de Gobierno; que él preferiría tener relaciones con el Brasil, Bélgica, Inglaterra, etc. que con Bolivia. En otra carta le dice que es efectivo que hemos pedido demasiado, pero esto ha sido con el propósito de obtener un arreglo más ventajoso.

OCTUBRE 10 DE 1878.—Belisario Prats me ha dicho que anoche estuvo con don Mariano Sánchez, miembro de la Junta Directiva del Partido Liberal, y éste le leyó una circular secreta dirigida a ciertas personas de los departamentos pidiéndoles, poco más o menos, los datos siguientes:

Con qué personas puede contar el partido liberal y con cuáles de los otros partidos, qué empleados son amigos y cuáles pertenecen a los otros partidos. En el orden judicial un dato parecido. La Junta pretende además que esta circular sea remitida por el Ministro del Interior.

OCTUBRE 17 DE 1878.—La administración debiera estar separada de la política, pero es imposible. Pocos mandatarios habrán tenido a este respecto una resolución tan firme como la mía, y creo también que ningún Gobierno de Chile ha procedido como el que yo presido, en asuntos administrativos, con tanta independencia de la política, y sin embargo ha sido en muchos casos necesario ceder. Se trató en días pasados del nombramiento de Compromisario para las cuestiones que puedan suscitarse entre el Fisco y el contratista del ferrocarril de Angol a Curicó. En el Ministerio anterior este asunto había sido tratado y se había convenido en nombrar a don A. Varas. Hice presente esta circunstancia a B. Prats y me dijo, con razón,

que en el momento presente el nombramiento de Varas haría mal efecto entre los amigos liberales y podían suscitarse algunas dificultades en la Cámara de Diputados, por cuanto algunos creerían que el actual Gabinete persistía en las tendencias montt-varistas que se suponían al anterior.

Cuando se trató en Consejo de Ministros de este asunto se propusieron a M. A. Matta, M. García de la Huerta, M. Recabarren, F. Vargas-Fontecilla. Convinimos en Matta, se le escribió y contestó negándose. Volvimos a tratar el asunto y se acordó nombrar a García de la Huerta. Este desempeñará muy bien el cargo por su honorabilidad e inteligencia. Tiene además la ventaja sobre Varas que puede dedicar a este asunto todo su tiempo. El nombramiento de Varas, sin embargo, habría sido mejor recibido por el público en general.

OCTUBRE 16 DE 1878.—Con motivo de la pobreza del erario he tenido, desde que fuí elegido para el puesto que ocupo, que sostener una lucha constante para que se mantengan, en una fuerza suficiente, los elementos que cuenta la sociedad para defender el orden público e impedir los excesos a que puede entregarse nuestra plebe en un momento dado.

En todos los Ministerios que he tenido ha habido una parte que creía que vivíamos en el mejor de los mundos, que Chile era una nueva Arcadia, que no necesitamos para mantener el orden público y resguardar la sociedad de los malhechores, de policía, guardia nacional o ejército de línea.

Hace dos años era tanto el clamor que había en la Cámara y en la prensa contra el exceso de fuerza de línea que había en Santiago, que Prats quiso enviar a la frontera, dejando sólo medio batallón de infantería, 50 hombres de caballería y una Compañía de artillería.

Cuando se discutía el presupuesto para el año 77 con dificultad pude conseguir que el Ministro de la Guerra sostuviera la Guardia Nacional. Todos o casi todos los Ministros la creían inútil y decían que era imposible contar con el apoyo de la

Cámara de Diputados. Efectivamente, la partida relativa a ella pasó apenas por un voto.

Instalado el Gabinete presidido por don Vicente Reyes, tanto por las ideas de éste y las de sus compañeros, como por la necesidad de hacer nuevas economías, se procedió a disolver la guardia nacional, medida que fué universalmente aplaudida. La misma penuria del erario me obligó a reducir la fuerza del ejército, muy diminuto ya. Los batallones de infantería se redujeron a 300 plazas de 400 que tenían, la artillería de seis compañías se redujo a cuatro y cada Compañía de cien hombres a setenta y cinco, los diversos escuadrones de caballería se redujeron de 140 a 120 hombres cada escuadrón.

En estas medidas, que yo siempre he considerado muy desastrosas, han influído las ideas extravagantes que se habian jeneralizado de que era imposible en Chile un trastorno del orden público y que para contener las malas pasiones de la chusma bastaba la pequeña fuerza de policía, pero sobre todo la maldita pobreza del erario, que ha sido para mí un grillete que me ha esclavizado.

No se puede gobernar, uno es esclavo de todo el mundo, cuando se vive como he vivido en el tiempo que llevo de administración. Despues de efectuado algun empréstito respiramos por algunos meses, pero, pasado cierto tiempo, principian los apuros. Llega el momento de remitir fondos a Europa para el pago de los intereses de nuestra deuda, se acerca el primero de cada mes i nos encontramos sin que haya en tesorería con que hacer los gastos, y en necesidad de pedir prestado a este o al otro banquero.

Léjos de encontrar cooperación en el Congreso para salir de esta difícil situación, he encontrado todos los tropiezos imaginables. Imposible imaginar un cuerpo mas destituido de patriotismo, de miras elevadas, de espíritu práctico que la actual Cámara de Diputados; dividida en cinco o seis pequeños circulos, para los cuales la patria es la *coterie* en que viven, con un contingente considerable de charlatanes y vanidosos, es imposible que un cuerpo deliberativo pueda hacer algo de provecho. La actual Cámara de Diputados concluirá su período dejando los mas pobres recuerdos, y esto en circunstancias en

que el país habría necesitado de un cuerpo legislativo inteligente y patriota para que lo ayudara a salir de la difícil situación que atraviesa.

OCTUBRE 16 DE 1878.—El lunes de la semana anterior, algunos estudiantes de medicina se propusieron dar una cencerrada a don Manuel Bilbao, que debía salir al día siguiente para Valparaíso, con el objeto de embarcarse al subsiguiente para Buenos Aires.

Al efecto se reunieron en la Alameda quince o veinte estudiantes con pitos, cajas de lata. etc., y se dirigieron a la plaza de Armas donde se encuentra el Hotel Santiago en que se alojaba Bilbao. La comitiva se aumentó en el camino y en la plaza habían reunidos de 1,500 a 2,000 individuos, curiosos la mayor parte. Allí gritaban muertas a Bilbao, quisieron algunos entrar al Hotel pero la policía se los impidió y uno de muchos oradores que dirijieron la palabra a la poblada los invitó para ir a destruir la estatua de Buenos Aires. Una parte pequeña de la gente reunida en la plaza se dirigió a la Alameda con el fin indicado, y habían principiado a derribar la estatua cuando llegó la policía y se los impidió.

Cuando estaban en la plaza todavía y se hablaba de ir a destruir la estatua, vino Freire (Zenón) a consultarme qué hacía si pretendían destruirla, que por precaución había dispuesto fuese alguna fuerza de policía. Le dije que de ningún modo debía consentirse en que destruyesen dicha estatua. Hubo personas de las que vinieron a verme en esa noche y la siguiente que eran de opinión que no debía impedirse la destrucción de la estatua.

Algunos bribones creyeron llegada la oportunidad de trastornar el orden público o efectuar un saqueo en la ciudad, y al día siguiente se repartieron en los arrabales y chacras vecinas invitaciones a la rotería para venir en la noche al centro diciéndoles habría saqueo.

Los diarios dan una idea de lo que pasó en las noches del martes y miércoles (8 y 9).

El peligro en que se ha encontrado la ciudad ha provenido parte de la pobreza en que se encuentra la última clase y sobre todo de lo escaso de las fuerzas que guarnecen la ciudad.

La tropa de línea está por el momento reducida a 515 individuos que apenas bastan para cubrir las guardias. En caso de necesidad no podrían ponerse sobre las armas más de 200. La policía está reducida a 600 plazas. De estos 100, poco más o menos, enfermos o con licencia y 40 o 50 de guardia en el cuartel o retenes.

OCTUBRE 17 DE 1878.—Hoy he leído en *El Ferrocarril* la sesión de la Municipalidad de anoche. El Intendente propuso el aumento de la policía y se opuso el señor Diaz Besoain, municipal clerical, fundándose en que el aumento de la policía iba a servir al Gobierno para las elecciones, que se harían calificar los 100 o 200 individuos con que se pensaba aumentar el cuerpo de policía. Cuando uno vé semejantes escentricidades se duda si estamos metidos en una loquería o vivimos en el mundo real. La necesidad del aumento de la policía se ha hecho visible con motivo de las escenas de la semana pasada. Lo que ha dado gravedad a esas escenas es la conciencia que se tiene de la falta de fuerza con que cuenta la autoridad para oponerse a cualquiera tentativa de desórdenes. Es verdad que ha habido gente devota que ha dicho que los desórdenes de la semana pasada han sido todos obra del Gobierno para tener ocasión de pedir un aumento de fuerza pública con miras electorales. Es bien curioso el interés que por la libertad electoral manifiestan los enemigos natos de esa libertad.

NOVIEMBRE 8 DE 1878.—La calificación se hace en medio de los mayores desórdenes. La Junta de Mayores Contribuyentes, en su mayoría conservadora o clerical, nombró los vocales de las mesas de ese color en su mayoría, en otras pusieron nombres imaginarios para que no pudieran funcionar. Esto último lo han hecho en las subdelegaciones en que no contaban elec-

tores favorables. Los diarios de estos días dan cuenta de los desórdenes.

Me está tocando recojer el fruto de las leyes absurdas que se han dado en estos últimos años. Una de estas es la ley de elecciones. En esta ley, sólo se ha tenido en vista privar al Gobierno o sus agentes de toda ingerencia en las operaciones electorales. Los abusos de la intervención gubernativa en las elecciones han tenido esa consecuencia. Nos hemos ido al otro extremo. La desconfianza se ha extendido no sólo al gobierno y sus agentes, sino a las Municipalidades.

La mayoría de la Junta de los Mayores Contribuyentes nombra las mesas y las nombra del mismo color de su mayoría. El Presidente de la Junta de Mayores Contribuyentes designa los locales en que deben funcionar, distribuye los registros, y, en todo esto, obra con la mayor parcialidad.

Se ha establecido una mesa calificadora para cada subdelegación, lo que es excesivo. Si es fácil encontrar vocales que den alguna garantía, para cuatro o seis mesas, no lo es para 40 o más.

La no rectificación del registro es otra fuente de infinitos abusos. La calificación se ha convertido en un medio de ganar plata. Los descamisados se califican diez o veinte veces y venden su calificación por cualquier cosa. Una vez dada la calificación sirve esta para votar. La traba que para esto ha propuesto la ley es ineficaz. Impone penas al que se califica más de una vez, pero esas penas son imaginarias porque está visto y probado, por la experiencia, que nadie quiere encargarse de hacer acusaciones y perseguir a los reos de delitos electorales, y estos tienen siempre a su favor un partido que los apoya.

NOVIEMBRE 9 DE 1878.—Ayer siguieron y en mayor escala los desórdenes en las mesas calificadoras. Dieron el ejemplo los conservadores impidiendo con grupos de plebe el acceso a las mesas y dando sólo entrada a sus afiliados, calificando con el mayor cinismo a individuos imaginarios. Los liberales, a su vez, llevaron turbas para oponerlas a las de los conservadores y el re-

sultado final ha sido que la chusma ha principiado a obrar por su propia cuenta. Las mesas que han sido asaltadas ayer lo han sido por la rotería, por el deseo de bochinche y sin que intervengan los agentes de los partidos.

Estoy cosechando los frutos de leyes absurdas, inspiradas ya por la repulsión que había producido la intervención gubernativa en las elecciones, ya por el espíritu populachero que domina desde hace años en nuestro Gobierno i Congreso.

La ley de elecciones vigente parece calculada para favorecer toda clase de desórdenes y fraudes. Don Vicente Reyes, con el mejor espíritu, propuso la reforma de aquellas disposiciones más defectuosas. Nacionales, conservadores y muchos liberales pusieron el grito en el cielo atribuyendo dicha reforma a propósitos de intervención. Cada partido creyó que dicho proyecto iba calculado en contra suya y sin embargo lo que en él se había buscado era la garantía de todos. Cuando se trató de este asunto quedé asombrado de la obsecación de nuestros hombres públicos, aun de los más caracterizados. Los nacionales fueron los que más alharaca hicieron a la presentación del proyecto de reforma y a ellos fué debido que el Senado ni siquiera se ocupara de este asunto.

Los conservadores, como he dicho antes, dieron el ejemplo de los abusos y desórdenes en las mesas calificadoras. Creyeron seguramente que los liberales les dejarían hacer. Los desórdenes de ayer les inspiraron ya temor y sobre todo creyeron que, al paso que iban las cosas, o no habría calificación o podría anularse la elección y consideran lo uno y lo otro perjudicial a sus intereses.

A las 3 o 4 de la tarde don Carlos Walker y don Angel C. Vicuña vinieron a verme y me dijeron que los desórdenes del día eran debidos al Comandante Chacón (don Manuel), quien los había promovido por medio de la policía secreta. Les dije que esto era pura fantasía, que la policía secreta no pasaba de 10 individuos y que léjos de ser promovidos por la policía esos desórdenes, el Intendente acababa de estar a verme para pedir el auxilio de la tropa de línea para que mañana no se repitiesen. Les dije que era una vergüenza lo que ocurría en Santiago y que lo mejor que podían hacer era invitar a los otros par-

tidos, comprometerse a obrar decente y legalmente y tomar las medidas para evitar los abusos y las pobladas. Me pidieron propusiera a los liberales que convinieran en el nombramiento de personas caracterizadas que diesen garantía a todos los partidos que fueran a las mesas y vijilaran la calificación. Me pareció bien el temperamento y quedé de comunicarlo a los otros.

Llamé en efecto a Zenón Freire y le pedí viera a los liberales y les propusiera el arreglo de que me habían hablado Walker Martínez y Vicuña.

NOVIEMBRE 18 DE 1878.—El 15 concluyó la calificación. En Santiago ha sido una farsa. La calificación no se ha hecho en las mesas sino en casa de don Domingo Fernández Concha y otros.

Don Aniceto Vergara interpeló al Ministro del Interior sobre los abusos que se han cometido en Santiago. El Ministro contestó que el Gobierno no podía responder de los abusos cometidos por un partido. El resultado probable de la interpelación será el nombramiento de una comisión de la Cámara que investigue e informe sobre la manera como se han hecho las calificaciones.

Se ha hablado en estos días de arreglos entre conservadores y liberales. Estuvieron hace días a verme y con el objeto de quejarse del Comandante Chacón, los señores Carlos Walker Martínez y A. C. Vicuña. Hablando con ellos les dije que lo mejor que podían hacer era entenderse con los liberales para proceder de acuerdo y proceder de una y otra parte legalmente en las calificaciones. Convinieron en ello, y yo quedé de hablar con los liberales. Llamé a Freire y le encargué hablar con los de la Junta Liberal para que vieran a los de la Junta Conservadora y se pusieran de acuerdo. Fueron en efecto a casa de Fernández Concha, don Dositeo Errázuriz, don Ramón Barros Luco y no sé quien más en representación de la Junta Liberal. Fernández Concha les propuso que el arreglo no se limitara a la calificación sino que se extendiera a la elección, y les indicó que dejasen a los conservadores cinco Diputados y dos Senadores. Los liberales pidieron dos Senadores, pero Fernández Concha contestó que era imposible porque tenía compromisos.

Indicó que los Senadores conservadores serían él y don Francisco de B. Larraín. Entre los liberales unos estaban por aceptar el arreglo, otros por rechazarlo.

Ha sobrevenido despues la interpelación de Aniceto Vergara que puede irritar los ánimos y hacer dificultoso el arreglo proyectado.

NOVIEMBRE 27 DE 1878.—Anoche concluyó en la Cámara de Diputados la interpelación de Aniceto Vergara sobre los abusos cometidos en las calificaciones de Santiago. Concluyó con un discurso de Isidoro Errázuriz que ha sido muy aplaudido.

Ambrosio Montt creyó buena la oportunidad para exhibirse y recordar su personalidad a los electores de algún departamento. En sus angustias, llegó hasta echar piropos a los curas que se convierten en agentes electorales. Al pobre Ambrosio le pasa algo de muy original. Se cree un gran personaje, algo como Mr. Thiers. De cuando en cuando, toma la palabra para pronunciar un largo discurso, que él supone es leído como se leían los grandes discursos de Thiers. Ha sido siempre en teoría, un furibundo partidario de la no intervención gubernativa en las elecciones, persuadido seguramente, de que no oponiéndose el Gobierno a su elección, sería proclamado senador o diputado en todas las provincias y departamentos. Ahora que el Gobierno ha puesto en práctica la no intervención, sucede que en ninguna provincia o departamento se han acordado de Ambrosio y, no queriendo atribuir este fenómeno a su verdadera causa, se le ha ocurrido que yo he ordenado a todos los Intendentes y Gobernadores que combatan su elección a toda costa. Es la injusticia más grande; hasta ahora ni ningún funcionario me ha hablado de la elección de Ambrosio, ni yo he hablado con nadie de este asunto.

DICIEMBRE 7 DE 1878.—A consecuencia de la escena que se produjo en la sesión del 4, en la Cámara de Diputados, Zegers (Julio), por conducto de Prats, me envió su renuncia. Habla-

mos con Prats sobre si la aceptaríamos o nó. Había para aceptarla, buenas razones, pues Zegers, por sus intemperancias en las discusiones del Congreso y por la ligereza con que de ordinario procede, nos pone a menudo en dificultades. En cambio, una crisis ministerial en las circunstancias presentes, en que está para decidirse el arreglo con la República Argentina y en que nos encontramos sin tener en arcas fiscales con que hacer el servicio público, podría traer consecuencias deplorables y crearme serios conflictos. Tal como está constituida la Cámara de Diputados es muy difícil la organización de todo Ministerio. La Cámara se haya dividida en cinco o seis pequeños grupos y es de necesidad que todo Ministerio cuente con la adhesión de los grupos liberales que forman la mayoría y que de ordinario no viven entre ellos en la mejor armonía. No siempre las personas que uno llama para organizar el Gabinete están dispuestas a dejar sus ocupaciones para entrar a una carrera laboriosa y en la que no se recojen sino sinsabores, y no siempre también aquellos que convendría entrasen al Gabinete están dispuestos a servir juntos.

Teniendo en vista las dificultades que de ordinario hay para la organización de un Gabinete y las circunstancias del momento, convinimos en pedir a Zegers que continuase. Zegers, por su parte, había hecho su renuncia sólo por delicadeza, i no insistió en ella.

DICIEMBRE DE 1878.—Nos encontramos por el momento bajo la impresión de noticias llegadas por el telégrafo de Buenos Aires que hacen temer una guerra con la República Argentina. El día ... del mes pasado, la corbeta «Magallanes» apresó la barca americana «Devonshire» que cargaba guano en Monte León, al sur del río Santa Cruz. Llegada esta noticia a Buenos Aires, ha producido allí mucha excitación y parece que el Gobierno se ha visto en la necesidad de corresponder al sentimiento público tomando medidas que revelan un ánimo belicoso. Don Victorino Lastarria recibió un parte de Manuel Bilbao, en el que le dice que la excitación es muy grande y que para calmarla es necesario una desaprobación de este Gobierno.

del acto ejecutado por la «Magallanes». Ayer recibí yo, transmitido por don Mariano Sarratea, otro parte de Bilbao, en el que me dice poco más o menos lo mismo, y me agrega que el Gobierno argentino hace preparativos colosales. Por otras partes recibidos por el cónsul argentino, y comunicado por éste a don José Arrieta, sabemos que la Cámara de Diputados argentina ha tenido sesiones secretas para tratar de este asunto, que se ha autorizado al Gobierno para disponer de cuatro millones de pesos. Ultimamente los periódicos han publicado una nota del Ministerio de Relaciones Exteriores de Buenos Aires en que pide a los diarios no publiquen nada relativo al movimiento de tropas o de buques. Todas estas noticias traen alarmada la opinión y nosotros nos hemos creído en la necesidad de tomar algunas medidas de precaución que nos ocasionan gastos de mucha consideración en circunstancias en que nos vemos en dificultades para atender las exigencias del servicio público ordinario.

Mientras subsista el estado actual de nuestras relaciones con la República Argentina, tendremos todos los días incidentes como el que acaba de tener lugar. En el tiempo que he pasado en el Gobierno, ya como Ministro de la Guerra, ya como Presidente de la República, han ocurrido varias veces incidentes que han alarmado la opinión, tanto en Chile como en la República Argentina, y han hecho probable un rompimiento entre los dos países. Por este motivo, siempre que se ha tratado de la cuestión con la República Argentina, he sido de opinión que debía procurarse llegar a un arreglo de esta cuestión, y no he participado del sentimiento de muchos que opinaban porque esta cuestión se aplazase indefinidamente.

DICIEMBRE 10 DE 1878.—Anteayer se sometió al Consejo de Estado el pacto con la República Argentina. Hablaron en su favor Fierro (Alejandro), Lastarria y Santa María. Este, hizo algunas observaciones, manifestando que creía más oportuno que no se sometiese al Congreso hasta las sesiones del año próxi-

mo, a lo que se contestó por Fierro y por mí, diciendo que no podía dejarse pendiente esta cuestión en una época agitada como la que vamos a pasar, que los partidos tratarán, por miras electorales, de excitar los ánimos y hacer talvez imposible un avenimiento. Tanto Santa María como Lastarria manifestaron también que consideraban poco prudente el acuerdo de tratar este asunto en el Congreso en sesiones secretas, que el tratado era bueno, que los cargos que se le hacían era porque no lo conocían y que el misterio iba disponiendo mal los ánimos. Fierro contestó que el Gobierno argentino había pedido que este convenio se mantuviese reservado y que nosotros habíamos accedido, que viendo la imposibilidad de mantener la reserva habíamos dicho al señor Sarratea se dirigiera a su Gobierno pidiéndole nos desligase de este compromiso.

Se tomó votación y resultó unanimidad en favor del tratado. Cuando se levantó la sesión, varios consejeros se acercaron a mí, para felicitarme por el feliz desenlace de esta cuestión.

Ayer se trató de este asunto en el Senado en sesión secreta. Ibáñez pidió se postergase la consideración de este asunto hasta las sesiones del año venidero, a lo que no se accedió. En seguida habló Ibáñez en contra del tratado, ponderando las ventajas de la Patagonia, la necesidad que tenía Chile de extenderse y lo indiscutible de nuestros títulos. Contestó Fierro, habló en seguida Varas (Antonio) y quedó el asunto para la sesión de hoy.

✓ DICIEMBRE 13.—Ayer continuó en el Senado la discusión del tratado chileno-argentino. Varas siguió con la palabra exponiendo que si el tratado hubiera contenido tales o cuales disposiciones peores que las observaciones que hacia, no eran un obstáculo para su aprobación. Habló Vicuña (Benjamín) demostrando que la Patagonia era un desierto sin porvenir. Contestó Ibáñez repitiendo lo que habia dicho en la sesión anterior. Quedó con la palabra don Eugenio Vergara.

Con motivo de las palabras que vertió Zegers en la Cámara de Diputados, refiriéndose a la administración Montt, me dijo Saavedra (Cornelio), al día siguiente, que su posición en el Mi-

nisterio se hacia difícil por cuanto sus amigos, los nacionales, quedaban muy resentidos. Yo le hice presente los inconvenientes que una crisis ministerial tendría en el momento presente, que en política no debíamos dejarnos llevar por impresiones y que debíamos colocarnos a más altura.

A los dos dias volvió Saavedra a hablarme de la situación en que se encontraba, que sus amigos nacionales estaban muy disgustados y que extrañaban que no hubiese dejado el Ministerio. Quedé de hablar con Sotomayor (Rafael), como efectivamente lo hice. Sotomayor me dijo que efectivamente había mucho disgusto de parte de los nacionales por las expresiones de Julio Zegers, que había algunos que pensaban que debía salir del Ministerio, pero que otros y entre estos don Antonio Varas, creían no debía hacerlo. Los nacionales han tenido dos reuniones para tratar de este asunto y al fin concluyeron por acordar que Saavedra continuase en el Ministerio. Al proceder así, los nacionales han temido que se organizara, saliendo Saavedra, un ministerio puramente liberal, hostil a ellos, y que interviniendo en las elecciones haga estériles los trabajos que hacen.

DICIEMBRE 15 DE 1878.—Antes de ayer concluyó en el Senado la discusión del tratado chileno argentino. Habló don Eugenio Vergara, muy bien, segun dicen. Se contrajo a la cuestión y la dilucidó muy bien. Ibáñez contestó en seguida la descripción de la Patagonia que habia hecho en la sesión anterior Vicuña Mackenna. Hablaron en seguida Lastarria y Alejandro Reyes y cerrado el debate se votó resultando 18 votos y uno en contra, que fué el de Ibáñez. Don Manuel Montt salió por enfermedad, antes de la votación, pero en una carta a doña Emilia Herrera de Toro, de la cual se publicó parte al dia siguiente, le expresó que su opinión habría sido favorable.

Tanto aquí como en Valparaíso hay gentes que se han propuesto aprovechar esta oportunidad para suscitar una agitación. El pretesto es que el tratado es deshonesto. Se ha hecho representantes del honor nacional la gente menos honorable del país. En Valparaíso los tres diarios, el «Mercurio», el «Deber»

y la «Patria» atacan el tratado. En Santiago solamente las «Novedades», diario redactado por pillos y que explota el escándalo.

Ayer tuvo lugar un meeting preparatorio, segun dicen, en contra del tratado. Fué promovido por don Alberto Gandarillas, individuo loco. Habló don Máximo Lira. La concurrencia seria de 400 individuos, pijes, niños i gente patibularia.

Del teatro se fueron a casa de Ibáñez. Este no gustaria mucho de semejante ovación. Les dijo que el tratado no era deshonesto y que si él lo habia combatido, había sido por otras consideraciones.

DICIEMBRE 17 DE 1878.—El meeting que se reunió artes de ayer en Valparaiso fué un fracaso. La jente que asistió a él en número como de 2,000 individuos fué de la última clase. Los oradores que hablaron todos criticando el tratado como deshonesto fueron un hijo de Montiel, un Bianchi de la misma ralea y Joaquín Larrain Zañartu.

Ayer se ha hablado mucho de la conducta de Ibáñez. Está haciendo un papel doble que le hace despreciable a los ojos de todos, amigos y enemigos del tratado. A unos dice que el tratado es bueno, que su oposición servirá para que lo aprueben en Buenos Aires. En la sesión del sábado, del Senado, declaró que no consideraba el tratado deshonesto y que si lo había atacado era porque lo creía desventajoso a los intereses de Chile. A los pillos de las Novedades les dice que el tratado es deshonesto y los estimula a que escriban contra él. Esto se lo aseguró a Freire, el cronista de las Novedades, un tal Briebe. Aun se ha dicho que algunos de los artículos de las Novedades son escritos por él.

El meeting que habían anunciado para esta noche en la Alameda, se ha postergado y dicen que tendrá lugar el Jueves en algún teatro o casa.

Los clericales han dado talvez más importancia al movimiento que se procura hacer contra el tratado y parecen inclinados a ponerse del lado de la corriente. Esperan sin duda adquirir popularidad para las elecciones. No vacilarían estos caballeros en lanzar al país a los azares de una guerra desastro-

sa para obtener algunos votos en favor de sus candidatos. Esta es la moralidad de nuestros partidos, y los clericales, que se llaman el partido conservador, son los que dan este ejemplo.

DICIEMBRE 18 DE 1878.—Anoche vino a casa don Alejandro Fierro y me dijo que sabía que los radicales, unidos a los clericales y algunos liberales, se proponían votar porque el tratado con la República Argentina pasase a comisión. El objeto que tienen en vista los que esto se proponen es aplazar la aprobación del tratado, dando así gusto a los bullangueros. La postergación del tratado puede traer consecuencias muy graves en la situación delicada en que se encuentran las relaciones de los dos países. Nos obligará, además, a mantener nuestros buques en pié de guerra ocasionando gastos que no podemos soportar. Todas estas consideraciones las dejan a un lado muchos de nuestros diputados para no pensar sino en que, votando de esta o de aquella otra manera, puede comprometerse su elección.

Fierro creía que tendría mayoría la indicación de que el tratado pasara a comisión y se inclinaba a que nos adhiriéramos a ella. Convinimos, sin embargo, en que, siendo una cuestión de trámite, la Cámara procediese como mejor creyese.

DICIEMBRE 24.—El vapor que llegó a Valparaíso, de Magallanes, el 21, trajo la noticia de que había en Santa Cruz cuatro buques argentinos y esta noticia ha producido alguna excitación y entorpecerá la discusión del tratado. Al día siguiente recibimos la correspondencia de Magallanes y en ella se me dice que un oficial Moscoso, que fué a Santa Cruz, enviado por el Gobernador, dejó en ese punto, el 3 del presente mes, cuatro buques argentinos, que habían ido allí trayendo resfuerzos y víveres para la guarnición que tiene el gobierno argentino en ese punto. El hecho en sí no tiene gran importancia, pero servirá de tema para que alcen la voz los bribones que quieren precipitar al país en una guerra desastrosa.

Anoche debió seguir en la Cámara la discusión del tratado, pero Prats, por no encontrarse presente Fierro, pidió se suspendiera la discusión.

Por encargo nuestro, Sarratea y Arroyo don Agustín se han dirigido al Gobierno argentino haciéndole presente la dificultad en que pone a este gobierno la presencia de esos buques en Santa Cruz.

La situación que en este momento atraviesa el país es bien crítica. En el estado de nuestras relaciones con la República Argentina un incidente cualquiera puede precipitarnos a la guerra. Aquí como en la República Argentina hay turba inconciente dispuesta a cualquier desmán que puede comprometernos. Todos los días se nos anuncian reuniones en la Alameda con el objeto de destruir la estatua de Buenos Aires. Un incidente de esa naturaleza aquí o en algún punto de la República Argentina puede producir una conflagración.

Aunque toda la gente seria e ilustrada que puede dar juicio sobre el tratado, lo aprueba y lamenta la posibilidad de una guerra, esa gente se mete en su concha, mientras tanto unos cuantos pillos y populacheros, algunos especuladores políticos y otros que esperan hacer negocio con la guerra, gritan y van formando una mala atmósfera. Los tres diarios de Valparaíso soplan la guerra, y los periódicos de provincia van tomando el mismo rumbo.

A este peligro se unen las dificultades de la situación financiera. Con los temores de guerra no encontraremos en los bancos ningún auxilio y el día menos pensado nos veremos en la imposibilidad de pagar empleados o hacer el servicio de la deuda.

DICIEMBRE 28 DE 1878.—Ayer llegó de Valparaíso don Mariano E. de Serratea, a quien llamamos, para ver modo de allanar el incidente que ha entorpecido la discusión del tratado. Le expresamos que el estado de los ánimos era de mucha susceptibilidad y que era deber de ambos gobiernos no hacer nada que pudiera poner en dificultad al otro; que nosotros estábamos decididos a proceder de este modo y que era justo que el

argentino hiciera otro tanto. Respecto de la presencia de los buques argentinos en Santa Cruz le dije que hiciera presente a su Gobierno el mal efecto que había producido en la opinión de este país; que con justicia o sin ella, se había visto en la presencia de esos buques el propósito de hacer presión en el ánimo de este país. Sarratea quedó de escribir por el telégrafo a su Gobierno.

Anoche don Ricardo Letelier interpelló a los Ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra sobre el estado de las negociaciones con la República Argentina y sobre las medidas que el Gobierno había tomado. Tomó también parte en la discusión don Máximo Lira pidiendo al Ministro de Relaciones Exteriores comunicara las actas y protocolos de las negociaciones. A Letelier contestó Fierro que sólo en ese día había llegado el señor Sarratea y que por consiguiente nada podía aún decir. Saavedra (Cornelio) que a la noticia de los preparativos que se hacían en Buenos Aires, nuestra escuadra se había preparado y que había ido a Lota a proveerse, pero que no había seguido al sur porque se había principiado a tratar. A Lira contestó Fierro que las negociaciones habían sido entre Gobierno i Gobierno, siendo sólo intermediario el señor Sarratea, no se habían levantado actas ni protocolos.

Es bien triste que los destinos de este país estén confiados a locos o badulaques que inconcientemente o por malos motivos hacen lo posible por comprometer al país en una guerra desastrosa e injustificada. No ha sido otro el propósito de Letelier y Lira. Han interpellado para ver si arrancan al Ministerio algunas palabras que puedan explotar para encender las pasiones. Y todo esto se tolera y aún se aplaude por miras políticas.

El partido clerical, al cual pertenece Lira, explota la cuestión argentina para sus miras políticas. Si la guerra se declarase haría cargos al Gobierno porque no la había evitado, pero creen muy lícito, para ponerlo en conflicto, soplar la discordia, excitar las pasiones creyendo que sólo hacen un mal al Gobierno.

✓ **ENERO 7 DE 1879.**—Hoy continuará en la Cámara la discusión del tratado. El señor Sarratea pasó una nota al Gobierno declarando, a nombre de su Gobierno, que la presencia de los buques argentinos en Santa Cruz no tenían un propósito hostil ni había ningún antecedente que pueda justificar ese propósito. Esa nota servirá de antecedente para que se continúe la discusión.

El conflicto que ha sobrevenido con el Gobierno de Bolivia contribuirá a modificar los espíritus respecto al tratado argentino. Muchos verán cuan peligroso es enredarse sin motivo justificado en una guerra con la República Argentina. Al día siguiente, el Gobierno de Bolivia habría anulado el tratado vigente y es muy posible que con el tiempo habríamos tenido en contra, además de los argentinos, a los bolivianos.

ENERO 11 DE 1879.—Capítulo de carta a don Victorino Lastarria. «En cuanto a las diputaciones de esa provincia, yo le aconsejaría preocuparse poco de ellas y apoyar, con el influjo que le da su posición social como vecino de esa provincia y su carácter de intendente, puramente personas de juicio y patriotismo. Por mi parte, deseo llegue el día en que Ministros, Intendentes, Gobernadores dejen de entretenerse, como los niños en hacer muñecas, en hacer diputados. Creo que si se deja a los vecinos de los departamentos la designación de sus candidatos, por lo menos, no serán estos peores que los candidatos oficiales».

✓ **ENERO 15 DE 1879.**—En la sesión de ayer de la Cámara de Diputados concluyó de discutirse el convenio con el Gobierno argentino y fué aprobado por 52 votos contra 8. Se ha empleado en la discusión de este asunto seis u ocho sesiones en las que poco se ha hablado del pacto y sólo se ha procurado embromar y hacer perder tiempo. No creo que en ningún país se vea la falta de respeto y consideración de los unos por los otros que se ve en nuestra Cámara de Diputados. En las seis u ocho

sesiones a que me he referido sólo se ha procurado por algunos diputados perder el tiempo y molestar a sus compañeros.

Los radicales, que al principio estuvieron por la aprobación del pacto, concluyeron por votar en contra de él, no porque les pareciera mal, sino porque se indispusieron con el Ministerio.

ABRIL 15 DE 1879.—Me encuentro en crisis ministerial. El domingo los Ministros me presentaron su renuncia. Yo les hice presente que bastaba me notificasen sus deseos y que me dejaran pensar y consultarme. Los Ministros, sin embargo, y especialmente Prats, insistieron.

Los motivos que han inducido a los Ministros a dar este paso son los siguientes:

La lucha electoral pasada ha ocasionado muchos rencores y enemistado al Ministerio. Todo el que no ha sido elegido diputado o senador, cree, como sucede siempre, que ha sido por culpa del Ministerio. Todos estos descontentos se aprovechan de las difíciles circunstancias por que atravesamos para hacer guerra al Ministerio, criticando las medidas que se toman con ocasión de la guerra en que estamos comprometidos, diciendo que nada se ha hecho. En un pueblo, crédulo e ignorante, cuyos sentimientos están exitados por la guerra, estos cargos encuentran eco fácilmente.

El voto de censura que algunos diputados propusieron fué rechazado por una muy considerable mayoría. Los Ministros no quedaron, sin embargo, satisfechos. Muchos diputados amigos se resistieron al simple rechazo del voto de censura y prefirieron votar la orden del día por cuanto ella no implicaba una declaración de confianza en el ministerio.

El Ministerio no encontraba entre los mismos amigos una adhesión franca. Muchos de ellos lo apoyaban, pero lo criticaban y decían que en las actuales circunstancias era necesario un gabinete compuesto de grandes personajes como Varas, Santa María, Covarrubias (Alvaro).

Al día siguiente de la renuncia del Ministerio fué Augusto Matte a ver a don Antonio Varas para pedirle que viniese a verme.

Vino y le propuse se encargase de organizar un gabinete. Despues de dos horas de conversación, se negó. Yo le dije que no admitía excusas y que esperaba que, reflexionando, aceptaría.

En la noche se reunieron en su casa varios de sus amigos, entre ellos don M. Montt i don Silvestre Ochagavía, y le instaron mucho porque aceptase. Quedó, segun me dijo Matte, de contestar hoy a las 9.

A eso de las tres de la tarde estuvo en mi despacho A. Matte y me dijo que don A. Varas debía dirigirme una carta en la cual, antes de aceptar, me haría algunas preguntas.

✓ ABRIL 23 DE 1879.—Varas aceptó al fin y ha organizado el gabinete en la forma siguiente:

Varas, Interior; Santa María, Relaciones Exteriores; J. Huneeus, Justicia; A. Matte, Hacienda; Basilio Urrutia, Guerra.

El nuevo Gabinete ha sido muy bien recibido por la opinión en general.

En una de las primeras reuniones del Consejo de Ministros se acordó llevar un libro de los principales acuerdos.

✓ ABRIL ... DE 1879.—En el Consejo de Ministros que ha tenido lugar hoy, don Julio Zegers leyó una carta de don Javier Huidobro en la cual hace ofrecimiento para la guerra, de 1,000 corderos y 500 fanegas de trigo; hace al mismo tiempo algunas observaciones sobre la guerra. Con este motivo, dijo don Julio, que el público se sentía descontento porque no se veía actividad en la organización militar, Saavedra con este motivo, dijo que debía pensarse en buscar otro Ministro de la Guerra, que él se sentía enfermo y no se creía a la altura de la situación.

Hubo con este motivo algunas discusiones, al fin Saavedra se calmó y se trató de la organización del ejército que debe operar en Iquique y según lo acordado en la reunión que tuvimos antenoche con los Ministros y Generales Arteaga (Justo), Villagrán (José Antonio) y Baquedano debía acantonarse en Santiago.

JULIO 11 DE 1879.—Santa María fué a Antofagasta con el fin de entenderse con el General Arteaga y Williams sobre el plan de campaña y ver cuando podría el ejército situado en Antofagasta emprenderla.

Volvió el 7 del presente con Sotomayor (Rafael) y Alfonso (José).

Traen la impresión de que el General Arteaga no tiene voluntad de emprender una campaña y que, aún teniéndola, no está en aptitud de dirigirla. Alfonso cree que está chocho y que una acción dirigida por Arteaga sería perdida. El General, según las personas que han venido de Antofagasta, se ocupa de detalles, oye chismes, y abandona las atenciones que le corresponden.

El ejército se ha reunido sólo para algunas revistas que ha pasado. No se ha pensado en ejercitarlo en maniobras de línea, simulacros, etc.

La caballería en Antofagasta, perdiéndose de gordos los caballos, en vez de encontrarse en Quillagua haciendo reconocimientos al interior.

No se sabe en el Cuartel General del ejército peruano acantonado en Tarapacá, más que lo que dice la voz pública.

Habrían podido emprenderse desembarques parciales en Pisagua, para destruir el ferrocarril, u otros puntos de la costa peruana, pero nada se ha hecho.

Ha habido, en realidad, carencia completa de iniciativa de parte del General. Ha permanecido en Antofagasta, temiendo siempre ser atacado por peruanos o bolivianos, sin hacer nada para hostilizarlos.

El Comandante Ramírez (Eleuterio), que se encontraba en Calama, le avisa un día que se divisaban avanzadas enemigas

del lado de Chiuchui. Sin más auto ni traslado, el General dá la orden para movilizar todo el ejército. La avanzada resultó ser una partida de llamas.

Otra vez anuncian de Carmen Alto, que hacia Mejillones se divisaba una polvareda como de un regimiento (que es imposible imaginar de donde pueda venir a ese punto) y el General dá nuevas órdenes para movilizar el ejército. Esta credulidad no da garantías en un jefe militar.

En los momentos críticos, el General se atolondra y todo el mundo manda. Es lo que sucedió cuando se presentó el «Huáscar» en Antofagasta. Todo el ejército se puso en movimiento, en desórden y sin necesidad.

En fin, según Santa María y sus compañeros, tenemos un ejército numeroso cual nunca se había visto en Chile, bien apereado, bien disciplinado, pero el General es completamente incompetente. Es asustadizo, no tiene voluntad propia, le gusta que lo adulen, da gran importancia a los chismes, su laboriosidad la emplea en minuciosidades que no le corresponden.

Las noticias de la escuadra no son más favorables. Tenemos una escuadra superior a la peruana, por su material, muy superior por su oficialidad y marinería, pero a ella, como al ejército, le falta un jefe inteligente y audaz.

Williams no tiene gran inteligencia y es presumido. Le gusta el incienso y se halla rodeado de un circulito de adulones. Llegó Sotomayor a la escuadra y en vez de ver en él a un amigo y una persona con quien consultarse y con quien discutir sus operaciones, lo trató desde el primer momento con desconfianza. Los allegados le dijeron que Sotomayor iba con el objeto de dirigirlo y ello bastó para que se guardase de Sotomayor.

JULIO 24 DE 1879.—El General Urrutia me dijo antes de ayer que renunciaba su puesto de Ministro de Guerra, que no quería ser vejado, como lo había sido en uno de estos días por el populacho, en su viaje de la Moneda al Congreso, ni por los senadores y diputados, como lo había sido por Vicuña Mackenna, Carlos Walker y Las Casas (Aníbal).

Jorge Huneeus que, desde hace días ha estado hablando de la conveniencia de una modificación en el gabinete, unió su renuncia a la de Urrutia.

Después hablé con Huneeus. Su idea es que el Gabinete sea reorganizado saliendo Varas y Urrutia y entrando a la guerra Echaurren, quedando Santa María de Ministro del Interior y entrando un conservador (Maximiano Errázuriz o Luis Pereira) a Relaciones Exteriores.

Hoy me ha dicho Urrutia que Benjamín Vicuña había estado a verlo y que al entrar le abrazó haciéndole protestas de amistad y cariño.

JULIO 25 DE 1879.—El Martes 22 don José Manuel Encina, avisó a los Ministros que en la sesión del día siguiente traería algunas preguntas relativas a la guerra.

Como sucede siempre, este incidente dió pábulo a la habladuría y principió a decirse que se preparaba en el Senado un voto de censura en contra del Ministerio.

En la noche vino a verme don Marcial González y me dijo que se preparaba un golpe al Ministerio y que era necesario dar algunos pasos para prevenirlo; que en la tarde habían estado en su casa don B. Prats y don Manuel Recabarren para invitarlo a una reunión que debía tener lugar en casa de Encina. Que él se negó y que Recabarren, que había quedado en su casa después de que Prats se había retirado, le había aconsejado que fuese para combatir la idea que tenían.

Al día siguiente, por la mañana, vino a verme alarmado don Jorge Huneeus para decirme que, en la noche anterior, habían estado en su casa don Maximiano Errázuriz y don Luis Pereira para decirle que en el Senado se preparaba un voto de censura en contra del Ministerio, que ellos se verían obligados a votarlo, pero que desearían que no recayese sobre él. Huneeus me dijo que les había contestado que él no podía hacer otra cosa que seguir la suerte del Gabinete.

En la sesión del Senado, Encina hizo varias preguntas sobre la guerra y las hicieron también don Joaquín Blest, don Benjamín Vicuña Mackenna y don Alejandro Reyes.

Ayer en la mañana estuvo a verme don Javier L. Zañartu. Le pregunté que había sobre el voto de censura de que se hablaba. Me dijo que don José Manuel Encina, instigado por otros, refiriéndose a Prats, trataba desde hacía algún tiempo de interpelar al Ministerio sobre la guerra, pero que él e Ibáñez lo habían sujetado. Que estando en el Senado el día en que Encina anunció que se proponía interpelar, se le acercó B. Prats y le dijo que Encina se había resuelto; que él, Zañartu, le dijo que le parecía mal el voto y Prats le contestó que votarían la censura, aunque fuesen ellos solos.

Me dijo también Zañartu que, para un voto de censura, no tendrían votación y que por esto se proponían hacer votar una orden del día en que se dijese que el Senado esperaba que, en adelante, las operaciones de la guerra se llevarían con más actividad.

Es verdaderamente vergonzoso que, en las circunstancias porque atraviesa el país, los senadores y diputados sólo se ocupen de miserables intrigas políticas.

Quien más ha estimulado a Encina, para su interpelación, es Prats.

Ayer no más era Ministro del Interior, se lamentaba de la ligereza y mala fé de los cargos que le hacían al Gobierno, reprobaba que se hiciera política en las circunstancias que atravesaba el país, y ahora hace, con el mayor cinismo, lo que ayer reprobaba. ¡Conducta tan vergonzosa en los hombres que figuran en primera línea en nuestra escena política!

El mismo Prats repetía que este país estaba perdido, llamaba bribones a todos los que en las Cámaras lo interpelaban con motivo de la guerra.

JULIO 26 DE 1879.—El General Urrutia viene en este momento y me dice que ha recibido un oficio de la Cámara de Diputados en el que se le pide asista a la sesión del Martes para dar explicaciones sobre los poderes que el señor Santa María ha llevado al norte.

La oportunidad es la más a propósito para estas miserias.

JULIO 26 DE 1879.—Con motivo de la venida del Huáscar y la Unión a Caldera y otros puntos de la provincia de Atacama, ha habido en Valparaíso y otros puntos del sur gran excitación. En Valparaíso creían en el momento ménos pensado ver aparecer el Huáscar. Es lo más improbable que los peruanos quieran exponer la nave en que consiste toda su fuerza a recibir una lluvia de balas, pues en los fuertes de Valparaíso hay más de cien cañones. Esta consideración no basta para tranquilizar los espíritus. Los más belicosos antes de la guerra son hoy los más alarmistas y los más tímidos. Si, en realidad, se presentase el Huáscar al frente de la bahía habría en Valparaíso escenas ridículas de espanto y pavor.

De otros puertos piden fuerzas para impedir desembarcos de los peruanos. Nosotros, con una escuadra más poderosa, no nos hemos atrevido a desembarcar en ningún punto de la costa del Perú y sin embargo tememos que los peruanos desembarquen en la nuestra.

No nos hemos atrevido con nuestros blindados a entrar a Arica u otros puertos peruanos que tienen algunos cañones y suponen que el Huáscar puede atreverse a entrar a Valparaíso.

Después de tanta bravata y de tanta bulla antes de la guerra, resulta ahora que somos más tímidos que los peruanos.

Nos habíamos imaginado que los peruanos se dejarían cañonear sin hacer por su parte ningún acto de hostilidad.

JULIO 27 DE 1879.—En la sesión del Consejo de Estado, después de aprobada una ordenanza de San Carlos, indiqué a los Consejeros la conveniencia de introducir en esa ordenanza un artículo en el que, en conformidad a lo dispuesto en el artículo 12 del inciso 6.º de la Constitución, se dispusiese que las reuniones en las calles, plazas y lugares públicos, no pudieran tener lugar sin el permiso previo de la autoridad local.

Todos convenían en lo peligroso de que sea ilimitado el derecho de reunirse en las calles y plazas y los peligros que pueden ocasionar al orden público, pero uno decía que debía esto remediarse por una ley del Congreso, el otro que el Gobierno

debía poner una circular a las Municipalidades para que propusieran un artículo adicional a sus ordenanzas de policía en ese sentido, el otro que la autoridad local podría impedir las reuniones cuando hubiere peligro para la tranquilidad, pero todos tenían miedo que lo hiciera el Consejo de Estado.

Es bien triste lo que sucede en este país. Por cobardías se han dictado leyes absurdas que llevan a la sociedad a su desquiciamiento y se tiene miedo de poner remedio.

Hablando individualmente con las personas, lamentan leyes como el inciso 6.º del artículo 12 de la Constitución, que deja plena libertad para las reuniones en las calles y plazas, pero cuando se trata de poner remedio, todos temen echar sobre sí la responsabilidad.

AGOSTO 15 DE 1879.—Estamos en crisis ministerial. Hace como un mes me dijo Jorge Huneeus que convendría para la estabilidad del Gabinete, que el General Urrutia saliese y fuese reemplazado por otra persona, Francisco Echáurren o J. Antonio Gandarillas. Fundaba esta indicación en que el General Urrutia carecía de la iniciativa necesaria en las circunstancias que atravesábamos, en la imposibilidad que tenía para tomar parte en los debates parlamentarios y finalmente que en la opinión de los amigos había el deseo que el Gabinete se modificase en ese sentido.

Contesté a Huneeus que estos cambios, que a él le parecía tan fáciles de realizar, tenían en la práctica graves inconvenientes, y que la separación de Urrutia podía muy bien ser origen de una crisis ministerial, que podía muy bien suceder que los Ministros restantes no pudiesen ponerse de acuerdo sobre la persona que reemplazase a Urrutia, que si este tenía los inconvenientes que apuntaba, tenía en cambio otras ventajas, que aunque yo había sido siempre de opinión de que el Ministro de la Guerra fuese paisano, creía que ahora convenía fuese un militar porque con motivo de la guerra las exigencias de los militares crecían, todos pretendían ascensos, y un Ministro militar podía resistir mejor esas pretensiones injustificadas.

Huneeus repitió por algunos días sus instancias, pero desistió al fin.

Pasado algunos días volvió el mismo Huneeus a hablarme de la conveniencia de que el Gabinete se modificase, pero esta vez hablaba de una modificación más radical. Creía que debían salir Varas y Urrutia y que debía darse entrada a un miembro del partido conservador. Le manifesté los inconvenientes que tenía su idea. Desde luego iba a producir una crisis que no sabíamos qué resultados podía traer, que él se engañaba creyendo que los Gabinetes se organizaban con la facilidad que él creía, que era hacerse una ilusión pensar que si yo llamaba a cinco individuos de distintos bandos, estos individuos se iban a prestar dócilmente a desempeñar el cargo que yo les designase, que estaba seguro que sería imposible organizar el Ministerio en la forma que él deseaba, que bien podría suceder que un conservador quisiera entrar al Gabinete, pero que estaba seguro que no encontraría liberales que quisieran formar parte de un Gabinete constituido en la forma que él deseaba, que, por otra parte, si ganaban el apoyo de la fracción conservadora, perderíamos el de la fracción radical. Huneeus contestaba a esto diciéndome que él había hablado con todo el mundo y que liberales y radicales deseaban la organización de un Gabinete en la forma que él indicaba, en lo cual estaba muy engañado, pues a todas las personas a quienes hablé de esa idea, la encontraron quimérica.

Huneeus no desistía y continuaba hablándome de la necesidad de modificar el Gabinete. Me decía que don Antonio Varas no continuaría en el Gabinete, que se encontraba mal, que mientras él estuviese en el Ministerio estaríamos expuestos a un voto adverso del Senado, que el mismo Varas estaba resuelto a salir.

En una de las últimas sesiones que dedicó el Senado a la interpelación Encina, Vicuña Mackenna, en un discurso chocarrero y grosero, se espresó respecto del general Urrutia en términos que éste se incomodó y dijo a sus compañeros que, fastidiado, deseaba dejar el Ministerio. Huneeus, con su idea fija, lo estimuló a que lo hiciera y Urrutia salió de la Cámara para

venir a decirme que no continuaba en el Ministerio. Vino a mi despacho y, como me encontrara con otra persona, nada me dijo.

Al día siguiente, cuando Urrutia venía a mi despacho, se encontró con Huneeus y éste volvió a estimularlo a que renunciase, diciéndole que él lo acompañaría. Entraron juntos y ambos me dijeron que hacían sus renunciaciones.

Les pedí que no hicieran renuncia, que ya estaba notificado del deseo que me habían manifestado y que veríamos, andando el tiempo, lo que convenía hacer.

Huneeus insistió, pero al fin convino en que los Ministros continuaran despachando hasta que Santa María volviera de Antofagasta.

En este mismo día se telegrafió a Santa María diciéndole que se viniese.

AGOSTO 16 DE 1879.—Santa María llegó el 8, pero en los primeros días después de su llegada nos contrajimos a hablar de asuntos relativos a la guerra y sólo antes de ayer nos ocupamos de la crisis ministerial.

El día antes había pedido a los Ministros que se reunieran y conferenciaran entre ellos, manifestándoles que mi deseo era que el Gabinete continuase, y que ya que el general Urrutia, por el estado de su salud, se manifestaba decidido a salir, convinieran en la persona que debía reemplazarlo.

Después de la conferencia que tuvieron entre sí los Ministros, vino don A. Varas a mi despacho y me dijo que, por su parte, estaba decidido a salir y que lo que debía hacer era nombrar un Ministerio más compacto, que tuviera mayoría en las Cámaras y que pudiera entenderse mejor con el personal administrativo.

Las razones que el señor Varas me daba para justificar su salida son las siguientes: su presencia en el Gabinete sirve de pretexto para que se explote el fantasma del montt-varismo y que con él se haga la guerra al Gabinete, que los votos del Senado en la elección de Consejeros de Estado y en la calificación de poderes son un síntoma que debe tenerse en cuenta,

que esos votos han sido puramente en contra de él; que vé que no es realizable el propósito que él tenía de hacer un gobierno que no tuviera carácter político.

He dicho al señor Varas que si es verdad que se explota por algunos el fantasma montt-varismo, los que hacen esto son pocos y no la mejor parte del partido liberal, que los liberales en general desean la permanencia del Ministerio y la continuación a la cabeza del mismo Varas y que dá a la elección de Consejeros en el Senado y calificación de poderes un alcance que no tiene, que influyeron en los acuerdos circunstancias personales y la confraternidad que se crea entre los que militan por largo tiempo en un mismo partido y de la cual no es posible prescindir en ciertos momentos, pero que no creía que en el Senado hubiera mayoría para una oposición política en contra del Ministerio, que no tenía razón para decir que lo que se había propuesto al entrar al Ministerio no se había cumplido, pues a pesar de las circunstancias tan difíciles en que se encontraba el país, el Gabinete estaba apoyado por la opinión pública y contaba en el Congreso con una mayoría indisputable.

Al día siguiente volví a hablar con el señor Varas y le hice presente la situación tan difícil que me creaba y creaba para el país su retiro del Ministerio, que éste tenía un prestigio y una popularidad que no tendría otro Gabinete, que sería muy difícil organizar otro Ministerio que correspondiera a las exigencias de la situación actual, que Santa María y Matte me habían dicho que se retiraban si él (Sr. Varas) lo hacía.

Francisco Puelma, que entró a la sala en esos momentos, me apoyó y por fin el señor Varas me dijo que aceptaría quedando el Ministerio tal como se encontraba y llenando solamente el vacío que dejaba Urrutia, para lo cual debía llamarse a Altamirano.

Reorganizándose el Ministerio, lo natural parecía que Santa María pasara al Ministerio de la Guerra, ya porque Santa María había tomado alguna parte en ese departamento, ya por la importancia que tiene en estos momentos.

Después de hablar conmigo el señor Varas habló con Santa María y le comunicó lo que me había dicho. Santa María con-

vino, en lo que ha mostrado mucho desprendimiento. Santa María debía pasar al Ministerio de la Guerra por las razones indicadas antes y tambien porque la opinión lo designaba para ese Ministerio.

El motivo que tiene el Sr. Varas para resistirse a que Santa María entre al Ministerio de la guerra es que teme que, entrando Santa María a ese Ministerio, se acentúe la idea de que se trabaja por su candidatura.

AGOSTO 26 DE 1879.—El Sr. Varas insistió en su renuncia. En consecuencia, pedí a Santa María organizara el nuevo Gabinete. Santa María puso algunas dificultades porque creía que retirándose Varas, Urrutia y Huneeus, podia atribuirse su permanencia en el Ministerio a móviles interesados. Le contesté que esos escrúpulos podian aceptarse en otras circunstancias, pero que en las actuales era preciso pasar sobre esa clase de consideraciones.

Santa María pidió a Matte lo acompañase y convenido esto, entramos a tratar de los otros Ministros.

Para el Ministerio de Guerra convinimos en Sotomayor. Este se encuentra en Antofagasta, en calidad de Comisario de Gobierno cerca de los Jefes de nuestro Ejército y Armada, y podria desempeñar mejor su comisión teniendo el título de Ministro.

Convinimos tambien en Gandarillas (José Antonio). Llamamos a éste, y dijo que aunque tenía el propósito formado de no admitir un Ministerio, creía que, en las circunstancias presentes, era deber de todo ciudadano prestarse al servicio que se le exigiera y que en consecuencia podian disponer de él.

Tratamos en seguida de la persona que debía ocupar el Ministerio de Relaciones Exteriores. Todos convinieron en Altamirano, que se encontraba en Santiago, pero como era probable que este no aceptase por motivos personales que eran conocidos de todos, hablamos de quien otro podía entrar a ese Ministerio. Se habló de don Luis Aldunate, de don Marcial

Martínez, sin convenir y al fin convinimos en don Miguel L. Amunátegui.

Se llamó a este, puso muchas dificultades para aceptar y al fin convino en contestar al día siguiente a las 11. Volvió al día siguiente diciendo que aceptaba, pero de muy mala gana.

Disuelto el Gabinete anterior se ha constituido este en la mejor forma posible. La mayoría pertenece al partido liberal que es el que mas fuerza tiene en el Congreso.

Ha sido bien recibido en la opinión.

AGOSTO 27 DE 1879.—El «Huascar» ha estado ayer en Taltal y Chañaral acompañado del «Oroya». En Taltal ha destruido algunas lanchas. No se ha atrevido a avanzar al sur temiendo al «Blanco» que está en Caldera y cuya permanencia en ese puerto debe ignorar, pero que temerá.

El «Blanco» es por el momento casi el único buque disponible que tenemos. Todos los demás están reparándose o en el sur en protección del «Genovese».

ANÍBAL PINTO.

LA CRISIS DEL PUDOR

Me haces, querida Francisca, una consulta sobre un asunto harto delicado. Madre de dos niñas y de un muchacho, te sientes ofendida e inquieta por ciertas costumbres de los tiempos que vivimos. El muchacho tiene más de veinte años, ha hecho su servicio militar y su derecho; sientes que se te escapa y con los ojos húmedos tomas bravamente tu partido: al fin y al cabo a su padre, más que a tí, corresponde señalarle los peligros de la travesía... Pero las niñas tienen dieciocho años (Francisca 2.^a) y dieciseis y medio (Julieta). Entre ellas y tú, hay siempre comunicación de almas: sólo el matrimonio vendrá a cortar ese misterioso canal por el cual ellas, absorben tu pensamiento, como en otro tiempo sus cuerpos absorbieron tu sangre. Lo que te disgusta en las costumbres contemporáneas, te disgusta doblemente, por ellas y por tí; una palabra oída, un espectáculo visto, aún por tí sola, y que te dejaría indiferente si no tuvieras hijas, te inquieta porque piensas «si Francisca o Julieta oyesen esto, vieses aquello»...! Y, en seguida, agregas: «ellas deben oír y ver cosas semejantes cuando no estoy con ellas».

Evocas entonces, Francisca, evocas tu propia adolescencia, el tiempo en que vivías con tu mamá en la provinciana plaza de Possoy, en el corazón de un Passy viejo y apacible, el tiempo en que asistías al colegio Berquin ¡Qué lejos, señor, qué lejos está todo eso! Mucho más lejos que el cuarto de siglo que desde entonces ha transcurrido. Más que otro tiempo, parece que fuera otro universo. ¡Cuán envidiable fué el papel de tu madre, la discreta Mme. Despeyroux, comparado con tu papel, con tu papel de mamá 1921! Una chiquilla en el colegio, vestida con un traje sastre con esclavina y un sombrero de uniforme. El sastre y la esclavina concebidas y cortadas con el piadoso designio de que las alumnas más bonitas se distinguieran

apenas de las más feas. Medias de algodón o de hilo... Guantes tejidos de un color gris sucio, para que la suciedad no se notara en ellos... Dos salidas por semana: el Domingo, todo el día, después de misa, el Miércoles en la tarde. Nada de relaciones con el otro sexo, salvo algunos bailes íntimos, en que la vigilancia de las madres se ejercía sin descanso y a corta distancia. La niña, después de de cada vals o de cada polka, debía ser vuelta junto a las polleras de la mamá. Jamás salía sola a la calle. Las vacaciones eran apenas menos rigurosas que los meses de colegio. El principio era que la joven no debía sino excepcionalmente moverse fuera del campo visual, ni hablar fuera del campo auditivo de la mamá. .

Esa fué tu adolescencia, Francisca, y en ese tiempo creías, como yo, que semejante educación (a pesar de las comodidades que tenía para los padres) era deplorable, que comprimía con exceso la personalidad femenina, que era indispensable, a cualquier precio, dar aire a esa estufa, demoler esa prisión. Por ello trabajaste en unión de las jóvenes de tu época, que fué época de transición. Llenas de ardor por conquistar su emancipación, esas jóvenes (como todos los reformadores sinceros) tuvieron a honor manifestarse irreprochables y demostrar, por la excelencia de su conducta, la excelencia de la reforma. Hubo, cierto es, algunas víctimas, corazones menos bien templados, aquí y allá, desfallecieron; pero ese es el caso de todas las revoluciones. En suma, tu generación, Francisca, y las que, después de la tuya, progresaron en el mismo sentido y con el mismo ideal, se cuentan entre las más interesantes que nuestro país haya visto florecer. Decorémoslas con una palabra: fueron las generaciones de las mujeres de la guerra.

Pero vino, precisamente, la guerra.

La guerra, hoy se ve con claridad, no hizo solamente decretar la moratoria de los compromisos comerciales. Impuso, además, la moratoria de muchas otras cosas de la educación, principalmente. Es cierto, hubo siempre, mientras ella asolaba, colegios e internados, exámenes, diplomas, educadores y educados. Pero todo eso tomó el carácter de una ficción social, superpuesta a la verdadera evolución de las costumbres que sufrían todos los seres, grandes y pequeños. ¿Cuál era, cuál podía

ser la influencia de las voluntades educadoras, al lado de las influencias mundiales que trastornaban los hábitos, aniquilaban o creaban fortunas, dislocaban las familias, ponían en contacto duradero personas que jamás se habrían relacionado en los tiempos anteriores, colocaban en primer plan la energía individual, acentuaban a los ojos de todos la incertidumbre de las situaciones adquiridas y la inestabilidad de la vida y, por consiguiente, invitaban a todos a vivir en el día presente, apartando la idea del mañana?

El educador y el educado viven, no en el día, sino en el mañana. El estado de guerra, por esencia, se opone a la educación.

Vino la paz. Después de un tiempo que podría designarse con el nombre de «caos entusiasta», se trató de reconocerse. Las familias, reconstituidas, a pesar de tantos vacíos definitivos, se congregaron y recuperaron su funcionamiento familiar. Hubo colegios e internados normalmente constituidos y frecuentados. Desaparecieron los hospitales de guerra. Todo fué en apariencia social, como en el pasado, a lo menos en lo que concierne a la educación. Solamente los padres atentos (tú, por ejemplo, Francisca), observaron que todo había cambiado, desde la superficie hasta el fondo. Sus hijos, durante los cinco años de la guerra, no solo habían crecido cinco años corporalmente, sino que también, por el espíritu y las costumbres, habían envejecido diez años. Digo, intencionadamente, envejecido, porque habían adquirido experiencia humana, sin ganar en proporción fuerza y cultura, sin progresar verdaderamente. Nos asemejábamos entónces a esos personajes esquemáticos de las teorías de Einstein que, después de hacer un viaje circular de veinticuatro horas al traves del espacio, encuentran mayores que ellos a los que habían dejado menores en la tierra. Nuestros hijos no eran mayores que nosotros; pero en la evolución de ciertas ideas nos dejaban atrás. Tú y yo, que tenemos conciencia de haber trabajado lo que nos fué posible en despojar a la educación de sus trabas, de su puerilidad, de su falsedad aún, constatábamos que nos encontraban reaccionarios. En las costumbres ambientes nos chocaban muchas cosas que a ellos no parecían molestarlos ni asombrarlos. Ellos no caminaban, creíamos, en la dirección que nosotros habíamos seguido y que les

habíamos trazado en la carta del porvenir. Y sobre todo se cuidaban poco de consultarnos para obrar, ni para escuchar nuestros consejos.

Podría citar aquí muchos ejemplos de esta discontinuidad, de esta falla que la guerra ha abierto entre la tradición de los padres y las tendencias de los hijos. Acerca de casi todas las nociones esenciales hay discontinuidad, para no decir desacuerdo, noción del deber cívico y militar, noción del trabajo, del reposo y del placer, noción del dinero y de su uso, noción de las relaciones entre ambos sexos, noción del matrimonio, de la familia por formar.....

Ya que me invitas, me limitaré por ahora a estudiar un punto entre ellos, el que tu, con exactitud, has llamado la crisis del pudor. A decir verdad, me gustaría que para expresar ese concepto te valieras de otra palabra. «Pudor, ha dicho un escritor contemporáneo, es una bonita palabra, tierna y excitante a la vez, que implora y que, también, acaricia un poco». Precisamente a causa de ese doble matiz, habría preferido otra palabra, por ejemplo, la de modestia, que ni es excitante y que no acaricia, y que Molière usó en el mismo sentido que pudor:

Mettez dans vos discours un peu de modestie.

¡Modestia! palabra que no tiene doble sentido, palabra a que Littaé atribuye esta significación figurada: «ruche de gasa o de encaje con el cual se cubre un corsé escotado»... ¿Debemos, pues, decir crisis de la modestia? No. Es preciso no tener miedo a las palabras. No se trata en este caso de averiguar si debemos o no poner ruche a un corsé. Se trata de una crisis del pudor en las costumbres ambientes y de las repercusiones que ella puede tener sobre la educación.

Tu misma, Francisca, me has señalado los pequeños hechos que, en tus relaciones con tus hijas, te han, no diré alarmado, sería ir muy lejos, sino puesto en cuidado porque marcaban con toda precisión la diferencia entre las reacciones de las costumbres reinantes, de las costumbres de después de la guerra, sobre el alma de tus hijas y sobre su propia alma.

En primer lugar, la actitud de Francisca 2.^a y de Julieta cuando las conversaciones, en su presencia, toman cierto tono. Por cierto que tu tienes buen cuidado de no exponerlas a escu-

char conversaciones demasiado libres; pero el hecho es que en el día las personas grandes, conversando entre ellas, en presencia de otras más jóvenes, no se creen obligadas a guardar muchas precauciones. Las que se vigilan, se cuidan todo lo más de evitar frases malsanas o simplemente libres; pero ni siquiera se les ocurre abstenerse de frases precisas sobre la salud de hombres y mujeres, esperanzas de maternidad, operaciones quirúrgicas, pecados conyugales del señor X..... o de la señora Z..... Así pasan las cosas hoy día, de nada vale cerrar los ojos para no ver, como la avestruz. Así pasan.

¡Ah! Estamos lejos de los tiempos de Labiche: en sus comedias inocentes y divertidas, cuando iba a hablarse de hijos, se mandaba a la joven a buscar su peloton de lana..... Seguramente era esa una gran tontería, una tontería culpable que yo, en su tiempo, te señalé. Tu no ibas, Francisca, a buscar tu pelotón de lana, ni te ruborizabas cuando delante de tí se hablaba de matrimonio y de maternidad; pero ciertas precisiones, ciertas alusiones te causaban, sin embargo, un malestar intolerable. Sin que pretendieras ignorar cosas conocidas o adivinadas, te gustaba la convención en virtud de la cual no se trataba de ellas en tu presencia. Se esperaba para hacerlo tu matrimonio o tu maternidad. Ahora bien, has constatado que Francisca 2.^a y Julieta no se sienten siquiera molestas por lo que para ti habría sido una tortura. No se ruborizan, no finjen no oír ni comprender; en caso necesario, tercián en la conversación, en forma muy conveniente, por cierto, aprueban o reprueban, sonríen, reflexionan. Nada de turbaciones, ni difrases: el continente más franco, la más hermosa sinceridad. Y esta franqueza, esta sinceridad te conmueven, te serenán; pero no te impiden pensar en otras conversaciones, las que ellas escuchan y tu no escuchas. Peligro este último que no existía en los tiempos del colegio Berquin, porque entónces las jóvenes eran guardadas de cerca y no como hoy en que Francisca 2.^a sale sola y Julieta en compañía de su hermana; en que ambas asisten a reuniones en que tu no estás presente, ni has sido siquiera convidada; en que los sports y los bailes las aislan de tí, no, como en otros tiempos, por unos cuantos minutos, sino por muchas horas en que conversan con otras niñas y con jove-

nes..... Instintivamente tienes miedo. ¿Qué cosas, piensas, escucharán estas pobrecitas?

Angustia parecida te ocasionan ciertas lecturas y muchos espectáculos. Siempre hemos estado de acuerdo, querida sobrina, en que en otro tiempo se gastó excesivo rigor para la lectura y los espectáculos en la educación de las jóvenes. Creíamos también, tú y yo, que un relato o un espectáculo de un idealismo falso o de un romanticismo convencional son en extremo peligrosa para un corazón inocente. Aunque la literatura novelesca de hoy es más casta, por lo general, que la de tu tiempo, aparecen, con todo, libros firmados por nombres conocidos que se intitulan *Sodoma y Gomorra*; se les exhibe en las vitrinas de las librerías, se habla de ellos delante de tus hijas. Y ¡qué decir de los espectáculos! Ciertamente, a aquellos a que me refiero nadie piensa en llevar a Julieta o a Francisca 2.^a; pero sus títulos, sus *affiches* son espantosos... Y de tales espectáculos se habla delante de tus hijas, se les comenta, aunque más no sea para criticarlos. Y lo que te trastorna es que Julieta y Francisca, sin manifestar ninguna curiosidad, ni aun ningún interés, miran los *affiches*, leen los títulos, escuchan los comentarios sin sentir ni el más ligero embarazo, en tanto que tú, su madre, sientes escalofríos de angustias que te recorren todo el cuerpo.

Todavía otra cosa.

Como todas las madres (y podría agregar, como todos los padres) de tu generación, has sufrido con la invasión en nuestras costumbres francesas, de los bailes extranjeros. Ellos comenzaban a introducirse entre nosotros en vísperas de la guerra, y la guerra, confundiendo a las naciones en un inmenso ejército, los enseñó a todos los franceses. Son enteramente distintos de los de otros tiempos. Difieren de ellos por el ritmo, que es el de un paseo lento, más que el de una fatigosa gimnástica, difieren también por la actitud de los bailarines. No es ya el discreto rozamiento de caderas de otros tiempos; es un estrecho abrazo de todo el cuerpo. Yo no comprendo a ciertas altas personalidades morales que han creído poder, entre esos bailes, proscribir unos y admitir otros. Todos ellos, desde el punto de vista que nos ocupa, son parecidos, porque la actitud

de la pareja no varía, tiene siempre el aspecto de un tierno paseo. Tu pudor maternal me ha señalado, además, un punto especial, que es, en efecto, notable: la bailarina no va vestida como en tu tiempo. Excelentes razones higiénicas han proscrito (o modificado en forma tal que el residuo es ya cantidad despreciable) una prenda de vestuario interior, que nada añadía a la gracia de las mujeres, ni de nada servía a su salud. Pero no eran, en mi sentir, razones de higiene o de coqueterías las que hacían que nuestros padres impusieran esa prenda a las Evas de su época. Veo en ello una simple supervivencia de ideas y de precauciones que, en tiempos más remotos, estaban representadas por el *vertugadin* de nuestras abuelas. *Vertugadin* es una palabra sobre cuyo origen disputan los filólogos; pero es imponerse una molestia inútil hacerla derivar del latín *virides* cuando ella suena casi exactamente como *vertu-gardien*, guardian de la virtud. En todo caso, en este sentido lo comprendían nuestras abuelas; y el corset de 1890 no era más que su supervivencia, tanto por su forma, como por su objeto. Tú me has dicho, querida Francisca, que si Julieta y Francisca 2.^a estuvieran protegidas por esa poderosa armadura, te sería menos penoso, ciertas tardes y ciertas noches, verlas bailar fox-trotter o tango. ¡Vaya que lo comprendo!

Pero, aquí todavía, has constatado que tus alarmas no tienen repercusión en el alma de tus hijas y que, sinceramente, ellas no las comprenden.

A tí, que no has querido, a pesar de que te conservas tan joven y tan graciosa, aprender los bailes del día, tus hijas te explican con ingenuidad los detalles de esos bailes y la economía especial de género que de ellos resulta para las polleras. Habiéndoles dicho su profesora de baile que una moneda colocada entre el caballero y la dama no debía caer al suelo, encontraron la frase graciosa, típica y luego te la repitieron. Al principio, cuando las veías abrazadas por un extraño en una actitud que, por instantes, parecía la misma que la que precede a un beso, tu corazón parecía que iba a estallar, no podías seguir mirándolas. Ahora, la costumbre ha hecho su obra: las sigues de buen grado con la mirada y lo que te tranquiliza es la perfecta serenidad de su cara, la espontaneidad de sus movimientos. Tie-

nen, manifiestamente, en el baile la misma alma que en el *tennis*. Y lo más curioso es que ellas conocen las bromas de que han sido objeto las actitudes de esos bailes, que ellas saben las protestas de que fueron objeto. Pero nada de eso las turba. Les gusta el baile, y como son esos los bailes que se bailan, a ellas les gusta danzarlos. Por eso, tú no piensas siquiera prohibírselos. Primeramente, porque serías, entre las madres que te rodean, la única en gastar tal rigor, y, después, porque las cosas no pasan como en otros tiempos, hoy día, en una familia, la voluntad de los hijos entra en cuenta en las decisiones.

El baile, las conversaciones, la lectura, los espectáculos, te han así ocasionado, querida sobrina, bien rudas pruebas. Pero has experimentado otra más ruda todavía. Fué en el mes de Mayo último.

En principio las modas femeninas actuales no te agradan mucho. Como eres razonable y reflexiva, desconfías, a ese respecto, de tu juicio. Te dices, lo decimos juntos, a veces: «Guárdémonos de tomar como tipo inmutable de lo bueno lo que se hizo en el tiempo de nuestra juventud. Lo que había de excelente para nosotros en las costumbres de ese tiempo, era, precisamente, nuestra juventud... Pero, hecha esta reserva, no te ha gustado que se acortasen las polleras hasta mostrar las rodillas, que se adelgazaran las medias hasta hacerlas tan transparentes como un papel de calcar, que se abriesen hasta el tallo, por detrás y por los costados, los trajes de baile, que, en una palabra, el vestido femenino se acerca más y mas, por su exigüedad, a la hoja de higuera paradisíaca. Pero, por lo que respecta a tus hijas, no tuvistes ningún cuidado: en el momento en que esas modas comenzaron a establecerse, Julieta y aún Francisca mostraban todavía, desnudas y rojizas, a un público indiferente, sus delgadas piernas de chiquillas. La transformación se efectuó, pues, en el sentido de la «modestia». ¡Ai! la modestia del vestido debía experimentar un asalto más terrible en la persona de tus dos hijas. Me contaste, cuando ocurrió, la querella que se produjo entre tus hijas y tú, tu derrota ¡naturalmente! y como esa derrota te quitó todo gusto en tus últimas vacaciones en Royan.

Julieta y Francisca, con año y medio de diferencia en edad, se entienden a las mil maravillas. Es más que una *entente*, parece una complicidad. Ciertamente, te manifiestan la más tierna confianza; pero te la manifiestan juntas, como en virtud de un acuerdo preestablecido sobre todas las materias imaginables. Tú comprendes que nunca una te dirá lo que la otra te oculta. Hay, en sus actos y en sus pensamientos, un vasto dominio en que tú entras de lleno; pero hay también un recinto reservado en que tú no puedes penetrar sino en el caso de que ellas estén de acuerdo para permitírtelo: jamás una de ellas te abrirá su puerta contra la voluntad de la otra. Sufres un poco con ese espíritu sindicalista; pero, como ellas son deliciosas compañeras, que te miman y te adoran, te resignas.

Uno de los efectos del sindicalismo Julieta-Francisca consiste en que todo paso importante cerca de tí es ejecutado por ellas en común. Es, nada menos, que una pequeña delegación. Nada más divertido que verlo y oírlo, a condición, naturalmente, de no ser la patrona. Y tanto más divertido, cuanto que las dos chiquillas, bastante parecidas en la cara, en el talle, en el color del pelo y de los ojos, son todo lo que hay de más diferente en las maneras. Francisca II es metódica, equilibrada, lenta para hablar, meditativa y Julieta es petulante y habladora. Mi preferida es Francisca II, a causa tal vez de su mayor parecido con su madre. Pero convengo en que Julieta me divierte más. La coalición, contra tu resistencia maternal, de esos dos temperamentos jóvenes, enmorados de todos los progresos, por absurdos que sean, me ha hecho presenciar escenas de un alto sabor, después de las cuales, a raíz de pensar: «estas dos chiquillas son deliciosas», veíame forzado a agregar: «pero es evidentemente más cómodo para lo corriente de la vida, no ser su padre»...

A mediados del mes de mayo último, las dos jóvenes sindicadas, después de largas conversaciones entre ellas—que no te pasaron inadvertidas—se delegaron ante tí. Como de costumbre, la delegación comenzó por cubrírte de caricias, por decirte mil cosas amables sobre tu pelo, tu color, tus manos: las pequeñas, como las llamamos siempre, tienen por su mamá una sincera admiración. Esos preliminares no te impresionaron e in-

vitaste a las delegadas a manifestar sin demora sus reivindicaciones. Cambio de miradas. Después, Francisca 2.^a toma la palabra pausadamente. Nada de grave—asegura—, una pequeña compra que hacer para las dos; ellas te han ahorrado la molestia de buscar; han recorrido las tiendas y ya saben donde se encuentra la cosa necesaria, muy elegante y muy barata.

—Pero ¿algo más todavía?

—Partiremos para Royan a fines de Junio y acabamos de constatar que nuestros trajes están en muy mal estado para hacer una estación más.

—Bueno. Convenido. Como todos los años, les haré hacer un traje sastre nuevo a cada una...

—Pero, mamá, si no se trata de trajes sastres. Nos referimos a nuestros trajes de baño... Le aseguro que están ya inservibles.

—Tráemelos.

Los traen. Son unos honrados trajes de baño para jovencitas, un amplio pantalón que descende hasta debajo de la rodilla y una túnica con cinturón que satisfaría la castidad de Diana.

Los distes vueltas y examinastes en todos sentidos. Evidentemente, las señales de sus leales servicios, durante tres estaciones consecutivas, se dejaban ver en lo gastado del jénero, de tono verdoso y con zurcidos aquí y allá.

—Es cierto, dijiste, están en bastante mal estado.

Esta conversación te valió en el acto una lluvia de besos y de caricias.

—Desgraciadamente, agregaste, eso es tan caro. Y nuestros dos meses en Royan nos cuestan ya tanto!...

Protestas de Julieta:

—Pero, mamá, si los trajes de baño han bajado de precio....

—Cómo ¿bajado?

—Han bajado, contestó tranquilamente Francisca II, porque necesitan menos género. Ya no se usan con túnica.

En la distribución sindical de los papeles, la mayor había sido la encargada de pronunciar esta palabra decisiva. No necesitaste oír más para comprender donde iba ese exordio. Tus hijas estaban de acuerdo para no llevar a Royan sino trajes de baño bien modernos, es decir de mallas.

Para comprender el efecto de sorpresa y de escándalo que debe producir en una persona que no está al tanto de las costumbres balnearias actualmente adoptadas por el bello sexo de todos los países, es necesario recordar cuan estricto fué, hasta fines del siglo XIX, el pudor del vestido femenino hasta en el teatro. Recuerdo personalmente, siendo ya muchacho, haber oído citar como un hecho escandaloso, contra el cual se protestaba, la aparición, en la escena de un café concierto, de una mujer vestida de malla. En Londres, en 1892, más o menos, ví por primera vez, en El Dorado, según creo recordar, exhibir públicamente grupos llamados plásticos, en que las estatuas femeninas eran coristas vestidas de mallas blancas. Eso asombraba a los franceses; pero su asombro duró poco tiempo.

La petición de tus hijas te produjo un estupor extremo y una violenta protesta. Comenzaste por asegurarles que jamás se exhibirían en esa playa en un traje que deja descubierta una notable parte del cuerpo y que del resto solo oculta el color. No hay más que hablar, les dijistes. Es cosa decidida. Julieta y Francisca insistieron, declarando, sin embargo, que se sometían, pero que en tal caso preferían renunciar al sport de la natación—«Y será una lástima, añadía Julieta, porque los baños de mar hacen mucho bien a Francisca». Pero exhibirse en traje propio de institutrices o de señoras mayores, eso nó, cien veces nó. Si su mamá les permitía, deseaba aun que estuviesen siempre vestidas con elegancia, a la moda ¿porqué las obligaba a presentarse en trajes anticuados, totalmente pasados de moda, precisamente cuando había más gente mirándolas. Todas las amigas de la misma edad que ellas, si no habían ya usado la malla en el año anterior, la llevarían en este. Y citaban nombres: Juana Langlade, Marcela Dubois-Londet, Enriqueta y Alicia Lancy.....

—¿En verdad, les preguntastes, las Lancy de mallas? Su mamá les permite?...

Mme. de Lancy, efectivamente, es tenida por persona estricta y juiciosa. Pues bien, no habia duda. Mme de Lancy lo permitía. Julieta y Francisca habían visto con sus ojos, tocado con sus manos los trajes cortos y vaporosos de Enriqueta y Alicia.

Se los describieron menudamente. Le dijeron dónde y a qué precio habían sido comprados.

Desde ese momento, querida Francisca, la batalla comenzó a tomar mal aspecto para tí. Tu hija mayor, que es muy *sport*, declaró que la malla corta, bien suelta, es el único vestido racional para una nadadora. En cuanto a Julieta, te dijo netamente que a ella le importaba un ardite su traje de baño, porque ella no nadaba; pero que no consentiría jamás en bañarse con túnica cuando sus compañeras lo hacían con mallas.

—¿No adivina Ud., mamá, las reflexiones de la gente?

—No. ¿Qué reflexiones?

—Que hay razones para ocultar lo que otras muestran... Y entonces, Ud. lo comprende, se nos hará a un lado y dentro de diez años andará Ud. paseándonos por las playas cubiertas con túnicas hasta los tobillos... ..

Lo que te sorprendía, Francisca, y al mismo tiempo te tranquilizaba en esta conversación, era la evidente inocencia, la sinceridad ingenua de las dos hermanas cuando alegaban la causa de la malla contra la túnica. No había allí ninguna duplicidad, ningún plan oculto. Querían a todo precio: primero, no pasar por escepcionales, por retrógradas; segundo, rendir su tributo a la moda, a la elegancia; tercero (y era esto lo que les hacía mayor fuerza) no dejar creer que eran desheredadas de la naturaleza. Pero nada de segundas intenciones en sus designios, ninguna indecencia mental. Pero tampoco (y esto te desconcertaba una vez más), ningún cuidado por la decencia. Este problema ni siquiera existía para ellas. Lo que a ti te atormentaba tanto, era para ellas, si algo era, cosa baladí.

Cediste. Debías ceder. En la regla moderna de las familias: cuando la voluntad de las hijas se conforma con las costumbres, no hay nada que hacer. Cediste: Julieta y Francisca se presentaron en la playa de Royan vestidas para el baño como la mayor parte de sus amigas y de las jóvenes mejor educadas, es decir de mallas. Sus mallas no eran demasiado cortas, tenían una relativa amplitud; pero cuando las veías entrar al agua y sobre todo salir de ella, ante la mirada de muchos espectadores, así desvestidas, sentías un sufrimiento real. En

cuanto a ellas, se diría que habían pasado la vida entera con ese traje. Ninguna molestia. La tranquilidad más perfecta. Afrontaban las olas, nadaban, volvían a la playa y cojían sus peinadores con toda naturalidad, como si estuvieran en el *tennis*. Por otra parte, nada, tompoco, de inmodestia. Se dejaban mirar, los jóvenes las detenían, las hablaban, ellas no se intimidaban, ni se exhibían, nada: la naturalidad misma. De tal manera que tu y las otras madres tomastéis finalmente el partido de no protestar, temerosas de sembrar en cerebros perfectamente sanos ideas que en ellas no habían aun prendido.

Resumamos, querida Francisca.

Tu solicitud maternal está alarmada por un doble motivo. Te parece que las costumbres contemporáneas tienden una infinidad de asechanzas a los seres que amas y que tienes bajo tu cuidado. Recuerdas lo que fuiste hace veinte años y piensas en el terror, en el trastorno que en ti habían provocado tales costumbres. Todo eso te hace sufrir, por tus hijas, de la crisis ambiente.

Pero, por otra parte, comprendes que las jóvenes interesadas no parecen en manera alguna sufrir a causa de ella, antes, por el contrario, a ella se adaptan con perfecta ecuanimidad. Además, tu que las conoces a fondo, sabes que son tan francas, que están tan distante de toda corrupción como lo estabas tu a su edad. Te parecen solamente ¿cómo decirlo? más desarrolladas.

Todo esto te trastorna mucho. Ceder, siempre ceder, no es una política, sobre todo en materias de educación. ¿Habrá sonado la hora de hacer acto de autoridad?

Tal es tu consulta. En el fondo, desearía saber si la crisis actual del pudor es ya o está próxima a convertirse en una crisis de moralidad.

Estudiaré concienzudamente ese problema en mi próxima carta.

MARCEL PRÉVOST.

MATRENIDAD

LUISA, veintidos años.—ISABEL, treinta.

Luisa.—¿De compras?

Isabel.—Sí. El pan nuestro de cada día: el pan que traen los hijos debajo del brazo, según dicen... Un vestido para el ama. A ver, ¿qué te parece? Mira...

Luisa.—Muy bueno, ya lo creo... Es un merino riquísimo... doble de ancho... ¿La vistes de pasiega?

Isabel.—Sí, entró con esa condición. Es vizcaína, pero como el traje de pasiega es más caro... Hay que agradecer que no sea moda vestirlas de sultanas... Pues lo de menos es la tela, luego eche usted botones y collares... ¡Y comer!

Luisa.—Sí, no me digas. Yo lo veo en casa de mi hermana. Por eso yo haré todo lo posible por criar a mi hijo, y mi pena mayor sería no poder criar.

Isabel.—Sí, es una pena... Yo crié al primero y empecé a criar el segundo...

Luisa.—Y de seguro has sentido no criar a éste...

Isabel.—Sí, lo he sentido, pero sintiéndolo y todo, te aconsejo que no críes...

Luisa.—¡No me lo digas! Soy fuerte, no creo que me perjudique.

Isabel.—La salud es lo de menos. Nunca me he encontrado mejor que cuando criaba.

Luisa.—¿Entonces? ¿Qué es mucha sujeción que por fuerza ha de privarse uno de teatros, de diversiones? ¡Si vieras qué poco me importa!

Isabel.—Lo supongo... Pero tampoco es eso.

Luisa.—Explícate.

Isabel.—Mira; cuando yo criaba a mis hijos y con una niñerita modesta que los llevaba en brazos salía con ellos a paseo, al pasar entre dos filas de nodrizas, insultantes de lujo, recargadas con galones de oro y cadenas de plata; al considerarme objeto de sus burlas groseras, despique del despecho, porque yo era para ellas una emancipada de su tiranía insufrible... ¡si vieras qué orgullosa me sentía! ¡Única madre en aquella huelga de madres! No comprendía cómo por comodidad o por lujo hubiera mujeres que se resistieran a cumplir deber tan bien recompensado con sólo cumplirlo... Ahora lo comprendo... Yo cumplía con los deberes de la maternidad, pero... huelga de madres o huelga de esposas, he aquí el problema. ¿Has comprendido?

Luisa.—Comprendo que si tú cumplías con tu deber, alguien faltaba al suyo... ¡Pero es infame!...

Isabel.—Eso dije yo, infame, porque entonces nos han engañado... ¡La santa maternidad! Y mientras tú aceptas sus deberes como un sacerdocio, tu marido...

Luisa.—¡Ay! En ese sacerdocio tu marido no puede decir misa, ni siquiera ayudar a ella.

Isabel.—Pero a lo menos podía oírla con respeto. ¿Qué dirían los hombres si en una enfermedad, en una ausencia suya, siguiéramos su ejemplo?

Luisa.—A ellos todo les disculpa.

Isabel.—Tienes razón, todo... Yo quise separarme de él para siempre, y todo el mundo se burló de mí. ¡Separarme por una pequeñez!... ¡Por lo más natural del mundo!... Por un pecadillo que todos los maridos cometen y todas las mujeres toleran!... Mi familia estaba escandalizada; mi madre misma; el antiguo médico de casa se hartó de llamarme ignorante, porque no me conformaba con lo que, según él, era ley de la Naturaleza... ¿Qué más? El confesor sólo pudo decirme: ¿Qué quieres, hija mía? Si tu esposo viniera por aquí, yo le diría más de cuatro cosas; a tí, sólo debo decirte que perdones... ¡Ah! Nos engañan miserablemente... Antes de casarnos debían enseñarnos esas leyes naturales de que hablaba el doctor, y al casarnos, debían leer dos epístolas diferentes: una para los

hombres, otra para nosotras, ya que no reza la misma con ellos que con nosotras ..

Luisa.—¡Vaya, cálmate! Ya sabes a qué atenerte... y yo también.

Isabel.—Ya lo sabes. No críes a tus hijos. Un ama no puede robarte su cariño; cualquier mujer puede robarte el cariño de tu esposo. Que no quede por tí... Los hombres lo quieren. ¡Huelga de madres!

J. BENAVENTE.

CUADROS DEL CONVENTILLO

Se camina con cautela.
Se habla bajo. Hay mucha gente.
Una débil luz de vela
Naufraga en el aire opaco
A fuerza de vaho, encierro
Y humareda de tabaco.
Me hace toser ese ambiente
Al entrar. Un perro flaco
Me rezonga sordamente;
Y en tanto se acalla al perro,
Alguien me arrastra del saco
Hacia una cama de fierro.

Sobre el colchón, dura, calma,
Como si fuera de yeso,
Hay una niña extendida...
¡Un poco de piel y hueso
Sosteniéndose en la vida
Por una hilacha de alma!

La contemplo así, suspenso,
Breve rato; sin embargo,
El minuto es tan intenso
Que a todos ha parecido
Infinitamente largo,
Y entra un deseo de ruido,
De andar, de mostrar denuedo,
Como cuando por adentro,
Nos anda arañando el miedo.
Una—sin duda la hermana—
Va a llenar en la canilla
Del agua la palangana.
Este me alarga una silla;

Una tohalla aquél. La abuela
Alza y me acerca la vela,
Ahincándose en un tranquilo
Avivar de su pabilo.
Con un gesto brusco y breve
Me saca el sombrero el padre.
Sólo una no se mueve,
La madre...

Pongo la tohalla en el pecho,
Sobre la tohalla mi oído.
¡Y otra vez aquella calma!
Es un silencio esculpido
En piedra el que está en mi acecho,
Sólo para mí deshecho
Por el mínimo crujido
Que hace una hilacha de alma
Rompiéndose dentro un pecho,
Y un soplo helado, foráneo,
Que me anda erizando el cráneo...

Al fin levanto la frente,
Voy a hablar; más de repente,
Hace llorar un vecino
En el patio a su vihuela,
Y no sé qué clandestino
Frío en el cuarto se cuela,
Que el perro gruñe de nuevo
Y cae el tallo de sebo
De los brazos de la abuela.
Queda a oscura la morada.
Como algo a las manos hiela
Tardan en prender la vela.
Cuando al fin consiguen eso,
Ya no hay que decir más nada.
La pequeña es piel y hueso...

JOSE MARÍA DELGADO.

EL DOCTOR PAUL ROHRBACH

(Discurso pronunciado en la Universidad de Chile)

Señor Rector, señoras, señores:

La Universidad de Chile, deseando rendir homenaje de sincera cortesía al notable publicista alemán Dr. señor Paul Rohrbach que se halla de paso por nuestro país y desea disertar sobre la crisis económica mundial, ha confiado al que habla la honrosa misión de exteriorizar tales sentimientos en esta oportunidad; aunque sin mediar, en favor de quien tal encargo ha recibido, otro motivo que el pertenecer, el tema aludido, al orden de los estudios que se hacen en su cátedra de Economía Política; lo cual quiere decir que, después de la bondadosa elección del señor Rector de la Universidad que bien pudo escoger a quien tuviera reales merecimientos, es una causal debida a la suerte la que dá al que habla el honor de dirigir la palabra, en este instante, al distinguido escritor señor Rohrbach y de presentarle al docto círculo de personas que ha venido a escucharle.

Nacido, el señor Rohrbach, en Curlandia, cursó sus estudios de Historia, Geografía, y Economía Política en Dorpart, en Estrasburgo y Berlín; siendo, de este último ramo, profesores suyos, los eminentes economistas Wagner y Schmöller.

Designado Comisario de Colonización del Africa Sud occidental alemana desde 1903 a 1906, hizo, por esos mismos años, viajes al Asia, y Norte y Sud América; redactando, como consecuencia de sus estudios, una serie de trabajos sobre política colonial alemana, inglesa, francesa, belga, y española que fueron ampliamente acogidos.

En 1913 publicó su obra fundamental «La Historia de la Humanidad», en que se propone demostrar, según su propia versión, que, el progreso de la humanidad, es el resultado de una obra de cooperación entre las naciones. Se hizo, de esta obra, una edición de 150,000 ejemplares. En el presente año, ha publicado un libro titulado «Alemania entre los países del mundo».

Durante la guerra, el señor Rohrbach, estuvo ocupado en el Departamento de prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores de Berlín. Es, actualmente, profesor del Instituto Superior de Comercio de Berlín y del Instituto Superior de Política, de reciente creación. Desde tres años há se encuentra empeñado en una activa campaña de prensa destinada a obtener la revisión del Tratado de Versalles.

Su actual viaje por América tiene por objeto el estudio de la emigración alemana hacia estos países, y las consecuencias económicas de la crisis mundial; aunque sin carácter oficial alguno. Ha visitado ya el Brasil y la Argentina en donde ha dado conferencias sobre actualidades europeas.

El Dr. señor Rohrbach es monarquista y desearia, para su patria, el restablecimiento del trono.

Al través de las concisas noticias que preceden sobre la personalidad del señor Rohrbach, se puede trasparentar no solo una incesante labor intelectual; sino, aun más: el deseo de servir a su patria y concurrir al mejoramiento de las condiciones de existencia de los alemanes que viven o puedan vivir en el extranjero. Estos esfuerzos, no se realizan sin sacrificios múltiples, y acaba, en este viaje, y, en nuestro país, de sufrir la fractura de un brazo.

Empujado por la ley del progreso social, según la que, éste, se realiza mediante el incesante mejoramiento de los sistemas respectivos, es un colaborador infatigable de esa ley. No pretende hacer mejores a los hombres; sino a los sistemas. Tal es, a lo menos, la impresión que deja el conjunto de su actividad.

Todos los progresos realizados por la humanidad, han sido y son, en efecto, en cada una de las fases de la actividad social, un resultado de gradual perfeccionamiento de los sistemas respectivos, y no una consecuencia del perfeccionamiento de los

seres humanos; los que, en miles de años, no dejan ver en su organismo modificaciones sensibles... Los progresos científicos, son consecuenciales del mejoramiento de los sistemas de indagación; los progresos económicos, un resultado de los sistemas de producción, de circulación, distribución, conservación y consumo de las riquezas que se hacen más perfectos; los progresos políticos, una consecuencia de los siempre más acabados sistemas de organización de las relaciones entre los gobernantes y los gobernados, y entre los diferentes círculos, que pueden concertar sus esfuerzos de conformidad a principios, cada vez de más amplia cooperación.

La misma crisis social actual, cuyo desarrollo viene el mundo contemplando con sorpresa y con terror, no es más que una consecuencia de los diversos regímenes que luchan entre sí; o sea de los sistemas jurídicos, de los que, unos, desean perpetuarse, y, los otros, sobreponerse.

Como una consecuencia de la difusión de las luces del entendimiento y de su intensa penetración en el espíritu de las masas populares, el aspecto fundamental de las agitaciones sociales que el señor Rohrbach ha tenido ocasión de observar de cerca en Europa, y que son como introducción a la crisis económica, antes que nada ofrece una crisis de ideas; o, en términos mas precisos, una crisis de los sistemas jurídicos que han servido para gobernar a los pueblos por miles de años y cuya caducidad, en muchos sentidos, han comenzado a comprender las grandes masas humanas. En otras palabras, los intensos movimientos sociales de los momentos presentes, son una derivación del choque o del antagonismo entre las ideas que los Códigos, sean civiles o políticos, mantienen; y las ideas que, los libros, el diario, el folleto, o la tribuna divulgan en oposición a aquellas. Dicho lo mismo en otras palabras, las inquietudes de las clases inferiores, y la consiguiente intranquilidad de las clases altas, son un resultado de la imposibilidad en que se encuentran para marchar de acuerdo los principios jurídicos que han predominado y los principios que se desea poner de fundamento a la sociedad futura. Es esta, así parece, la razón más profunda y por lo mismo la más comprensiva de

las perturbaciones que se hacen sentir sobre el orden económico y político establecidos.

Un progreso social cualquiera por surgir es causa de crisis más o menos extendida, más o menos duradera, más o menos intensa. En la historia política y económica de las naciones, existen, sobre este asunto, abundantes ejemplos, que lo prueban. La llamada lucha entre el capital y el trabajo—o más exactamente dicho, entre patrones y obreros—es una resultante del choque producido entre la organización (o el sistema) industrial existente i aquel orden de principios que, las clases trabajadoras desearían ver establecido.

La crisis social del mundo, con todas sus modalidades o accidentes, há podido, ser dirigida, sin ninguna duda, desde años há, pero el sistema de mostrarse indiferente ante las exigencias crecientes y latentes del mundo; el sistema de disimular ante los demás o de ocultarse a sí mismo la gravedad de la situación, quizás, más por impotencia que por egoismo o falta de conocimiento, lleva a las multitudes por una pendiente que las precipita con movimiento progresivamente acelerado.

Hasta estos mismos momentos en que, las exigencias de las clases populares arrecian más, los círculos dirigentes de los pueblos parecen entender que, con las concesiones hechas, ya, todo, quedará en paz; pero no es así, porque cada concesión, ha ido e irá seguida de nuevas exigencias, más o menos prontamente.

Es sorprendente, por esto mismo, cómo los círculos dirigentes de los pueblos más civilizados, que deberían llevar la delantera en la tarea de darle a la sociedad futura su definitiva organización; parecen vivir al día y preocuparse más de pasajeros paliativos que de reformas fundamentales; no siendo raros los casos en que, los frutos del desorden organizado, se exprimen en estos momentos de zozobras intensas para el mundo, en provecho de unos pocos, gracias a la ignorancia general.

La redacción de los Códigos por los cuales ha de gobernarse la sociedad futura, ha debido ser un paso dado con decisión desde años há; pero, de esto, nada se ha hecho; y lo que hay de más deplorable es que, ningún síntoma revela, en parte alguna del mundo, que exista el propósito de acometer tal obra

en favor de la paz. La intensa aceleración de la cultura ha sido otro correctivo al alcance de la política de los que han tenido y tienen la misión de dirigir los pueblos; porque, es esa cultura, lo único que puede hacer posible la tarea de dirigir o contener—mientras se preparan las reformas—las impetuosidades del deseo de una mejor organización jurídica; pero parece que hay la convicción de que, lo mejor, es no hablar a las muchedumbres de tales cosas; porque, esa misma enseñanza, puede hacerlas más exigentes; sin tomar en cuenta que, esa abstención, es espada de dos filos; ya que, al mismo tiempo que deja a las muchedumbres expuestas a ser el juguete de falsos apóstoles que las empujan con toda suerte de ideas absurdas; de otra parte, mantiene, a la clase que debe otorgar sus concesiones en obsequio a la paz y a la justicia, en un estado de desnudez mental que la inhabilita para entrar en arreglo alguno; lo que debe traducirse al final, en choques más violentos entre las dos clases extremas, igualmente obstinadas en lo que entienden por derechos suyos.

No sabe el que habla cuáles sean en concepto del señor Rohrbach las causas de la crisis económica mundial, ni cuáles sean los efectos o los correctivos que señale, pero, en todo caso, parece evidente que el notable escritor a quien se va a escuchar en seguida, no desea otra cosa que trazar un sistema de principios que guíen la futura acción de los gobernantes y de los gobernados para el logro de una producción más abundante, de una circulación más expedita, de una distribución más equitativa, y de consumos más ordenados de la riqueza.

Es, por todo lo dicho, de importancia suma para los chilenos el saber cuáles son las conclusiones a que llega el señor Doctor Rohrbach en sus estudios; aunque no haya de considerar sino el aspecto económico de la crisis mundial de estos instantes. Ese estudio, tiene para los chilenos un doble interés: el que mira a las causas generales que sacuden hoy la organización económica del mundo; y el que se relaciona con los más agudos problemas de nuestra actualidad económica. Por muy generales que sean los puntos de vista en que se coloque el Dr. Rohrbach no dejarán de revelar los puntos de vista que nos conviene considerar. El señor Rohrbach dará al país la rara oportu-

nidad de beber, en sus enseñanzas, las soluciones que, en más de un sentido, nos conviene encontrar.

La Universidad de Chile, por doble motivo, entónces, abre el salón principal de su Casa para recibir al señor Rohrbach y para oír—sobre asuntos que nos interesan en grado sumo—la palabra docta de un distinguido discípulo de Schmöller y de Wagner.

ROBERTO ESPINOZA.

CARTAS A DON ANÍBAL PINTO

(Conclusión)

Lima, Enero 20 de 1881.

Querido amigo:

¡Aun me parece que estoy soñando! Viviré cien años y jamás olvidaré la impresión de orgullo que sentí en el momento de nuestra llegada a la ciudad de los Reyes. Me parecía ver la estrella de Chile grande como el sol.

El éxito no puede ser mayor ni más completo. La batalla de Chorrillos es la más grande y más hermosa batalla de América. Hubo buena dirección y hubo arrojo imponderable. La batalla estuvo ganada desde el principio, y bastó para alcanzar tan gran victoria el empuje de la división Lynch y de la brigada de José Francisco Gana. Este último, de dudosa reputación de valor antes de ahora, ha levantado su crédito.

En cuanto a Patricio, le diré desde luego que él y Lagos son las dos grandes figuras militares que hay en el Ejército. En mi última carta y nada más que por los méritos de su expedición al norte y de su marcha a Chilca, le pedía que agitara sin demora el nombramiento de Contra-Almirante. Hoy, después de lo que ha hecho en Chorrillos y Miraflores, merece ser General de división o Vice-Almirante.

No olvide, sin embargo, que es justo que en el mismo día que se ascienda a Lynch, debe ser General el vencedor de Arica y el héroe de la jornada de Miraflores.

Estos actos, siendo de estricta justicia, serán aplaudidos por todos, pero para que todos aplaudan es necesario que no demoren un día, si es posible.

De Miraflores le diré solamente que fué una batalla desordenada y sangrienta porque fué una sorpresa infame. Los Ministros de Inglaterra y Francia y el decano Pinto se fueron a nuestro campamento a preguntarnos qué pedíamos, que exigíamos para salvar a Lima. José F. Vergara y yo contestamos que pedíamos la entrega del Callao.

Pero eso es, nos dijeron, la sumisión incondicional.

Exactamente, contestamos nosotros.

Nos pidieron, entónces, tiempo para conseguir esto de Piérola y les concedimos hasta las 2 P. M. Dijeron que era muy poco, que éramos los fuertes, que estaban seguros de obtener lo que pedíamos y que ningun mal había en que suspendiéramos nuestros fuegos hasta las 12 de la noche.

Después de consultarnos y viendo que no nos convenía comenzar el ataque a las 2 P. M., accedimos haciendo entender a los Ministros extranjeros que lo hacíamos en la inteligencia de que ellos sabrían apreciar nuestra condescendencia.

Se fueron y quedamos tranquilos. Baquedano salió con los jefes a estudiar el terreno y andaba en esto cuando el enemigo rompió el fuego.

Sólo la división de Lagos estaba en su puesto. La de Lynch se iba moviendo recientemente. La mayor parte de los regimientos estaban almorzando. Yo, con Joaquín Godoy y con Vicente Dávila, estábamos en el muelle de Chorrillos. Figúrese Ud. la confusión del primer momento.

Pero, a pesar de todo, se triunfó y se desalojó al enemigo de posiciones tan formidables que si Ud. las viera, hoy mismo temblaría pensando en el peligro que corrimos mediante la infamia de Piérola.

Este bribón estaba almorzando con los Ministros y Almirantes extranjeros y hacía semblante de someterse a nuestras exigencias cuando se rompió el fuego. Se hizo el sorprendido y nos acusó a nosotros el muy pícaro. Pero, en fin, triunfamos, aunque con grandes sacrificios.

Al día siguiente, volvieron los Ministros extranjeros a nuestro campo y los recibimos friamente. Venían acompañados del Alcalde de Lima, señor Torrico, y con la misión de entregar a Lima y el Callao. Respecto de este último punto no estaban

bien seguros de que el jefe del Callao que era, segun ellos dijeron, el borracho Astete, se sometiera sin prender fuego a los buques.

Les dijimos que si tal hacía, el Perú tendría que pagar el valor de todos los buques y que si Astete caía en nuestro poder sería fusilado.

El General dió entónces sus órdenes para ocupar al día siguiente Lima y Callao, pero cuando la división Lynch llegó a este último punto todos los buques, sin dejar uno solo, habían sido quemados.

Yo no he sentido esto. Eran buques viejos y vale más cobrar su valor.

Tenemos, pues, una ocupación tan completa como no se conoce otra en la historia. La victoria y el predominio de Chile es evidente e incontestable.

Y ahora, ¿qué hacemos? En el momento en que le escribo sabemos que Piérولا ha dirigido una comunicación, desde no sé donde, al Cuerpo Diplomático notificándole que él sigue siendo el Jefe del Perú.

Los diplomáticos están reunidos para acordar la respuesta y, al mismo tiempo, el Alcalde ha citado a los notables para que digan si quieren reconocer a Piérولا o constituir otro Gobierno. Puede ser que mañana sepamos algo.

Por ahora el horizonte es muy obscuro. No hay quien se atreva a recibir el poder y a firmar la paz con Chile.

Este pueblo desgraciado no tiene ni quien lo represente en su agonía.

Yo esperaré unos ocho días para ver si hay esperanzas de Gobierno y sino hubiera esperanzas me iría a Chile aún cuando tuviera que volver más tarde, ¿no le parece?

Al firmar esta carta una gran salva saluda nuestra antigua victoria en Yungay.

Lo abrazo y lo felicito. Suceda lo que quiera, en el período de su Gobierno se ha escrito la gran página de nuestra historia. Supongo que en Chile se habrán vuelto locos de alegría.

Le prevengo que le escribo en el escritorio de Piérولا y que duermo en su propio catre.

Suyo siempre.

E. ALTAMIRANO.

Lima, Enero 25 de 1881.

Querido amigo:

El pobre Joaquín Godoy recibió la noticia de que toda su familia, su señora y sus tres hijitas, habían sido atacadas de sarampión. Ya habían muerto las dos niñas menores y quedaban en cama la señora y la niña mayor.

En el acto le facilitamos el *Luis Cousiño* para que se fuera a Guayaquil.

Ahora se trata de que Uds. piensen en la colocación que deben darle.

Godoy es un hombre inteligente y un diplomático de importancia. El no puede, después de su desgracia, seguir en Quito, y Uds. no pueden dejarlo en la calle.

La Legación a Méjico o Colombia debe ser para él, ya que está ofrecida la de Estados Unidos.

A nosotros nos hará mucha falta aquí.

Nada de particular en Lima sino la dificultad, talvez insuperable, de formar un Gobierno. Esta nación es hoy día un cadáver verdadero y no hay, a juicio de los mismos peruanos, un solo hombre capaz de cargar con la responsabilidad de la situación.

Si en pocos días más veo que esto va muy largo, me voy aunque tenga que volver después.

Nada quiero decirle de los desagradados que me ha traído el estado de las relaciones de Baquedano y Vergara.

He tenido con el primero una escena horrorosa que casi ha roto nuestras relaciones.

En el fondo, le diré que hay un poco de ligereza de Vergara y mucha infatuación en Baquedano. Por esto yo no le hago cargo, porque yo estaría infatuado, si hubiera ganado sus cinco batallas.

Espero que Vergara lo arregle todo desde Arica.

Hoy mandaremos a Valderrama (Melquíades) varias notas tomadas del archivo de la Legación Peruana en la República Argentina que son curiosas y que deben publicarse en el acto en el *Diario Oficial*.

Supongo que Uds. saben que despachamos en todos los Ministerios y que todos los archivos están en nuestro poder.

Podríamos mandarlos íntegros si Uds. lo desean.

No hay más novedad.

Suyo afectísimo.

E. ALTAMIRANO.

Lima, Enero 26 de 1881.

Señor Don Aníbal Pinto

Querido amigo:

En mis cartas anteriores no he querido decirle nada de lo más importante, de la posibilidad de constituir un Gobierno.

Ahora, sin que la situación sea clara, ya se vé algo y es tiempo de que le escriba.

Ante todo, le diré que en nuestras conferencias con Torrico le hemos manifestado nuestra firme resolución de no mezclarnos en la política peruana. Hemos llegado a decirle que después de la traición de Miraflores nos sería doloroso tratar con Piérولا, pero que si la opinión de Lima y el Perú sostienen a Piérولا, con él trataríamos y le permitiríamos venir a Ancón a oír nuestras condiciones.

Después de esto ha habido varias conferencias de notables en la Municipalidad, en casa de Torrico y de Arenas y han acordado mandar una comisión compuesta de Julio Ferrean y (?) de García y García a decirle a Piérولا que, si quiere ser reconocido como Jefe Supremo, venga a Ancón a tratar con nosotros, pero que si quiere continuar una resistencia imposible, no lo acompañarán y en este caso se convocará el Congreso Constitucional que existía con la administración Prado, o bien una numerosa reunión de notables que establezcan un Gobierno provisorio representado por tres personas o cuatro.

La opinión general es que Piérولا viene y trata con nosotros, y en ese caso el tratado será la obra de un momento. Las cláusulas que más les dolían, la destrucción de las fortificaciones

del Callao y la entrega de la Escuadra ya estan alcanzadas por la victoria y, ahora, lo único que habrá que decir en el tratado es que, mientras no se cumpla, y en ningún caso antes de diez años, el Perú no podrá adquirir naves ni hacer defensa de ninguna clase en el puerto.

Las demás condiciones ya las conoce todo el mundo en Lima y las han tragado.

Respecto a la cantidad en dinero que deben pagarnos hay que agregar a la que fijan las instrucciones, el valor de la escuadra que quemaron, faltando así, a la promesa hecha.

En virtud de lo expuesto, creo que talvez dentro de cuatro días se conozca la resolución de Piérola y nos pondremos en camino de constituir un gobierno. Yo lo deseo ardientemente, en primer lugar por el interés de la patria, y en segundo lugar, por mí que estoy muy aburrido. El destierro va siendo largo y sino hay gobierno luego, me voy.

El fastidio es mayor desde que he llegado a ser impotente para conseguir que Baquedano y Vergara marchen unidos. En Tacna me costó mucho trabajo; pero la consideración del peligro común los sujetó. Hoy día la victoria ha hecho desaparecer el peligro por una parte y por otra parte ha envanecido completamente a Baquedano. Y si Ud. agrega a esto que Vergara es un poco ligero verá que no se puede ir adelante estando los dos.

Felizmente el remedio me parece fácil desde que la campaña militar ha terminado.

Vuelvo a insistir en la necesidad de hacer inmediatamente Contra-Almirante a Lynch y General a Lagos. Es igualmente indispensable hacer General a José Francisco Gana porque es más antiguo que Lagos y porque fué uno de los más notables en la batalla de Chorrillos. Gana se ha rehabilitado y sería la más irritante injusticia postergarlo.

Por este mismo vapor van los billetes fiscales que nos tomaron los peruanos y que hemos encontrado en las oficinas de hacienda sin que falte uno sólo, según creemos.

Los billetes tomados por Lynch son los que estan sirviendo para pagar el Ejército. En el comercio se recibe a la par el billete chileno y a razón de 10 soles por un peso los peruanos.

La vida en Lima, aun hoy mismo, no es muy cara y ciertos servicios se pagan a más bajo precio que en Chile.

Así, pues, hoy he comprado un sombrero negro y me ha costado un billete chileno de \$ 10. En Valparaíso, cuando me vine, un sombrero costaba ocho pesos.

Hoy mismo, en una peluquería de gran lujo, me he hecho afeitar, cortar el cabello y lavar la cabeza y he pagado seis soles, es decir, sesenta centavos. Esto vale en Valparaíso un peso veinticinco centavos.

La pensión de los hoteles es cara y por eso los oficiales del Estado Mayor están desesperados de gana de irse.

Por hoy nada más tengo que decirle, pero puedo hacerle una indicación. Es indispensable hacer Coronel a Barceló (Francisco) que ha sido herido siendo Jefe de Brigada.

Y si yo fuera Gobierno haría también coronel a José Francisco Vergara. Este sería un premio que él recibiría con muchísimo gusto, pero esto no debe hacerse sin explorar bien la opinión del Senado.

Suyo aftmo.

E. ALTAMIRANO.

Lima, Enero 31 de 1881.

Querido amigo:

Acabo de hablar con Torrico y esperan esta noche tener la resolución de Piérولا. Si éste se somete a tratar con nosotros, lo apoyarán los notables de Lima y, en el caso contrario, le negarán obediencia y elegirán a otro.

Yo le he repetido una y otra vez a Torrico que tenemos orden expresa de no mezclarnos en la política peruana y que, si ellos sostienen a Piérولا, llevaríamos el sacrificio hasta tratar con él, olvidando la traición de Miraflores. Esto equivale a decir que cualquiera otro nos agradaría más.

Uno de los aspirantes es Suárez y ha mandado emisarios a Lima. Me dice Torrico que Suárez tuvo su época de gran prestigio después de Tarapacá, pero que lo ha perdido, después de las últimas batallas. Dicen que se portó cobarde.

Ojalá podamos ver claro en la semana que hoy principia, porque el deseo de volver va tomando en mí las proporciones de una enfermedad. Sólo una compensación y muy grande tiene mi destierro y es estar lejos de los partidos políticos que se van a dar tremenda batalla. Se asegura aquí, como cosa resuelta, que el partido clerical unido a una fracción del liberal, encabezado por Francisco Echaurren, proclamará a Baquedano. ¡Pobre General! Le van a hacer un mal servicio con ésto. El podía llegar a recibir unánimes aplausos y, por el contrario, van a obligar a medio país a sacarle el cuero.

En este momento me avisan que Vergara ha llegado. Me alegro muchísimo porque su vuelta significa que todo se habrá arreglado.

Aquí no hay novedad. La salud del Ejército muy buena. El temperamento delicioso. Yo no he pasado mejor verano. Se suda un poco, pero sin sofocación.

Mil recuerdos a todos los Ministros. Dígale a Manuel García de la Huerta que es un bribón; le he escrito tres veces y él sólo una, para decirme que no me podía escribir.

Suyo aftmo.

E. ALTAMIRANO.

Lima, Febrero 3 de 1881.

Querido amigo:

Ayer contestó Piérولا y en su nota al Alcalde de Lima dice que «si el Perú, como lo manifiesta el vecindario de Lima, no quiere seguir luchando, él está dispuesto a hacer el sacrificio de tratar, pero con la intervención del Cuerpo Diplomático».

Hemos contestado a Torrico que ésto es ya majadería, que hemos dicho cien veces que no aceptaremos ninguna mediación; que ya saben Piérولا y el Alcalde y todos en Lima, que el Ministro de la Guerra y yo tenemos los poderes de Chile y que saben, también, que desde Arica y antes de Arica estamos dispuestos a abrir conferencias para tratar de la paz, en el día y hora en que a ello nos invite, quien pueda hablar en nombre del Perú.

Torrico conviene en que no tiene objeto la intervención del Cuerpo Diplomático y se manifiesta disgustado con la actitud de Piérola.

El domingo próximo hay una reunión de todos los notables de Lima con el objeto de declarar o que se someten a Piérola o nombrar un gobierno provisorio. Parece que harán lo último y que nombrarán un triunvirato presidido por Arenas y en el que estará también Torrico.

Si se forma este Gobierno necesitará lo menos mes y medio para ser reconocido, si antes Piérola no levanta bandera en contra, y si Montero que anda en el norte no levanta otra bandera.

En todo caso, no se podrá tratar antes de mes y medio y creo que haré bien en irme en la próxima semana y volver cuando haya con quien entendernos. Esto me servirá también para conocer bien cuál es la opinión última del Gobierno en vista de la situación. Por supuesto, si hay probabilidades de poder tratar antes, me quedo hasta concluir.

En cuanto al Ejército parece cosa resuelta que dejaremos 4 mil hombres en Tacna, 7 000 en Lima y Callao y 3 000 en Trujillo. Creo que con esta fuerza quedamos sólidamente en el Perú.

Baquedano no sabe aún si se va o se queda.

Suyo aftmo,

E. ALTAMIRANO.

Sr. Don Anibal Pinto.

Febrero 4 de 1881.

Querido amigo:

La situación ha cambiado por completo en el Perú. García Calderón que estaba muerto, hoy tiene vida robusta. Piérola está perdido y lo estará sin remedio, sí, como se dice, hoy o mañana llega la adhesión de Cáceres al Gobierno de García Calderón.

En pocos días más será posible poner en claro la situación, pero no incurra Ud. en el error de abrigar esperanzas.

Después de una o dos entrevistas, se verá que la paz es imposible.

Hurblut ha hecho un mal inmenso haciendo creer a esta gente que Estados Unidos no tolerará la cesión de territorio. Con estas promesas, y mientras no se desmientan, ningún caudillo peruano cederá a nuestras exigencias.

¿Qué se hace entonces, me preguntará Ud?

Sencillamente lo siguiente:

Resuelto que la paz es por ahora imposible, Chile debe declarar a todas las naciones en una nota bien redactada que mantiene la ocupación de Lima y Callao y demás departamentos que le convenga hasta que el Perú acepte nuestras justas exigencias.

En el acto deberá traerse un Gobernador General, con Secretarios de Gobierno, de Hacienda y de Guerra, es decir, tres Secretarios y que de este modo se manifieste el propósito de permanecer por años, si es necesario.

Deben retirarse de Lima y no deben mandarse jamás emisarios de paz. Cuando el Perú tenga Gobierno que quiera tratar con nosotros, mandará a Santiago sus negociadores.

Tomando este camino, que es el mismo que yo le indiqué a Ud. en Marzo, talvez y sin talvez iremos más pronto a la paz.

Es inútil tener miedo a la ocupación porque de todos modos se nos impone.

Yo estoy viendo que nos hará inmensos males, pero no está en nuestras manos evitarlos.

Puede ser muy bien que llegue el caso de que la ruina de esta nación sea tan grande que las entradas de Aduana y todas las demás rentas disminuyan en términos de no alcanzar a pagar los gastos de nuestro Ejército. En este caso talvez nos veremos en la necesidad de retirarnos, pero entonces nuestro Congreso dictará antes una ley que determine cuál es nuestra frontera, qué territorios ocuparemos a firme y cuáles mientras no paguen ciertas sumas de dinero.

Es preciso que en Chile nuestros hombres de Estado se acostumbren a mirar esta cuestión con un criterio firme y que sigamos un camino invariable.

No por pensar en la paz, no por mandar plenipotenciarios a Lima, alcanzaremos la paz. Se produce un efecto contrario. Estas gentes, al vernos llegar, se han dicho que Chile ya no puede soportar la carga, que la paz nos precisa tanto como a ellos, que prolongando un poco la resistencia tendremos que ceder.

Ahora tienen otra esperanza. Según estos locos, los argentinos han arreglado la cuestión con Chile para quedar más libres y cuentan que, al aprobar el tratado, las Cámaras argentinas han arrancado a su Gobierno promesas de intervención eficaz en la cuestión peruana.

Con estas ilusiones se entretienen y dejan que el Perú se arruine y no tratan.

Ojalá podamos poner término a esta cuestión; confesaría con mucho gusto que me he equivocado.

Mis recuerdos para la señora y Ud. disponga de su amigo afmo.

E. ALTAMIRANO.

Lima, Febrero 6 de 1881.

Querido amigo:

García Calderón y sus Ministros son unos pobres hombres. Después de hacer un movimiento no se atreven a ser Gobierno y sabemos, de positivo, que tienen miedo a firmar un tratado que contenga la desmembración del territorio.

Piérola está casi enteramente solo en Jauja. Le acompañan como cien jefes y oficiales y más o menos como cien soldados. Pero Piérola tiene carácter y acaba de dar un decreto convocando a un Congreso en Ayacucho y ha dirigido una nueva circular al Cuerpo Diplomático en que nos insulta de lo lindo, según se me ha dicho. No he visto la circular.

Por fin vamos a entrar a un buen camino. Mañana se impone un millón de pesos sobre cincuenta personas a \$ 20 000 por persona. Esto es para los gastos del mes de Febrero.

En la próxima semana se impone por el mes de Marzo una suma igual.

Como le he dicho en mis cartas, es preciso y necesario que Uds. resuelvan si se impone a Lima una contribución de guerra de 4 a 5 millones de pesos con la advertencia de que se destruirán todas las propiedades públicas, fiscales o municipales, sin dejar una sola.

Con los dos millones que vamos a sacar ahora tenemos para entretenernos un mes, pero ¿qué hacemos después?

No hay más que dos caminos, o nos quedamos indefinidamente aquí y el negocio será malo, a mi juicio, o nos vamos a Tacna después de haber hecho el desierto.

Resuelvan y manden instrucciones claras y terminantes.

No imiten a los diarios que piden medidas severas, pero sin indicar cuales son.

Su amigo afectísimo.

E. ALTAMIRANO.

Lima, Febrero 19 de 1881.

Querido amigo:

Tenía escrita una carta de dos pliegos y la rompo para escribirle dos palabras.

Hoy, hasta las dos de la tarde, estaba resuelto de una manera irrevocable: 1.º Que Vergara se iba a Valparaíso el lunes y que presentaría su renuncia al llegar; 2.º Que Baquedano se iba el jueves próximo con algunos batallones; y 3.º Que yo me iba cuatro o cinco días después, no queriendo irme ni con Vergara ni con Baquedano por mil razones.

Yo veía llegar estos acontecimientos con profunda pena, pero no les encontraba remedio.

Se ha hecho ya imposible que Baquedano y Vergara se entiendan. No crea Ud. que hayan peleado ni que sea cuestion de abrazos.

Le diré, en verdad, que lo que más enojó a Vergara ayer fueron sus cartas, porque de ellas se desprende que Ud. piensa que la falta de acuerdo viene de falta de prudencia de alguno de los dos.

La causa es otra.

Baquedano no es ya el hombre sumiso y humilde que Ud. conoció. Por nada del mundo permitirá jamás que se mueva una paja sin que se diga que ha sido por su orden.

Su cabeza es débil, su cerebro pequeño y la gloria lo ha ofuscado.

El hecho es que desde la entrada a Lima todo cambio de ideas llegó a ser imposible.

Hace muchos días Vergara le pasó una nota diciéndole que era preciso sacar del Perú todo lo necesario para mantener el Ejército. Baquedano dió el decreto que Ud. habrá visto en los diarios y allí nos quedamos.

Esta situación se iba haciendo ridícula y ni Vergara ni yo queríamos cargar con la responsabilidad, ya que no podíamos dirigir.

Estábamos casi resueltos a irnos, cuando llegó el *Amazonas* con un cargamento de correspondencia para nosotros y toda escrita con el mismo criterio, excomulgándonos a velas apagadas.

La impresión que esto nos produjo acabó de decidírnos y quedó resuelto nuestro viaje.

Esta resolución asustó a Baquedano que vió que le caía encima toda la obra de administración y temió comprometer su prestigio militar.

Entonces buscó a Vergara y quedó convenido que él saldría el jueves y que dejaría en su lugar a Saavedra.

Llamamos a Saavedra para preguntarle si estaba dispuesto a no tener corazón y llegar hasta destruir las propiedades, si no pagaban los impuestos, y nos contestó que sí.

Hemos resuelto entonces quedarnos y ensayar un poco el terror para ver si por este camino encontramos la paz.

Por lo menos, estoy seguro de encontrar luego el convencimiento de si es o no posible llegar a un tratado de paz.

Mucho tendría que decirle pero me falta el tiempo porque es media noche. Por lo demás, Vicente Dávila lleva esta carta y él le dará a Ud. y a los Ministros amplias explicaciones.

Su amigo afectísimo.

E. ALTAMIRANO.

Lima, Febrero 23 de 1881.

Querido amigo:

Ya parece que esto se encamina. Para conseguirlo ha sido preciso tomar una resolución que esperamos sea aprobada por ustedes.

La situación desde el día en que entramos a Lima era la siguiente:

Todos condenaban a Piérola, pero ninguno quería levantar un nuevo Gobierno porque no querían cargar con la nota de revolucionarios en presencia del enemigo.

Por su parte, Piérola explotaba esta situación y lanzaba circulares y decretos que indicaban el ánimo, sino de continuar la guerra, de embromar por lo menos.

Ha llegado a ser para nosotros muy claro que, para llegar a una solución, era preciso despejar la situación eliminando a Piérola y así lo hemos hecho, aprovechando una feliz oportunidad que nos ofrecían los señores Arenas y Alarco. Junto con esta carta van las notas que nos hemos cambiado.

El remedio ha producido inmediatamente su efecto y ayer mismo ha sido proclamado Presidente del Perú en una reunion numerosa don Francisco García Calderón. Esta proclamación de una junta será sometida mañana a la aprobación de una gran asamblea.

Mañana sale el «Angamos» y esperamos trasmitir con él todo el desenlace de la cuestión.

Se cree que llamará al Ministerio del Interior al Dr. Arenas, hijo; a Denegri, a la Hacienda; a Canevaro a la Guerra; a Correa y Santiago a la Justicia, quedando alguno de los nombrados con las Relaciones Exteriores. Como Ud. vé, el partido civil vuelve al poder con todos sus hombres de influencia.

En Lima este partido arrastrará gran séquito y muchos creen que el nuevo Gobierno será inmediatamente aceptado por el país, y será respetado y obedecido.

Este es el secreto del porvenir. Si Piérola no abandona el campo, si Montero en el norte, si Solar en Arequipa no se someten, este país entrará de cabeza en la anarquía, y nosotros no encontraremos con quien tratar.

En este caso no nos queda otra cosa que hacer que imponer gruesas contribuciones con el apremio de quemar las propiedades que no paguen. Puede pedirse a la Municipalidad unos buenos millones y si no paga se quemarían todos los edificios públicos comenzando por el palacio y concluyendo con los cuarteles y las escuelas.

Sino se hace la paz ese sería el único camino que podríamos tomar.

Los peruanos saben que estamos ocupados en reunir los datos para el cobro de la contribución de guerra y tiemblan de miedo. La convicción de que ya vamos a proceder es lo que ha producido el movimiento que ha dado vida al nuevo Gobierno.

Una vez que García Calderón esté reconocido y proclamado van a surgir dificultades para establecer nuestro modo de vivir.

Para ellos será una gran necesidad tener a Lima desde luego porque un gobierno que viva en medio de nuestros soldados y ocupando nosotros el palacio, y sin tener ni una ordenanza para mandar un oficio, es un gobierno que no tendrá prestigio en el país.

Creo que si ellos firman un tratado de paz, sin perjuicio de someterlo a la aprobación de un Congreso, tendremos que convenir en dejarles a Lima, tomando por supuesto posiciones que nos hagan dueños de ella en el momento que queramos.

Por lo que hace a mi, espero que podré irme en Marzo. Si no hay paz entónces, no la habrá en muchos meses y yo no tendría fuerza para prolongar más mi permanencia aquí.

Esta carta es para Ud. y para Valderrama. No escribo otra para no repetir lo mismo.

Melquíades Valderrama me anuncia el envío de nuevas instrucciones que no han llegado. Esto puede paralizarnos y ser de gran perjuicio. Ya que hacían el anuncio debían mandar las instrucciones.

Supongo que se refieran alguna nueva combinación respecto a Arica y Tacna. Aquí nadie habla de Bolivia y los peruanos ni nombran a ese pueblo. Yo creo que es preciso optar si nos quedamos con eso o hacemos de Tacna y Arica ciudades libres. Vergara se inclina a lo último y yo a lo primero.

Otra base indeclinable debe ser la liberación de todo derecho para nuestros productos siquiera por veinte años. Esto debe considerarse como pago de indemnización.

La indemnización misma debe subir a 50 millones y como no han de pagarla, mas tarde se podrá negociar que continúe el plazo de la libertad para nuestros productos y perdonar alguna parte de la deuda pendiente.

Basta por hoy.

Suyo afectísimo.

E. ALTAMIRANO.

Lima, Febrero 25 de 1881.

Querido amigo:

Después de creer en la organización de un gobierno que iba a encarrilar los negocios en este país tan desgraciado, nos llega la noticia de que no ha podido García Calderón organizar Ministerio hasta este momento, 3½ de la tarde.

Se nos asegura que en la reunión que tiene lugar ahora mismo en casa de García Calderón, este ha dicho que renuncia a la presidencia si sus amigos se escusan para aceptar los ministerios.

Si renuncia García Calderón, todos lo reconocen, vendrá el caos y no habrá posibilidad de otro gobierno.

Entonces queda para Chile esta situación que voy a exponerle en dos palabras.

O nos quedamos indefinidamente aquí administrando este país y entonces hacemos un mal negocio porque las aduanas apenas dan para pagar los empleados, y la ocupación indefinida tiene cien otros gravísimos inconvenientes.

O bien nos volvemos a Tacna después de imponer a la Municipalidad de Lima una contribución de tantos millones de pesos, bajo apercibimiento de destruir todas las propiedades públicas que aquí son muchas y valen muchos millones.

Y, a la vez, otro decreto que comprenda a los particulares y bajo el mismo apremio.

Y, por supuesto, otros decretos iguales en el Callao, Huacho, Trujillo, etc., etc., todo lo que ocupan nuestras fuerzas.

Yo no veo otro camino. Si no se forma Gobierno en Lima, está convenido que yo me voy en la próxima semana para darles cuenta de la situación y esperar que Uds. resuelvan.

¿Nos quedamos cobrando la contribución de aduanas? Es muy mal negocio.

¿Nos vamos, burlados con esta resistencia de los brazos cruzados? Haríamos un papel muy ridículo.

¿Incendiamos propiedades por valor de muchos millones? Tremenda solución, pero yo la apruebo con toda firmeza.

Ahora vayan Uds. pensando.

Suyo.

E. ALTAMIRANO.

Marzo 2 del 81.

Querido amigo:

El tiempo que le reservaba a Ud. lo he empleado en dictar la nota que lleva Adolfo Guerrero para Valderrama.

Ayer y hoy hemos tenido largas conferencias con los Ministros de García Calderón. Hemos tenidoacentos plañideros y casi lágrimas como en Farrieres.

Nos ha tocado a nosotros el duro pero mas cómodo papel del vencedor.

Permítannos vivir, no nos humillen, no nos ahoguen porque si no nos ayudan no podremos constituir gobierno y este pueblo está perdido, nos decían.

Perdónennos, les contestamos, pero mientras Uds. no firmen la paz tendremos que ser más y más severos hasta llegar a ser implacables.

En este momento deliberan si se someten en todo a nuestras exigencias o si renuncian a ser gobierno.

En este último caso, yo me iré en el próximo vapor para explicarles la situación y ya saben Uds. que, en ese caso y después de una circular del Ministerio a todas las naciones, no queda a mi juicio otro camino que el del castigo, que consiste

en la imposición de gruesas contribuciones con el apremio de la destrucción por el fuego si no pagan. En todo caso, sabremos luego lo que resulte.

Talvez hasta muy luego.

Suyo afectísimo.

E. ALTAMIRANO.

Valparaíso, Abril 8 de 1881.

Querido amigo:

No le he escrito en estos días porque todos los porteños se han creído obligados a hacerme una visita y he pasado todo el día en esta ocupación.

Usando del permiso que Uds. me dieron, saldré el Domingo. Primero iré a San Felipe a ver a mi mamá. El Miércoles me iré con la familia a Santiago, y después a Cauquenes y después a la Requínoa. Emplearé en esto 15 días y en seguida vendré a Valparaíso a trabajar.

Y vendré muy contento porque ahora marchan activamente las dos grandes empresas, la de agua y la de desagües.

Y todavía tengo una combinación, que estoy seguro de realizar, y que me permitirá hacer el teatro.

Un camino a Viña del Mar para lo cual espero no me ha de faltar el apoyo del Gobierno es el cumplimiento del programa que vendré a realizar a mi vuelta del campo.

En política, puedo ya asegurar que la provincia sacará triunfante a Santa María y que todas las autoridades, imitando al Intendente, se quedarán en el balcón.

Si el Ministro del Interior reserva algún premio para el Intendente que mejor sirva a su política de no intervención, dígame que yo aspiro al premio y que estoy seguro de merecerlo.

Nada más tengo que contarle por ahora.

Suyo aftmo.

E. ALTAMIRANO.

Valparaíso, Septiembre 11 de 1881.

Querido amigo:

Me imagino que ya Ud. estará gozando de vida tranquila. Siento mucho no estar en Santiago el Domingo próximo para acompañarlo a su casa.

Lo que Ud. ha hecho basta y sobra para llenar la ambición de un hombre, y es este un pensamiento muy agradable para los que fuimos sus amigos, antes de que fuera gobierno y hemos seguido siéndolo hasta el día.

¿Hay ya Ministro de Guerra? Yo temo que Castellón no se atreva a aceptar.

Y cuando todos ven las dificultades con que se tropieza para formar un Ministerio, da fastidio encontrar gente que lo encuentra todo malo y que condenan a todos los Ministros, ya elegidos desde el primero hasta el último. ¿Cómo dar gusto a estas gentes?

No sé cuando podré verlo, pero mi deseo es darle un abrazo lo más pronto posible.

Supongo que esta carta lo encontrará ya en su nueva habitación.

Suyo aftmo.

E. ALTAMIRANO.

Valparaíso, Septiembre 20 de 1881.

Querido amigo:

Veo con gusto que no ha hecho Ud. más que bajar del poder y ya comienzan a hacerle justicia.

Aquí no ha habido en ninguna parte diez personas reunidas sin que se hayan bebido muchas copas en su honor.

Se corre mucho que Ud. irá a Europa. Si cuestiones de negocios o motivos de familia no le impidieran hacer ese viaje, yo lo vería partir con mucho gusto.

Para un hombre que tiene los gustos de Ud., nada podrá haber más interesante que un viaje representando a Chile.

En cuanto a mí, me alegro de no haberme dejado vencer.

El nuevo Ministerio está muy bien recibido y el Gobierno hará fácilmente su camino.

Mi sacrificio no era de ningún modo necesario.

Salude en mi nombre a Delfina y Ud. disponga como siempre de su amigo aftmo.

E. ALTAMIRANO.

Valparaíso, Febrero 22 de 1882.

Mi querido amigo:

Desde que he llegado de Lima he estado durmiendo en Lima porque allí encontré a la familia. Esta vida errante me ha quitado mucho tiempo, y apenas he alcanzado a hacer la mitad del trabajo urgente. Por esto no lo he saludado antes, hoy me he quedado precisamente para escribirle a Ud. y a otros amigos.

Al llegar me encontré con que querían llevarme a Santiago y que fuera Senador. He rehusado una y otra cosa. La herencia de José Francisco Vergara era de imposible aceptación en estos momentos.

Le aseguro que estas embestidas para llevarme al Ministerio me tiene de mal humor.

En cuanto a la plaza de Senador que me reservaban aquí, yo deseo que la ocupe Ud. y así lo hemos de hecer, quiera Ud. o no lo quiera. Me gusta más que salga por Valparaíso que por Santiago. Esta elección se hará aquí con toda pureza, mientras que, en Santiago, las cosas no serán muy limpias.

Los asuntos del Perú, en cuanto se relacionan con lo de Estados Unidos, van muy bien. Pero la paz se retardará siempre algunos meses.

Por ahora me limito a saludar muy afectuosamente a Delfina y a Ud.

Suyo aftmo.

E. ALTAMIRANO.

Valparaíso, Marzo 14 de 1882.

Querido amigo:

Siempre esta Intendencia ha sido laboriosa, pero hoy no me deja tiempo para nada.

Deploro su insistencia en no aceptar el puesto de Senador que unánimemente le habrían ofrecido los electores de esta provincia. Le repito que su elección habría sido unánime.

El Jueves me llamaron a Santiago y me dijeron que su resolución era irrevocable. Mi idea era que no debía consultársele a Ud. sino elegirlo y dejar que Ud. hiciera despues lo que más le conviniera.

Pero puesto que otro cosa han resuelto, veo que debo someterme. No me gusta, sin embargo, lo que Ud. hace. Ud. no ha salido viejo de la Presidencia y no veo porqué ni en que se apoyaría Ud. para declarar que se retira de la vida pública.

Le van a escribir una carta a la que tendrá que contestar.

Mucho sentí venirme el juéves sin verlo, pero ya Ud. sabe lo que son las visitas a la Moneda.

Un recuerdo a Delfina y Ud. disponga de su amigo aftmo.

E. ALTAMIRANO.

Aun no me oriento bien, pero noto síntomas de descontento que hacen temer próxima borrasca.

Valparaíso, Septiembre 12 del 83.

Querido amigo:

He recibido con mucho gusto una carta de Ud., aunque sea para recomendarme a un ciudadano por el cual haré todo lo que pueda.

¿Qué es de su vida? ¿Cree que las cosas toman un calor excesivo y que los clérigos y conservadores puedan crear una situación peligrosa?

Lo que es aquí son una minoría muy poco prestigiosa. El domingo hicieron un meeting y, aunque nadie pensó en molestarlos, los rotos por sí solos, sin jefes y sin dirección, los embromaron y no los dejaron hablar.

Ayer salían en el *Estandarte Católico* por la única puerta que les quedaba y dicen que yo no dejé maldad por hacer, para impedir el meeting. La verdad es que ni me acordé de que había tal reunión.

Pero de todos modos, la última votación de la Cámara me tiene asombrado. Sesenta y siete votos en favor del matrimonio civil era algo que yo no esperaba. Ud. recuerda lo que nos costó el Código Penal y como hubo diputados que al votar se enfermaron de diarrea. Es admirable lo que han andado las ideas en esta tierra. Veo que se puede hacer todo y que se puede ir hasta la separación.

Disponga de su amigo atfmo.

E. ALTAMIRANO.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CONGRESO DE LOS PROFESORES DE ESPAÑOL DE LAS UNI- VERSIDADES AMERICANAS.

Señores: El estado de intranquilidad que subsiste en el mundo después de la guerra, puede compararse a esos días que siguen a las grandes tempestades en el océano. El barómetro ha subido, se divisa limpia la atmósfera y claro el horizonte, pero la nave continúa siendo azotada por gruesas olas producidas por la tormenta que queda atrás, hasta que, poco a poco, restablecido el equilibrio, vuelva con él la confianza al pasaje aterrorizado.

Pero tal no es el caso de las asociaciones sabias que, como la vuestra, laboran tranquila e incesantemente, bajo la égida protectora del Alma Mater de vuestras grandes Universidades. No hay servidores más meritorios que aquellos que se consagran abnegadamente a la formación y desarrollo de la cultura nacional. Vuestra satisfacción debe consistir en sentirnos obreros de la paz y de la armonía entre los pueblos, a la vez que directores del espíritu de las nuevas generaciones, encaminándolas hacia un concepto más noble del patriotismo y del bienestar social.

La obra del internacionalista que procura infundir más confianza en el derecho que en la espada de doble filo del guerrero es vuestra obra, así como lo son la del ingeniero que aplica al progreso su genio constructivo, la del médico que lucha por prolongar o aliviar la vida, o la del sociólogo, para quien el futuro, por limitadas que sean las previsiones humanas, no es—según la frase de uno de ellos—sino una edición corregida del pasado.

Nunca como ahora se ha exigido de las Universidades, mayor suma de esfuerzos en el afán de suministrar los elementos de reconstrucción que el mundo reclama. El campo de sus actividades se amplía más y más en esta dirección moral e intelectual que les corresponde y a que la educación y la ciencia deben concurrir. No basta ya la simple adquisición de conocimientos, haciéndose necesaria la preparación intelectual para

todas las contingencias de la vida, sin limitaciones y a este rol van correspondiendo satisfactoriamente las Universidades modernas.

Todos sabemos como descuellan en esta obra de expansión las Universidades americanas, abriendo de par en par las puertas de la ciencia y no necesitaría extenderme más en este orden de ideas si no fuese que deseo mencionar un hecho que, sin duda, conocéis y que recuerdo con cierta satisfacción por la parte que en él corresponde al país que tengo el honor de representar. Me refiero al intercambio de profesores entre vuestras Universidades y las de algunas repúblicas de la América Latina. No creo que haya un medio más apropiado y eficaz que el de este intercambio de profesores, para crear sentimientos de amistad y espíritu de cooperación entre los pueblos, a la vez que para desvanecer ignorancias o corregir prejuicios, por desgracia generalizados. Los intercambios comerciales, que crean también vínculos internacionales, tienen sin duda su importancia, ya que han de estar fundados en la honestidad y buena fe; pero piensa que nosotros no ponemos en segundo término estas influencias intelectuales de que hablo, si recordamos que, según los sagrados textos, no solo de pan vive el hombre.

Al hablar así me inclino a disentir, probablemente por un sentimiento natural y propio más que por lecciones derivadas del estudio de la historia, me inclino a disentir de la opinión que dividiría a los pueblos, no sólo por su diferencia de color o raza, sino por una supuesta similitud de mentalidades. A mi juicio, de esta errónea preocupación provienen muchas desinteligencias, porque desde el momento en que atribuimos a otro pueblo una mentalidad distinta de la nuestra, creamos automáticamente— por decirlo así— una barrera de desconfianza entre ambos, excluyendo ese franco cambio de ideas que entre las naciones, así como entre los individuos, es origen de amistad, de agrado y hasta de provecho.

Tampoco— y he de decirlo francamente—concurro en el concepto bastante generalizado, de considerar a todas las naciones latino-americanas dotadas de igual carácter susceptible, orgulloso, casi infantil, y a las cuales habría que tratar unas veces con halagos, otras con rigores.

No, ciertamente. Ninguno de los que así piensan quieren darse cuenta de que nuestros países han sido formados igualmente por la refundición de las razas mezcladas de la Europa, ni de que las fuentes de que se alimentan las mentalidades son comunes para todos, a donde alcancen el libro, la revista o el periódico. Latinos sí, probablemente de raza, seguramente de tradición, ya que fueron nuestras repúblicas colonizadas por la

madre España que se desangró al darles vida. Pero no debe entonces olvidarse que fué latina la primera codificación de los derechos naturales del hombre, con que se ha regido la mitad del mundo civilizado. ¿Habríamos heredado en vano esas tradiciones? ¿No podríamos invocar el calor de aquel grande espíritu romano para los retoños que han arraigado en este mundo nuevo?

Tales preocupaciones no han de prevalecer en esta ilustrada democracia a la cual procuran aproximarse las jóvenes nacionalidades latinoamericanas en sus ideales, en sus instituciones, en sus anhelos de progreso que las van encaminando hacia un destino común.

No debe, pues, buscarse en la diferencia de mentalidades el obstáculo que relativamente nos separa; esa dificultad, si he de juzgarla por lo que a mí mismo me ocurre, residiría, más bien, en la diferencia de lenguas en que la mentalidad tiene que traducirse. Si lo he llamado un obstáculo meramente relativo, es precisamente porque estoy hablando ante vosotros, señores catedráticos de español, que os habéis impuesto la misión de remediarlo, lo cual se procura con igual empeño en nuestros países, dando preferencia al aprendizaje del inglés. El español y el inglés son los dos idiomas que abarcan mayor extensión de territorio y de población en un mundo cada día en más difícil y frecuente contacto debido a los sorprendentes medios de comunicación con que el ingenio humano tiende a suprimir las distancias.

Realizáis, en verdad, señores profesores, una obra de acercamiento llena de promesas materiales y espirituales y vuestros discípulos tendrán mucho que agradecer, probablemente más por las segundas que por las primeras, una vez capacitados para penetrar en el arca que encierra el rico tesoro de la literatura hispana. ¿No es verdad que la estructura de la lengua castellana está cimentada sobre bases sólidas, en que los rigores de la lógica se hermanan con las bellezas de la forma? ¿No es verdad que a la vez que suave y melodiosa es elevada y viril?

¡Ah! El ritmo cadencioso de sus versos, los períodos rotundos de su prosa resuenan en el oído con ecos de armonía musical.

Podrá tal vez olvidarse que a los grandes imperios de Roma y de Carlomagno sucedió el poderoso imperio hispano, descubridor y colonizador de un mundo y en cuyos dominios no se ponía el sol; pero lo que no podrá borrarse de la memoria de los hombres es el concurso que la cultura humana, en sus formas más elevadas, debe a las letras españolas. ¡Tan cierto es que las obras del espíritu prevalecen sobre las de la fuerza!

El poeta latino podría vanagloriarse con razón al decir que había erigido un monumento más duradero que el bronce.

Imperecedero es, asimismo, el que han erigido a España sus poetas y prosadores, particularmente los de los siglos XVI y XVII, llamados la edad de oro de la literatura española, en que florecieron Cervantes, Lope de Vega y Calderón, ingenios tan poderosos que cada uno de ellos bastaría para ilustrar una época y en que, a su lado, sin ser oscurecidos por esos astros de primera magnitud, brillaron con luz propia Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, Quevedo, Tirso, Moreto, el gran historiador Mariana, y una pléyade de escritores ilustres que harán inolvidable el nombre de España, el genio de la lengua castellana. Compensación sobrada será, para aquellos que gasten algún esfuerzo en asimilarla, la fuente inagotable de goce intelectual que surgiría para ellos bebiéndola en el puro manantial de su origen.

En nuestra América, junto con la lengua, se ha heredado el gusto por el cultivo de las letras, y no son pocos los ingenios que las han honrado, en las diversas secciones en que el Continente está dividido políticamente. Las grandiosidades de la naturaleza en medio de la cual hemos nacido, océanos dilatados, montañas y ríos majestuosos, inmensas selvas impenetrables y silenciosas, valles feraces y risueños, han debido inspirar a nuestros poetas. Y cuando nó esos motivos, las características y la historia de las razas aborígenes, la obra gigantesca del descubrimiento y la conquista, la glorificación de los héroes de la independencia, los esfuerzos dolorosos de la constitución de las nacionalidades, son otros tantos temas de sus cantos.—No debemos excluir por cierto—antes bien corresponde darles el lugar preferente en sus inclinaciones poéticas—a los eternos, múltiples y complicados asuntos del corazón, que todos dilucidan, y a los de la belleza femenina ante la cual también todos viven por cierto tiempo prosternados.

Circunstancia curiosa que mencionaré de paso.—El único poema épico, según los cánones literarios, escrito en lengua castellana, aunque nó por un americano, pero sí en América.—«La Araucana»—fué inspirado a Don Alonso de Ercilla por el carácter excepcional, la bravura indomable y el amor por la libertad de una raza indígena, los araucanos de Chile. La dominación de ese pueblo, que no logró la España realizar en tres siglos de lucha permanente, fué un problema que hubo de heredar y resolver más tarde la República.

Poetas notables cuenta nuestra América hispana, y puedo decir que hasta fundadores de escuela, si recordamos al esclarecido nicaragüense Rubén Darío, que alcanzó fama universal. Para ser sincero, y a riesgo de herejía, debo confesar que esa

escuela nunca me sedujo, talvez por falta de comprensión, y que en materia de poesía regional mis preferencias van más bien hacia las entonaciones viriles de Mármol o a las quejumbrosas de Guido Spano, argentinos; hacia la sencillez en la expresión del sentimiento de Lillo o de Blest Gana, chilenos, o al clásico lirismo de Olmedo, el gran cantor de Junín, ecuatoriano, o las notas de sentimentalismo del mejicano Acuña, para no citar sino a algunos de entre tantos.

Prosadores, los contamos también muy dignos de celebridad en los diversos géneros literarios, viniéndome desde luego a la memoria el nombre de Juan Montalvo, del Ecuador, gran hablista, de un estilo muy artístico, conceptuoso de pensamiento y, sobre todo, un polemista de tal fuerza, que tan sólo su pluma logró derribar un régimen caduco de gobierno que se había entronizado en su país. No desmerece de esta categoría el peruano Ricardo Palma, autor de las tan populares y sabrosas tradiciones limeñas. Cultores de la lengua, en primer término colócase don Andres Bello, venezolano de nacimiento, chileno de adopción, autor de la mejor gramática castellana que se conozca. Este modesto sabio americano—como lo llama Menéndez y Pelayo—realizó una considerable obra literaria que se puede consultar con provecho y agrado en la edición de sus obras completas con que el pueblo chileno quiso erigirle un monumento digno de los servicios prestados a la cultura americana. Los colombianos Cuervo, Marroquín y Caro hicieron también una obra fecunda para la conservación de la pureza de la lengua en América.

Historiadores—aunque restringidos al campo de la propia historia nacional—como el argentino Mitre, los chilenos Barros y Arana y el Reverendo Arzobispo de Santiago, Errázuriz, Paz-Soldán del Perú, el Obispo González Suárez del Ecuador, Alamán de Méjico, son los que de pronto recuerdo para señalarlos a vuestra atención, sin dejar olvidada la obra monumental de bibliografía colonial que con infinita labor y gran erudición ha construido el chileno Medina.

Después de algunos ensayos de novelas por aquí y por allá se ha despertado tal afición por el género que una pléyade de novelistas aparece por todas partes con producciones que van ya buscando originalidad y sabor local, como el que tuvieron las primeras novelas del chileno Blest Gana. La «María», del colombiano Jorge Isaacs fué una de las más populares y conmovió en alguna época el corazón de todas las jóvenes americanas hasta que con el realismo han comenzado sus imaginaciones a exigir dosis más fuertes y complicadas de pasión, no creo que con ventaja para ellas ni para el gusto literario.

El caudal de la literatura hispano-americana va siendo, como se ve, apreciable y se enriquece día a día, a medida que se facilita la vida y que la política va dejando de ser el camino obligado hacia la notoriedad. Pero, en esta misma vocación de la política, que ha creado cierto gusto por la oratoria tribunicia y parlamentaria se han señalado los americanos con alguna distinción, como el uruguayo Rodó, quien, además de cultivar con brillo otros géneros literarios, fué realmente un gran tribuno; pero, sobre todo, el chileno Mac Iver, que no desdice de las grandes tradiciones de la elocuencia parlamentaria británica en cuya escuela este ilustre orador nutrió su espíritu y aprendió aquel arte sobrio y digno de exponerla.

He incurrido, sin duda, en muchas omisiones al delinear este breve bosquejo, tanto por el temor de extenderlo demasiado, como por no tener a la mano medios de consulta que me permitiesen refrescar la poca memoria que me resta, después de haber sido un *asiduo lector*. Y ésta debe ser también mi explicación por haber citado con mayor frecuencia a los escritores de mi país, sin hacer quizás la debida justicia a los méritos de otros, acaso tanto o más digna de mención.

Y en llegando a este punto, debo recordar que los franceses emplean mucho la palabra «*mésure*» que significaría mantenerse en todo en el justo límite de las cosas, función que casi correspondería a un sexto sentido, tan importante como la de los otros cinco de que estamos dotados.

Pues bien, señores, yo temo mucho, en esta ocasión, haber excedido esa medida, abusando de vuestra benevolencia, que debo agradecerlos».

BELTRÁN MATHIEU.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Lord Bryce.—El más grande de los historiadores británicos de nuestros días acaba de morir a una avanzada edad, envuelto en una aureola del más grande respeto público que puede alcanzar un ciudadano.

James Bryce era, sin duda, una de las personalidades intelectuales con mayor autoridad en el Reino Unido y durante más de cincuenta años ha gozado de un prestigio que nadie le disputó y que no hacía sino acrecentarse con los años.

Aunque por un accidente del nacimiento hubiera podido llamarse irlandés, era por sus tendencias doctrinarias y hasta su aspecto físico un hijo de Escocia y fué en este último país donde recibió su educación.

Su célebre Historia del Santo Imperio Romano, fruto de largos años de meditaciones, compulsas de documentos y viajes, le dió desde el primer momento un rango de primer orden entre los historiadores británicos. Ya en su obra, así como en los artículos que publicaban las grandes revistas, Bryce se reveló un liberal de doctrinas muy avanzadas y con los años debía evolucionar hacia un socialismo de Estado en vez de retroceder al conservantismo, como ocurre de ordinario.

La obra definitiva y monumental que Lord Bryce lega a la literatura histórica y filosófica del mundo es su prodigioso estudio sobre los Estados Unidos, que tituló «The American Commonwealth». Este libro, considerado clásico en los Estados Unidos, sigue siendo el análisis más hondo de la constitución americana y su serena imparcialidad, así como la valentía de sus opiniones, hacen de él la obra fundamental para todo el que quiera estudiar ese país en su organización política y social.

Pero Lord Bryce era, antes que un historiador, un hombre acosado por una fiebre de conocimientos y una insaciable curiosidad intelectual que lo llevaba a emprender largos y frecuentes viajes para estudiar diversos países del mundo. A través de esos viajes perseguía un ideal que logró ver realizado antes de morir: quería observar el funcionamiento de los regímenes democráticos en todas las naciones que los han adoptado; tenía una fe de iluminado en la democracia y quería saber con curiosidad de sabio y ardor de apóstol los resultados del Gobierno del pueblo por el pueblo en las distintas razas.

Cuando en 1910 desempeñaba el cargo de Embajador de Gran Bretaña en Wáshington, concibió la idea de recorrer las Repúblicas hispano-americanas. Así fué como llegaron a Chile aquel año Mr. y Mrs. Bryce, como eran entonces, antes de que el gran pensador fuera creado vizconde Bryce.

Un día entró en nuestra oficina de la dirección de *El Mercurio* un viejo de albas patillas y aire de turista británico que pronunció nuestro nombre y nos dijo para presentarse:

—Yo soy James Bryce, Embajador británico en Wáshington.

Nos traía una carta de introducción de Mr. Elihu Root, a la sazón secretario de Estado de los Estados Unidos a quien habíamos conocido en Chile en 1906 y tratado frecuentemente en los Estados Unidos en 1907.

Aquella tarde subimos el Santa Lucía con Mr. Bryce para ver la puesta de sol. El escritor británico quiso subir a pie, aun cuando ya bordeaba los setenta años. Viejo alpinista, que había realizado ascensiones importantes en el Himalaya y escrito un libro sobre el monte Ararat, deseaba aprovechar cualquiera oportunidad para estirar las piernas.

Llegamos a la terraza en que se alza la estatua de don Pedro de Valdivia y Mr. Bryce me hizo explicarle quién era aquel guerrero. Cuando le hube dicho en pocas palabras quien era el fundador de Santiago, el viejo descubrió su cabeza que poblaban unos cuantos cabellos huracanados y exclamó:

—Saludo a la nación que ha erigido una estatua al conquistador español, y nó al indio como en Méjico.

Desde el pequeño observatorio miramos la maravillosa puesta de sol, y cuando el astro se hundió tras de los cerros de la costa y las cordilleras nevadas se tiñeron de rosa en aquella tarde de primavera, Mr. Bryce se quedó largo rato en silencio como si orara. La brisa sacudía su cabellera blanca, su fisonomía contraída expresaba una intensa emoción y los ojos muy azules reflejaban como un lago todo el esplendor del panorama. Cuando el prodigio se extinguió nos dijo con su voz profunda y grave:

—Joven, es un dón de Dios haber nacido en un país como éste.

Su libro de viajes, titulado «Sud-América, observaciones e impresiones», contiene dos capítulos sobre Chile, que son un himno sabio y emocionado en honor de nuestro país, de la homogeneidad de su raza, de la solidez de su organización política, de las virtudes físicas y morales de su pueblo. Nunca se ha escrito y acaso jamás volverá a escribirse por más alta autoridad intelectual un estudio semejante sobre Chile. Y si se comparan estos dos capítulos con los que en la misma obra es-

tudian a las demás Repúblicas americanas, se hallarán muchos motivos para enorgullecer a los chilenos.

Más tarde le vimos en Londres, un día que presidía la Academia británica durante una conferencia del filósofo francés Emile Boutroux. Nos reconoció entre la multitud con asombrosa memoria, y nos dijo:

—Acabo de terminar mis referencias a Chile en el nuevo libro sobre las democracias modernas.

El libro apareció en 1921 y es un monumento de sabiduría, de observación y de investigación. Se titula «Modern democracies», y es el resultado de la observación personal hecha por Bryce en todos los países del mundo, con raras excepciones, que tienen régimen democrático. Respecto de la América española llega a la conclusión de que Chile y Uruguay son las únicas Repúblicas democráticas. La portentosa profundidad y el nervioso estilo de esta última obra del gran pensador prueban que a los ochenta años de edad, Bryce conservaba un vigor intelectual tan grande como el vigor físico que él y su esposa demostraron cuando en 1910, ya ancianos, cruzaron a pie la cordillera desde Río Blanco a Las Cuevas por el placer de hacer alpinismo y de ver de cerca el Cristo de los Andes.

Durante la guerra mundial, Lord Bryce, como ya entonces se llamaba, presidió el comité encargado de investigar las atrocidades cometidas en Bélgica. Era un grande admirador de la Alemania, cuyo idioma conocía, en cuyas Universidades había hecho estudios y cuya cultura le era absolutamente familiar. Pero investido de la autoridad de un juez, Lord Bryce presentó al Gobierno británico un voluminoso informe sobre la ocupación alemana en Bélgica, que es la más grave acusación que la Alemania tendrá que contestar ante la historia.

Lord Bryce era uno de los últimos representantes de un tipo británico que se va y del cual apenas queda entre nosotros Lord Morley, el ilustre historiador de Cromwell: liberal de la vieja escuela, pero que ve sin repugnancia la nueva orientación; hombre de cultura universitaria clásica sobre bases de latín y griego y estudios históricos profundos; con la visión clara del pasado y una atrevida e inflexible fe en el porvenir.

Cuando la Abadía de Westminster reciba sus restos, su sombra vagará inquieta y nerviosa entre las de Gladstone y Macaulay. Fué un gran liberal como el primero, sin haber sido nunca un político. Fué un vigoroso historiador como el segundo, sin haber sido nunca un gran escritor. Y los chilenos veneraremos la memoria del que adivinó bajo exterioridades engañosas las potencialidades de nuestra República.

CARLOS SILVA VILDÓSOLA.

La condición legal de la mujer.—Honorable Cámara: La necesidad de mejorar la condición civil de la mujer viene siendo insistentemente reclamada entre nosotros y no existe, a mi juicio, disconformidad de pareceres sino en cuanto a los términos y extensión de las modificaciones que sea necesario hacer en nuestras leyes.

En el deseo de que se dicte una ley de tan trascendental importancia, he adoptado en forma sucinta y práctica las reformas ya introducidas en países de más avanzada cultura jurídica y con los cuales tenemos legislación similar.

Con ello no sólo adelantaremos en el mejoramiento de nuestra legislación civil, sino que, igualando a la del hombre la condición de la mujer y dignificando su situación en la familia y en la sociedad, habremos reparado antiguas y a veces crueles injusticias y contribuído eficazmente al progreso social.

Someto, en consecuencia, a vuestra consideración, el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo único.—Modifícanse las disposiciones del Código Civil y las de los Códigos y leyes concordantes, en conformidad a las bases siguientes:

1.^a Quedan derogadas todas las disposiciones legales que excluyen a la mujer del derecho de servir de testigos en cualquiera clase de instrumentos públicos o privados.

2.^a Quedan igualmente derogadas las disposiciones legales que consideran a la mujer como incapaz para ejercer toda tutela o curaduría, sin perjuicio de las inhabilidades provenientes de otra causa que el sexo.

No obstante, la mujer casada ha menester el consentimiento del marido o el de la justicia en subsidio para aceptar el cargo de tutora o curadora.

3.^a A falta de padre, pertenecerá a la madre la patria potestad que la ley da al padre legítimo sobre sus hijos no emancipados.

4.^a A falta de pacto escrito, se entenderá, por el solo hecho del matrimonio, que los cónyuges se casan bajo el régimen de separación de bienes y que, en consecuencia, la mujer tendrá la libre administración de los bienes que aportare al matrimonio o que durante él adquiriere.

5.^a La mujer casada es legalmente capaz para obligarse a otra persona por un acto o declaración de voluntad y para ejecutar todos los actos y celebrar los contratos que se refieran a los bienes que separadamente administra, sin perjuicio de las disposiciones especiales relativas a la enajenación o hipotecación de los bienes raíces.

Podrá igualmente estar en juicio sin necesidad de la autorización del marido en las causas concernientes a su administración separada.

ELIODORO YÁÑEZ,
Senador por Valdivia.

Algunas consideraciones sobre la poesía en América.

—Los países sudamericanos son, desde los días de su emancipación política, tierra asaz fértil para la poesía. Crece ésta de modo casi espontáneo y exuberantemente en todos los rincones, como los pastos y matorrales en terreno baldío. Así como en el suelo inculto, donde no se planta trigo ni se riega huerta, brota y cunde la yerba viciosa, en nuestros países desiertos y nuestras ciudades sin industria, brota y cunde la viciosa yerba de la rima. Hay exceso de poetas—o, mejor dicho, de versificadores,—en estos países. En todo honesto muchacho hay que sospechar un rimador. Las revistas literarias y los cenáculos de café pululan desde el Plata a Méjico en todas las ciudades. Poblaciones donde las calles no se barren, la plebe indígena se espulga al sol en las veredas, y el agua es apenas potable, tienen, no obstante, sus revistas, plagadas de versos, y sus diarios, hirvientes de hablilla política local...

Este desequilibrio entre la vida social y el cultivo de la intelectualidad, que produce ese exceso adiposo de literatura sobre un esqueleto endeble—asemejando algunos países a enfermos cuya debilidad no les permitiera andar y, echados todo el día en la cama, fumarán soñando y recitando versos—podría atribuirse al carácter idealista de la raza, que atiende al cultivo del espíritu antes que a la vida material, desdeñando ésta por consagrarse a aquélla.

Complejo es, no obstante, el fenómeno. Al ocio tradicional de la colonia, que importaron los fijodalgos orgullosos y truhanes de la Península, se han unido la contemplativa tristeza del indio y la suntuaria fantasía del negro. Muy mezcladas andan las tres sangres en la pasta del tipo sudamericano. El aluvión inmigratorio que cubrió luego algunas comarcas—modificando ciertos caracteres—ha hecho sentir su influencia sólo en los puntos de radicación, y en la medida de su intensidad. En el Plata esa influencia ha sido muy viva; mayor en la Argentina que en el Uruguay; en la región andina y tropical ha sido nula. Así vemos que la vegetación literaria viciosa es mayor en los países más atrasados, más hispanoindígena que en los países inmigratorios e industriales. Las repúblicas centro-americanas—las más rezagadas del continente—están cargadas de literatoides.

El medio social determina, en gran parte, esos resultados, aún cuando ese mismo medio ha sido a su vez determinado por las condiciones hereditarias de la raza. La falta de actividad industrial, la ausencia de intereses económicos y de estímulos materiales, fomentan el ocio literario y hacen de la pequeña política la preocupación dominante. A medida que el medio se industrializa, que el trabajo crece y se divide, que las profesiones, los oficios y las empresas solicitan las energías y las aspiraciones de los hombres, la literatura ociosa disminuye, porque, gran número de posibles literatos—a quienes, no Dios sino el Ocio llevaba por ese camino—se dedican a más positivas actividades. Y esto no es un mal sino un bien. Esto no implica una disminución de idealidad y de arte en beneficio de las materialidades utilitarias, sino, por lo contrario, una justa selección de las vocaciones y una equilibrada distribución de la energía humana. El verdadero poeta o artista, el que realmente lleva en sí la llama original y creadora—es el que persiste y subsiste a través de las sollicitaciones utilitarias; aquel que, cualesquiera sean las circunstancias de su vida y las condiciones de su medio, realiza su obra.

No es una prueba de vigorosa intelectualidad, en una nación, la abundancia de literatura. Es, contrariamente, síntoma de *decadencia*. Y de parasitismo. Cuando Atenas se hallaba en la culminación de su grandeza, había en ella algunos poetas y filósofos. Pero éstos eran los mejores del mundo. La juventud griega escuchaba a los filósofos, a los poetas, y aprendía de ellos el sentido y la norma de la existencia. Aristóteles escuchó a Platón durante cuarenta años antes de ponerse a enseñar. Después, en la decadencia, pululaban los retóricos y los sofistas por las calles. Había más poetas que comerciantes, más oradores que soldados y más filósofos que agricultores. Pero esos eran la plaga del mundo. Y los juglares de Roma: *ei Græculum!*...

Platón desterraba a los poetas de su República, instituída bajo el Gobierno de los sabios. Para Platón los poetas eran como niños majaderos o mujeres livianas, cuyo amor a las apariencias sugestivas y cuya emotividad tornátil, perturbarían el orden racional de su Estado y confundirían el recto juicio de los hombres.

No, sin duda, de Esquilo, Teócrito o Píndaro quería decir el grave cisne del Academus; que poetas tales fueron órganos necesarios y coronación de la grandeza helena (¿no era Platón un poeta?); sino de los desprovistos de aquel sentido de realidad profunda y aquella sinceridad imperiosa que son condiciones primarias de la poesía verdadera, y por los cuales ésta representa alta función civilizadora en los pueblos.

Menos severo que el Filósofo, nosotros no queremos desterrar de nuestra República a los poetas líricos, aunque ellos sean, por su falta de racionalidad, semejantes a niños majaderos o a mujeres tornátiles. Sabemos, a pesar de Platón, cuán grande e íntimo es el lugar que en nuestra vida ocupan la pura emoción y la imaginación viajera... Pero exigimos a esa emoción y a esa imaginación la cualidad básica e indispensable que la justifique: la sinceridad original.

Un exámen de la profusa y difusa producción poética hispano-americana, abarcando este último medio siglo, nos demuestra la verdad palmaria del concepto.

Exceptuados algunos poetas mayores, toda esa producción es pura vacuidad, juglarismo y copiandina. Falta absolutamente de toda sinceridad y de toda propiedad, esa poesía es una imitación pueril y superficial de la poesía moderna de los franceses y de los italianos, recibida a veces de segunda mano, y bastante estropeada por el uso. El exotismo de que esa poesía hace gala, usando decoraciones, imágenes y sentimientos prestados—la reduce a la categoría inferior de un arte de monos. En vano se buscaría en esa caterva literaria, un sentimiento, una imagen, un motivo, que tuvieran arraigo en su vida: todo es postizo, ficticio, copiado. No extraen estos rimadores sus emociones y sus figuras de la propia vida que les rodea: imitan y repiten a los poetas mayores. Son los parásitos del libro francés, las sanguijuelas de la revista de ultramar.

Esa poesía, ¿se justifica por el alto imperativo espiritual de exteriorizar y dar forma de arte a sentimientos poderosos, a las palpitaciones íntimas de la conciencia? No. ¿Refleja o interpreta, acaso, esa poesía, las cosas y los seres que existen a su alrededor, revelando la idealidad estética de lo real? No. Pues si ni objetiva ni subjetivamente responde a una realidad, si no cumple los objetos esenciales de la poesía, es vanidad y vicio. Es vicio para los que escriben y vicio para los que leen. Porque, desviada de las corrientes vitales, ejerce sobre el lector una influencia contraria a las necesidades de la vida, provoca una sujestión enervante o desmoralizadora, infiltra en el sistema un alcaloide mental que lo intoxica y lo afloja.

El sentimentalismo llorón de los románticos, primero (enteramente imitado...); la exquisitez pervertida de los decadentes, después (enteramente postiza), han circulado como tóxicos en la sangre de nuestros países, debilitando sus nervios, entorpeciendo su acción. La falsa literatura es el opio de este continente.

Ha llegado la hora histórica de arrasar esa floración de papel, y matar a esa fauna literaria de Sud América. ¡Paso a la vida! Basta ya de la Mitología antigua, de las estatuas y de los

pórticos de Grecia; basta ya de los caballeros, los trovadores, y los castillos de la Edad Media; basta ya de los abates y las duquesas de Trianon; basta ya de los pastorcillos, los aldeanos y las eglógas de abanico; basta ya de Lutecia, de Golconda, de Mil y Una Noches, de *Quartier Latin*, de *musmés*, de tritones, de góndolas, de mandolinos, de esfinges, de elefantes, de panoplias. Basta ya de lagos, montañas, prados, aldeas, alquerías, ermitas, bestias, y costumbres que no se han vivido.

Hay que quemar las marionetas literarias con que se ha jugado, para infundir el soplo en el barro originario de la vida. Hay que dejar de mascar el papel impreso de los libros, para nutrirse con los frutos de la tierra.

ALBERTO ZUM FALDE.

El alcohol en Estados Unidos de Norte América.—

Estados Unidos—grandes productores de alcohol de granos (*gin, whisky*), de melasas (*rum*) y de *cognacs* (*californian cognac*), son al mismo tiempo grandes consumidores de esos mismos artículos. Es conocida la extrema variedad de bebidas alcohólicas de origen americano que el snobismo se ha apresurado a introducir en los bares y salones de baile parisienses (y del mundo entero): los *cocktails*, los *whisky sour*, los *sherry-coblers*, etc.; la gama del alcoholismo americano era particularmente rica.

Según el *Statistical Abstract* de Washington, Estados Unidos ocupaban en 1910 el tercer lugar en la producción mundial de alcohol. Venían después de Rusia y Alemania y antes de Francia. En cuanto al consumo de bebidas espirituosas, tanto indígenas como importadas, el *Statistical Abstract* lo fijaba en 1910 en 3 litros 53 de alcohol de 100° por habitante (sin tomar, por cierto en cuenta el vino ni la cerveza), en tanto que en Alemania alcanzaba a 4,20 litros y en Francia, a 3,59 litros. Ocupaban así el quinto lugar, inmediatamente después de Francia.

El pueblo americano gastó en 1910 8,000 millones de francos en bebidas alcohólicas de toda especie, y en 1900, solo 5,000 millones. Y como la población, en el transcurso de esos diez años aumentó solo en un 17%, resulta que el gasto en bebidas progresó en un 46%; y esto sin tomar en consideración un impuesto interno y derechos de importación sin cesar más elevadas. Estos últimos llegaron a cerca de mil francos por el hectó litro de alcohol de 100 grados, lo que equivale a la tasa actual del impuesto francés.

La progresión constante de las cifras que acabo de citar acreditaba seguramente una tendencia que deploraban numerosos

ciudadanos. Resultó de allí en Estados Unidos una lucha anti-alcohólica activísima y muy bien organizada. Se inició allá por los años 1845 y solo fué interrumpida, por unos pocos años, en la época de la guerra de Secesión. Las organizaciones que dirigen esta cruzada de temperancia son muy numerosas: se pueden citar, entre las más importantes, la *Catholic Total Abstinence Union of America* para los católicos, y la *National Woman's Christian Temperance Union*, para los protestantes. La más nueva y también la más influyente de esas organizaciones es la *American Anti-Saloon League* (*saloon* significa bar, café, restaurant), cuyo presupuesto anual era, hace ya algunos años, de más de 3 millones de francos. Esta *League* preconizaba la *Local Option*, es decir la libertad para las comunas de autorizar o de prohibir el alcohol dentro de sus territorios. Se sabe que en Estados Unidos se llamaba *dry* (secos) los Estados prohibicionistas y *wet* (húmedos) aquellos que mantenían la libertad del comercio de espirituosos. Antes de la guerra, de los 51 Estados de la Unión, en 9 la prohibición era absoluta; en 30, era facultativa, con el régimen de la *Local Option*; en 11, no obstante todos los esfuerzos de las *Leagues*, la venta de alcohol era completamente libre; y, por último, un Estado, la Carolina del Sur, había monopolizado el alcohol. En realidad, la mitad más o menos de la población residía en territorios *secos* y la otra mitad en territorios *húmedos*, con gran animosidad entre unos y otros, lo que hacía decir a Mr. Arthur Brishain, en 1910, en el *Outlook*: «el problema del alcohol en América es tan sério hoy día como lo fué el de los negros hace cincuenta años». Se podría, en efecto, citar numerosos casos típicos de acción directa y de verdadero fanatismo anti-alcohólico.

En los comienzos de la gran guerra, el Czar Nicolás II no vaciló en decretar en su imperio la prohibición del alcohol, suprimiendo de un rasgo de pluma el monopolio del Conde de Witte, y con la *vodka*, a que los moujiks son tan aficionados, las inmensas entradas, que procuraba al tesoro público. Fué el primer país prohibicionista del mundo. En Estados Unidos, las Cámaras, conformándose a los deseos del Presidente Wilson, prohibieron, por medio del *Volstead Act* (enmienda XVIII a la Constitución) el uso en los Estados de la Unión de toda bebida que contuviera más de 2,5 por ciento de alcohol. Esta ley, parcialmente aplicada desde el 1.º de Julio de 1919, tuvo aplicación total desde la desmovilización completa, el 16 de Enero de 1920. Todos los Estados quedaron desde entonces sometidos al régimen *seco* más estricto. Ni el vino, ni la cidra, ni la cerveza que, por ingenioso eufemismo, se denominan en Francia bebidas higiénicas, no encontraron gracia ante los *tea-totalers* (abstinentes totales) americanos. Nada de *gin*, de *whisky*,

ni de *cognac*, nada tampoco de esa excelente *champagne extra-dry* (goût américain), la bebida favorita de los opulentos hombres de negocios; nada más que agua helada, leche, café, té, puros o con limón, granadina, camomilla, tilo, etc., todavía limonadas de denominaciones variadas, pero todas con perfume de *shampoing*.

Y durante ese tiempo, los franceses, burlándose de la *libre* América, pueden libremente intoxicarse con todos los alcoholes imaginables, con la sola excepción del ajeno: el obrero engulléndose numerosas medias cuartillas de vino blanco o tinto, amén de múltiples aperitivos; el burgués elegante con el *champagne*, el *cognac* y la variedad infinita de licores de nombres más o menos monásticos. Fuerza es reconocer que los yankees, llegados a Francia para hacer valientemente la guerra, no manifestaron ninguna repulsión por nuestras bebidas nacionales. Antes, por el contrario, las bebían, como si fueran leche, en vasos de un cuarto de litro.

El Volstead Act no fué, sin embargo, aprobado sin oposición. Entre 389 votantes, tuvo 100 votos en contra. La última campaña presidencial, que llevó al poder al partido republicano con Mr. Harding, fué planteada en buena parte sobre el problema de la prohibición. Se puede aun asegurar que sin los graves problemas provocados por la guerra, en especial el tratado de paz y la situación económica, el tema dominante de esa campaña electoral habría sido la prohibición, Cox, el candidato demócrata, a quien sin embargo se apodaba *Cox-Cocktail*, tanto como el republicano *Harding*, francamente prohibicionista, se cuidaron prudentemente, en el curso de la campaña, de opinar de una manera demasiado categórica. Guardaron, por el contrario, el uno y el otro; no pocos miramientos a *secos* y a *húmedos*. Pero sus partidarios no observaron la misma reserva. El leader de los demócratas extremistas, J. Bryan, se distinguió por su valor en combatir «el genio del mal» y en defender «a la América de los grandes antepasados, la tierra de elección de los Pilgrims Fathers contra la vergüenza del mortífero licor».

«Mis adversarios, decía el 2 de Julio de 1920, en la Convención de San Francisco, me dirán que habrá gente que abandonará nuestras filas si aceptamos la prohibición. Que nos dejen, enhora buena, pues más vale para nosotros la gratitud de una sola alma salvada del alcohol que los aplausos de una multitud de ebrios».

Es menester, además, no olvidar que las mujeres son en masa partidarias del régimen prohibitivo sin restricciones y que a ellas la XIX enmienda a la Constitución concedió, el 26 de Agosto de 1920, el derecho de sufragio. Disponen de 26 millones de votos, más o menos.

En el hecho, la opinión, acerca de esta importante cuestión, está dividida en dos porciones de fuerzas aproximadamente equivalente. Y si la balanza, como algunos lo creen, se inclinara un poco en favor de los prohibicionistas, no hay que olvidar que no pocos entre estos están prontos a aceptar restricciones a una ley demasiado draconiana.

Los grandes industriales son todos enemigos del alcohol. Andrew Carnegie, el rey del acero, escribía en 1902, en el *Outlook*: «estimo que los obreros abstinentes valen un 10% más que los no abstinentes»; y estableció en sus fábricas un sobresalario de 10% en favor de los obreros que se comprometieron a abstenerse del consumo de bebidas alcohólicas. Tuvo numerosos imitadores entre los jefes de la gran industria, quienes han mirado, en la abstención del alcohol, sobre todo, el aspecto económico. Ven en ella, con razón, un medio de aumentar el rendimiento del trabajador y de disminuir los accidentes del trabajo.

La gran Compañía de Ferrocarriles de *Pensylvania*, que exige de sus empleados la abstención total, ha constatado, por medio de prolijas encuestas, una reducción considerable en los accidentes del tráfico. Las importantes Fábricas *Bessemer*, han colocado en todos los impresos destinados a su personal un tonel de cerveza al lado de un saco de harina, con esta leyenda: «¿Cuál compra Ud.?» En los talleres de la *Steel Corporation* se ve por todas partes este letrero sugestivo: «El último obrero que se contrata y el primero que se despide es el bebedor».

Son ejemplos escogidos entre millares.

Las consecuencias del régimen prohibitivo estaban evidentemente previstas y no tardaron en dejarse sentir. El primer lugar, el déficit fiscal, que ha sido avaluado, por lo menos, en 225 millones de dólares anuales. En seguida, el fraude que, como era de suponerlo, se ha desarrollado en vastísima escala. Los agentes federales estiman en más de quince mil las destilerías clandestinas que han surgido por todas partes. Y aunque el número de esos agentes ha sido considerablemente aumentado, les falta tiempo para descubrir y castigar a los contraventores. Al principio, el contrabando entre Estados Unidos y Canadá fué de lo más activo: diariamente se detenían en la frontera automóviles que conducían subrepticamente bebidas espirituosas. En pocos meses se decomisó alcohol por valor de más de cien millones de dólares. Los buques cargados de bebidas alcohólicas, en tránsito ficticio, pero con detención en Estados Unidos, llegaron a ser tan numerosos que desde el 15 de Julio de 1921, se prohibió ese tránsito. Las naves extranjeras de pasajeros, con escala en puertos norteamericanos, que

son los únicos que tienen derecho de tener alcohol a bordo, son estrechamente vigiladas. Y, lo que manifiesta hasta que punto el alcoholismo es un mal tenaz y peligroso, los inveterados bebedores de alcohol lo han reemplazado por el *agua de colonia*, el *éter*, el *alcohol metílico* (alcohol de madera), y aún por la cocaína, la morfina, etc., artículos todos que se venden en cantidades inquietantemente más considerables que antes. Las tiendas de ciertos farmacéuticos se han convertido en verdaderas tabernas en que la botella de whisky se vende corrientemente a cien dólares. Numerosos americanos ricos han multiplicado sus viajes y sus veraneos a la Habana y a las Bermudas—las *islas afortunadas* como se las llama—en que la legislación no conoce el régimen seco. Es lo que se llama *tomar el camino del cocktail*. Para combatir el déficit provocado por la prohibición, en doscientos hoteles de New York, que realizaban, con las bebidas alcohólicas, apreciables beneficios, han tenido que alzar sensiblemente sus tarifas. Los propietarios de restaurants y bares de lujo han pensado en trasladar sus establecimientos a capitales más tolerantes, como París o Londres. París los atrae principalmente, porque de Londres temen que se convierta en tierra *seca* el día menos pensado, en tanto que de París están ciertos que será siempre *húmedo*. En el curso de los primeros meses de la aplicación de la ley 150 000 obreros extranjeros abandonaron a los Estados Unidos y regresaron a sus países de origen; pero no hay constancia de que este éxodo en masa sea debido únicamente a la prohibición. La tarifa aduanera recientemente votada, el *Fordney-bill*, establece medidas extremadamente severas para asegurar el cumplimiento de la nueva ley; pero lo que hasta ahora ha ocurrido autoriza para poner en duda su plena eficacia.

Una anécdota para terminar: ella es anterior a la ley de prohibición; pero de mucha actualidad: «Llegué, cuenta en alguna parte Mark Twain, a Silvertown (distrito seco) y pedí cognac. La venta de alcohol está prohibida, me contestó el comerciante, tan sólo puede venderlo el boticario; pero no se lo dará a menos que Ud. haya sido mordido por una serpiente.—Y ¿dónde hay serpientes?—Aquí al lado.—Gracias.—Fuí al sitio indicado, continúa el ilustre humorista y allí tuve que hacer cola y esperar una larga hora antes de ser mordido».

En suma, en el país que se llama y se cree el más libre de la tierra reina un verdadero escepticismo en orden al porvenir de una ley arbitraria por demás y de muy dificultosa aplicación. Ciertos grupos de interesados muy poderosos han iniciado ya en su contra una enérgica campaña de opinión. Su primera táctica fué la de hacer declarar inconstitucional por la Corte Suprema la XVIII.^a enmienda. Tienen confianza en el

buen éxito de sus gestiones porque se sienten apoyados por una poderosa corriente de opinión y hasta por numerosos ciudadanos temperantes que encuentran un poco excesivas las medidas adoptadas. Otros, en cambio, están muy satisfechos con los resultados alcanzados. Es bien sabido que los puritanos exagerados son muy numerosos en la *libre* América. Ciertos Estados han dictado leyes para prohibir el *golf* y el *tennis* los días domingos; otros han prohibido el uso del polvo de arroz, la pintura de la cara, los pendientes en las orejas; algunos han creído de su deber reglamentar el largo y el corte de los trajes femeninos; en Texas los juegos de naipes son prohibidos en los ferrocarriles y en Massachusetts el juego de cartas con dinero está prohibido. Ahora se trata de impedir a las mujeres fumar en lugares públicos.

Es verdad que la prohibición integral parece ser el único remedio eficaz contra el alcoholismo; pero ese único remedio eficaz ¿no es acaso una mera utopía? ¿No valdría más contentarse con prohibiciones parciales en la medida en que los usos y las costumbres de cada país las permitiesen? Será eso a lo que verosimilmente se verán forzados a llegar los Estados Unidos.

«El exceso en todo es un defecto», dice la sabiduría de las naciones. «Todo lo que es exajerado no produce los efectos buscados», decía también Talleyrand, a quien no faltaba el buen sentido.

LUIS JACQUET.

Por qué preguntan los niños y cómo se les debe contestar.—Una de las dificultades mayores que se presentan a las personas adultas en el trato de los niños es, sin duda, la de conversar y dialogar con ellos. El carácter elemental y rudimentario de la vida psíquica infantil, y, por tanto, la diferencia enorme existente entre ella y la de las personas mayores, suelen hacer de ordinario que éstas adopten en su trato con los niños dos actitudes: una, la de considerarlos como algo enteramente pueril, trivial, ameno; otra la de atribuirles una capacidad y un desarrollo espiritual excesivos. De la primera, puede nacer la «infantilización» de las personas adultas; de la segunda, la «humanización» del niño. En ambos casos se coloca a éste fuera de lugar y se dificulta o imposibilita una conversación «seriamente infantil» con él.

Más claramente que en nada se ve esto en las preguntas de los niños. Una persona adulta, no habituada al trato con ellos, resiste difícilmente ese fuego graneado de la interrogación infantil, y, o bien se desentiende él con evasivas o bromas más o menos afortunadas o bien le responde en una forma enteramente inadecuada a la inteligencia del niño.

Comprendiendo, sin duda, esta dificultad de tratar como es debido a los niños, un grupo de psicólogos y educadores alemanes ha redactado unas hojas interesantes, vulgarizando en forma de consejos a los padres y maestros, las condiciones más esenciales para el desarrollo de la vida infantil. Estas hojas han sido publicadas recientemente por el «Instituto Central de Educación e Instrucción» de Berlín—del cual ya hemos hablado,—y una de ellas se refiere precisamente a este tema de la interrogación infantil (1).

Como creemos que su divulgación puede ser también ventajosa para nuestros niños, y acaso dar lugar a ensayos o trabajos semejantes entre nosotros, la reproducimos a continuación, variando sólo un poco su forma de redacción.

La hoja en cuestión dice:

«El niño pequeño comienza a preguntar porque tiene que hacerlo así por una tendencia innata. Como toda expresión natural, la interrogación del niño posee siempre un sentido. ¡Tomadla en serio! Creos obligados, como educadores, a contestar a ella. No la rechazéis con un cómodo: «¡Qué pregunta más tonta!», sólo porque os resulta incómoda o poco clara. Inquirid atentamente, por el contrario, su sentido oculto. Observad para ello al pequeño interrogador. Perseguid el juego variable de sus gestos interrogatorios; aguzad el oído para percibir los delicados matices del tono de las preguntas; reflexionad e introducíos en sus pensamientos interrogativos, a menudo tan singulares y chocantes.

Fácilmente escapa al educador la primera germinación de la interrogación infantil. Observad si no es perceptible ya en los vivaces monosílabos del primer lenguaje un deseo interrogativo. Notad qué pronto se apropia con impetuosidad del mecanismo idiomático de la interrogación. Ved cómo el niño, deseoso de charlar, quiere conocer todo lo que ve, oye y coge. No os canséis en esta época, en que se forma el primer tesoro de palabras, de contestar hablando con el niño que interroga. No temáis dar el nombre deseado por miedo de que esto sea prematuro. Lo que el espíritu infantil no pueda aprender y concebir, lo rechaza él por sí mismo.

Las primeras preguntas se hacen, generalmente, en un lenguaje torpe y extraño. El niño habla—así lo quiere la Naturaleza—con expresiones propias. No le dogmaticéis sobre ello. La corrección y censura excesivas de esta floración bravía mata la alegría del preguntar y paraliza al confiado interrogador.

(1) «Pädagogische Merkblätter, herausgegeben von den Zentral-Institut für Erziehung und Unterricht.—Núm. 6. Warum fragt mein Kind und wie soll ihm antworten?

Dad las respuestas de modo irreprochable, pero dejad que crezca sin podaduras la tendencia interrogadora infantil.

A las preguntas por los nombres, asocia la tendencia cognoscitiva, las preguntas «¿qué?» y «¿cómo?», «¿dónde?» y «¿cuándo?». Un arte delicado de educación es no contestar precipitadamente esta saludable curiosidad por los sucesos y las cosas. Si el niño puede encontrar por sí mismo la solución, incitadle a buscarla y descubrirla por sí propio.

Hacia los cinco años surgen las preguntas «¿por qué?», «¿para qué?». El niño comienza, a su modo, a pensar y a filosofar. Muchas veces permaneceréis silenciosos ante preguntas infantiles que diez sabios no podrían contestar. ¿Dónde detenerse? Esforzaos siempre en tener una palabra y una respuesta prontas en la medida de vuestras fuerzas. Pensad que tras un «Esto no lo entiendes tú» o un «Esto no te importa», vuelve a surgir la pregunta rechazada y puede atormentar e intranquilizar al niño. Pero haced que el interrogador empiece siempre por dirigirse a sí mismo sus preguntas y que se esfuerce en pensar las respuestas. Enseñadle desde temprano a ver cómo las personas mayores tienen también que informarse ante ciertas preguntas. Acostumbradles, asimismo, a la delicada disciplina de la interrogación, a preguntar modesta y hábilmente a su tiempo debido. Mostradle, finalmente, que no todo «¿por qué?» y «¿para qué?» proceden del pensar hondo del niño, sino que muy a menudo las preguntas son sólo por las apariencias externas, y que no se pueden contestar fácilmente.

Exigen una sensibilidad y una inteligencia personales muy delicadas para con el alma infantil las respuestas a las preguntas del niño sobre los asuntos religiosos, sobre el secreto del devenir humano y sobre aquellas cosas que no deben herir su espíritu sensible. No buscar aquí reglas y fórmulas rígidas para contestarle. Hay una cosa cierta: la tendencia inquisitiva, sin reservas, no es saludable. El niño vive en un mundo de imágenes y cuentos y maravillas. No os haréis responsables de un insincero encubrimiento si revestís poéticamente lo inasequible, y de esta forma lo hacéis comprender primeramente.

No es raro que el niño haga de sus preguntas un animado jugueteo. Reconoced cómo aún esta charla interrogadora tiene un sentido profundo. El niño se ejercita con ella en la destreza de interrogar, y hace de esto una fuente de alegría inocente. ¿Por qué ha de mantenerse alejado y malhumorado el educador de este juego infantil o ha de impedirlo? Evitad sólo que este vacío jugueteo interrogador pase como un mal hábito a los años ulteriores.

Otras preguntas infantiles nacen de un corazón muy lleno. Tras ellas se ocultan deseos y anhelos; a veces también opre-

siones y miedos. Esforzaos en comprender e interpretar tales preguntas cordiales y en encontrar la respuesta satisfactoria. Pero esto sólo lo logrará el amor comprensivo. Las preguntas del corazón piden la respuesta del corazón.

Observad la carencia o la pobreza de preguntas en el niño. Enteraos de sus causas. ¿Teme preguntar por timidez? ¿Carece de placer o de habilidad para hablar? ¿Es pobre de espíritu, o presenta las preguntas sólo embozadas? ¿Su preguntar es mezquino porque no tiene gusto por las cosas, o porque es demasiado cómodo y lento en pensar? ¿Acaso ha perdido la costumbre de preguntar el niño solitario? No podréis transplantar la tendencia interrogadora cuando la naturaleza se la haya negado. Pero sí podéis despertar la satisfacción de preguntar, cuando está sólo adormecida, y convertir la lentitud en un pequeño arte. Dirigid para esto la curiosidad del niño a las cosas. Dad siempre a la pregunta más insignificante una respuesta gustosa e inteligible, que estimule y anime al pequeño interrogador. Preguntad con frecuencia, sencilla y jovialmente, al niño y rodeadle en sus juegos y conversaciones con miles de preguntas variadas.

De esta suerte fomentaréis la curiosidad del niño y desarrollaréis sus fuerzas espirituales».

L. L.

BIBLIOGRAFIA

Luis Barros Borgoño.—*Un aporte a la memoria del general Mitre.*—Santiago.—1921.—1 vol. de 92 págs.

Hermoso homenaje a Mitre en el primer centenario de su natalicio. A más de numerosas cartas, en su mayor parte inéditas, llenas de interés, sobre negocios políticos y literarios, dirigidos por Mitre a Barros Arana, contiene este volumen un retrato del general escrito por el señor Barros Borgoño. «Don Bartolomé Mitre, dice al comenzar, fué soldado, literato, político, erudito, historiador y eminente hombre de Estado; fué más que todo eso, fué un gran luchador en las más ardientes campañas de su país, por el derecho y la libertad política; fué el denodado campeón en la prensa, en el Parlamento y en los campos de batalla, por la unidad de la nación argentina, por la solidaridad de intereses y aspiraciones entre Buenos Aires y las provincias y por esa integridad política que ha sido el origen del progreso y de la grandeza del pueblo argentino; y fué, todavía, infatigable propulsor del desarrollo intelectual y científico de su patria, levantando con su erudición y vigorosa pluma un monumento a la historia de la nación argentina y a la obra de la emancipación americana».

¡Hermoso, y más que eso, bien merecido homenaje!

Entre las cartas que el señor Barros Borgoño publica en este volumen, tiene, en estos momentos, particular y palpitante interés y actualidad la que el 31 de Octubre de 1881 dirigió Mitre al señor Barros Arana, en que reconoce y se extra-

ña de que en Chile no se conociera en 1879 el tratado de alianza que en su contra habían fraguado seis años antes Bolivia y el Perú. «Esto muestra, dice, que Chile ha seguido una política que lo ha aislado en América y que aún triunfando quedará más solo, con más enemigos y con menos fuerzas para el futuro.»

X.

Eduardo Picón Lares.—*Orígenes de la literatura venezolana.*—Málaga.—1921.—1 vol. de 140 págs.

Harto discutible nos parece la afirmación del señor Picón Lares de que los venezolanos «fueron y han continuado siendo los elementos más capaces, en todas las actividades humanas, de las agrupaciones sociales que constituyen el hermoso continente descubierto por Colón». Hay en ella, a todas luces, más entusiasmo patrio que exactitud.

Igualmente inexacta se nos ocurre la afirmación suya de que el pueblo venezolana fué «el primero en proclamar sus derechos soberanos en todo el continente». Parécenos que otros pueblos pueden invocar esa gloria con mejor derecho que Venezuela.

En lo que estamos en perfecto acuerdo con el señor Picón Lares es en el juicio que da acerca de don Andrés Bello, venezolano por el nacimiento y chileno por el corazón:

«Bello es hoy, sin duda alguna, la primera autoridad con que cuenta el rico y torrentoso idioma castellano, el conocedor más consciente de su estructura y complicado laberinto, esto universalmente reconocido por todos los eruditos,

empezando por la Real Academia Española. Su *Gramática* es un tratado de filosofía del idioma, un estudio hondo, profundo, que los mismos académicos consideraron como decisivo e inimitable. Por lo demás, poeta eximio, que es modelo de la lírica castellana y cuya *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* está pidiendo siempre corona de laureles para la frente de su autor; internacionalista preclaro, cuya obra sobre *Derecho Internacional* sirve de texto en casi todas las Universidades de América; gran filósofo, escritor múltiple, a quien cupo la gloria de aleccionar al Libertador Bolívar.»

Hermoso es también el retrato que el señor Picón traza de otro conocido nuestro, del originalísimo don Simón Bolívar.

Y hermoso, elocuente y evocador es el recuerdo que hace de la tertulia literaria que, noche a noche, durante largos años, se celebrara en Caracas, en casa de los Ustáriz. Siento, en verdad, que el corto espacio de que dispongo me impida reproducir aquí las páginas que le consagra.

P. H.

Tomás Thayer Ojeda.—*Reseña histórico-biográfica de los eclesiásticos en el descubrimiento y conquista de Chile.*—Santiago.—1901.—1 vol. de 219 págs

Eruditísima monografía, que agota la materia, sobre el tema que su título claramente indica. Después de cuatro capítulos, nutridos de abundantes informaciones y de juicios serenos sobre «las cualidades y defectos de los primeros eclesiásticos», «los eclesiásticos venidos al descubrimiento y conquista de Chile», «los conquistadores y los primeros criollos que abrazaron el estado eclesiástico» y «las primeras órdenes religiosas establecidas en Chile», en los cuatro capítulos siguientes, el señor Thayer Ojeda hace las biografías de todos los miembros del clero secular y de los religiosos mercedarios, franciscanos y dominicos que estuvieron en

Chile durante los períodos del descubrimiento y de la conquista.

Sería inoficioso ensalzar los méritos de este estudio. Bástenos decir que está a la altura de otros anteriormente publicados por el señor Thayer Ojeda, en especial de los tres maravillosos volúmenes que dedicó a referirnos la vida de los *Conquistadores de Chile* (1540-1565).

P. D.

G. Lacour-Gayet.—*Bonaparte membre de l'Institut.*—Paris.—1921.

En el año 1921 se publicaron numerosas obras inspiradas por el centenario de Napoleón. La de Mr. Lacour-Gayet lo presenta bajo un aspecto diferente de aquel en que de ordinario se le considera: trata de Napoleón académico. Cómo y en qué condiciones se presentó la candidatura de Bonaparte en la plaza que dejó vacante la separación de Carnot, cómo se hizo su elección en las sesiones de 11 de Noviembre y 25 de Diciembre de 1797, qué participación tomó en las sesiones y trabajos del Instituto, son temas que el autor, con el auxilio de materiales inéditos, trata con abundancia de informaciones. Es un libro liviano que se lee con agrado.

X. X.

Luis Vargas Bello.—*El desplazado.*—1 vol. de 232 págs.—Antofagasta.—1921.

Si nos fuera forzoso proyectar en un símil la época actual del mundo, con sus exaltaciones y decaimientos, sus dudas y afirmaciones, su arrogante púrpura de triunfador y sus harapos de mendigo, sus burbujas de champán, su hedionda taves y su hambre gruñiente, amalgama híbrida de elevados sueños de fraternidad y de inconfesables yoismos, de alborear de emancipación proletaria y de trágicas sombras de solapada tiranía, de lo pusilánime y de lo heroico; diríamos que la época en que vivimos, con el trepidar de las verdades que parecieron incommovibles y su suelo de vorágine y su vértigo de lo infinito y de lo deleznable, es remedio fiel de la in-

contenible locomotora que,—chafando rosas de acero y enfilando el horizonte con su férreo tórax, al viento los cabellos salpicados de chispas, llameando el corazón en su pupila,—salva precipicios, devora espacios, piérdese en la noche de los túneles y reaparece más pujante y fúlgida sobre el milagroso equilibrio de sus rieles, hacia el progreso indefinido...

En efecto, extraña inquietud y una ansia que, lejos de reposarse, aumenta y se exaspera en la posesión, han afinado, hasta irritar el sistema, los nervios de nuestra humanidad. Hay un deseo loco de vivir al minuto y de cojer el placer donde se encuentre. El tiempo vuela y el hombre se aferra al tiempo, aligerándose de su bagaje moral. Flota en torno la sensación de lo vertiginoso, la voluptuosidad de lo múltiple, del peligro, de la electricidad... La humanidad pasea su aburrimiento a razón de centenares de kilómetros por minuto. La bencina, borrando las distancias, ha unido la costra terrestre con la vía láctea... Desquicianse las doctrinas, se renuevan los paradigmas y en risueña concomitancia va lo axiomático y lo paradojal. Existe como un común y tácito acuerdo de alivianar la vida. Las mujeres se alivianan de ropas y tanto extreman su desnudez, que no reservan nada para las sorpresas del amor... El pudor, la honestidad y otras virtudes familiares de la mujer ¿no resultan ahora cursis y anacrónicas? Una ráfaga de fuego, disoluta y fascinante, quema los labios de la juventud. En el pálido alcohol agita la locura sus tristes cascabeles. El oro canta su canción obscena y petulante y el mundo cabalga sobre el lomo de un aeroplano...

Por ser el arte expresión exacta de la vida, se reciente lógicamente de esta nerviosidad de la época. Ya no se concibe aquel arte suntuoso, de líneas puras y serenas y con sonrisa de esfinge. El dolor que aulla y el placer crispante palpitan en el bloque dantesco de Rodin y en la estrofa milenaria de Gabriela

Mistral. A la torre de marfil va sucediendo la barricada; y al beso del Cirano, la admonición de los oprimidos y la protesta, ese luminoso germen de justicia.

Desplazado, la obra primigenia de Vargas Bello, participa por dicho modo de las características del momento viviente, de su pleamar de opuestos intereses, de su áureo bullir, de sus contradicciones, incoherencias y derrumbes, de sus pompas de jabón y de sus lampos de luz... Quiere reflejar «la profunda realidad de la vida», y muchas de sus páginas están teñidas con la sangre que gotea del corazón. El realismo del autor, ávido de escudriñar en los múltiples secretos de las costumbres, sabe detenerse en un discreto linde y nos ahorra el desagrado de bosquejos que caen en los dominios de la novela pornográfica.

Hay por lo pronto en Vargas Bello abundante dosis de buen gusto e instintivo sentimiento del matiz y de la aurtmia, que acusan un temperamento de novelista de excelente cepa. Aquellas reminiscencias del aula jesuíta—reminiscencias escolares gratas siempre al corazón del hombre—surgen y se mueven en un simpático ambiente de frescura y dignidad, sin que menoscabe su poder evocativo la ausencia de topes repugnantes a que son tan aficionados los escritores alarmistas. Vargas Bello sabe correr a tiempo sobre los subterfugios y violentas precocidades de natura, decoroso velo. Pudiera decirse que esta pulcritud del bisoño autor que contrasta con la tendencia al escándalo que priva en la novela de hoy, es como un gentil homenaje en aras de la dignidad humana.

Lo que fuera vitando relatar a nuestras mujeres e hijas no es lícito que fulgure en páginas de arte, so pretexto de reflejar la realidad. Son más tristes que hermosas las realidades de la vida vulgar y están sujetas a la flaca condición humana. Detengamos el análisis, más que en la superficie de las cosas, en el ser espiritual que, a ras de lo co-

tidiano, mediocre o superior, suele tocar a veces con sus alas enhiestas cimas de belleza. Las minucias, atiborradas de moscas, en que se complacía Zola, pasaron, afortunadamente, de moda. De aquella literatura naturista queda vibrando sólo el deseo pujante de justicia y de amor social, que fué el alto espíritu del maestro, y que rujió en las páginas inmortales de sus obras como «un negro viento de tempestad».

Donde se detiene con delectación el laborioso pincel de Vargas Bello, es en la pintura del hogar aristocrático, de rancios abolengos, entremezclando trazos felices, audaces relieves y contornos humanos de nítida veracidad, con detalles exagerados que se repugnan en el fondo real del asunto.

Aquel soberbio don Eulogio Fuenteviva, tan pagado de su linaje, que merca en la política, en la bolsa y en la religión y que profesa el culto de su antepasado, un elegante revolucionario de 1810,—cuya es la efigie que preside en la oficina los manejos zurdos de su retoño—es un retrato feliz, una figura de carne y hueso. Muchos bribones de idéntica estampa moral a la de Fuenteviva pululan por la calle de Bandera, el antro de judíos donde tantas viudas y menores han sido inícuamente despojados de sus bienes y de su honra.

Doña Sofía, consorte de Fuenteviva, vieja atrabiliaria, perezosa y despótica, ha heredado de los buenos abuelos castellanos ese espíritu de economía muy loable en las fortunas escasas o medianas, pero que resulta puerca tacañería en medio del esplendor de ingentes caudales. Pues bien, esa dama copetuda y millonaria, inspecciona el movimiento económico de la cocina, recuenta en la antesala la ropa usada, mientras una antigua ama seca se entrega en la cabeza de las pequeñas a una activa y fructífera caza... «—Pílláseles todos... No les dejes ni uno solo...»

Las niñas de la casa (mansión señorial algo superior a las residen-

cias de que aquí hacemos gala...) poseen palco en la ópera, exhiben sus personas en resonantes y bruñidos autos, encuentran siúticos a Jambrina y a los gomosos del portal, ostentan el centro del vestir parisino, pero han dado en la estúpida originalidad de usar calzones de tocuyo... Nosotros no discutimos la veracidad del detalle; estimamos que Vargas Bello se habrá documentado bien al respecto. Solo que a tan empingorotadas damitas no sientan bien prendas interiores ordinarias y antiestéticas. La coquetería femenina no acepta semejantes adefecios. Exquisitas holandas, vaporosas blondas y cintajos de luz visten lo que tan digno es de ir bien vestido. Ni las muchachas más pobres toleran el tocuyo y prefieren que les ocurra lo que al hombre feliz cuando le pidieron su camisa.....

Alcayaga, jurisconsulto de autoridad, por un capricho del destino actúa en el Ministerio de Industria como jefe de una oficina de ingenieros... (Entre nosotros esta anomalía es corriente. ¿No fué por muchos años director del Conservatorio de Música un abogado? Abogados hay en todas las actividades públicas; ellos poseen la llave mágica de la competencia y del éxito). Por su casta, figura Alcayaga entre los privilegiados. Acaso su carencia de fortuna y la indolencia propia de las razas caducas, lo constriñen a permanecer pasivo y a contemplar los sucesos desde el margen de la vida. Alguna cultura literaria y filosófica y cierta predisposición a la crítica, cuyas raíces parecen nutrirse de su impotencia, salpican su conversación de picantes y sabrosas invectivas. A veces déjase arrastrar por la mordacidad y el despecho y entonces sus juicios pecan de absurdos, contradictorios y temerarios. Oigámosle:

«—...La aristocracia cedía su lugar, junto con la buena fe. Y ese sitio lo ocupaban los arribistas, los que en Chile denominamos con el expresivo nombre de siúticos. Bastaba mirar a la Cámara. Eran un

conglomerado de siúticos, estadistas de pacotilla, foragidos de la ambición que posponían el interés de la Patria, que fué sagrado para los políticos de antaño, a sus propios y viles intereses. Patricios—de los antiguos—quedaban poquísimos en las filas militantes. Se retiraban, desplazados por la canalla impúdica, que tiende a apoderarse como en la Francia de Loubet y de Fallieres, de todas las repúblicas sud-americanas. Los hijos de boticarios, que aprendían desde pequeños a falsificar las recetas y a suplantar al médico, suplantaban, en presencia de la nación, los intereses de la nación. El distintivo peculiar de estos siúticos era la mala fe, coraza de sus ambiciones malsanas. Protegían todo lo inescrupuloso. Formaban legión... Se amparaban unos a otros, masónicamente. El enemigo de ellos era el caballero, el pensamiento y el sentimiento honrados. Querían serlo todo. Conociéndolos a fondo, se veía su impotencia mental, su inescrupulosa condición de hombres y de ciudadanos. Habían crecido los arribistas a la sombra de algunos «patricios» negociantes también, que empollaban huevos de diversos colores y de variados tamaños, como la Avutarda. Decíanse ellos de la clase media. Tal vez... ¡Quién sabe...! Era, en dos palabras, el arribismo canalla...!»

¿Puede condenarse en forma tan rotunda a una mediocracia trabajadora, inteligente y virtuosa cuya hábil colaboración se multiplica en los rodajes fiscales, en las industrias y en la agricultura y en la actividad privada, por el hecho o circunstancia aleatoria de que algunos de sus miembros hayan fracasado políticamente al frente del actual gobierno? Pero dicho fracaso ¿tiene fundamento real o es una especie incubada en las pasiones partidistas? Y de ser efectivo ¿cabe positiva responsabilidad a los hombres nuevos? La acusación de Alcayaga resulta grave y, por diversos conceptos, antojadiza. Con parecido criterio, poco o nada conforme con la altura de miras y la se-

renidad que deben primar en la investigación de sucesos y personajes públicos, podría replicarse a Alcayaga que los políticos que llevan hoy la carga del gobierno han recibido la herencia de un régimen administrativo caduco y en descomposición, régimen sostenido durante los cien años de la república por un círculo de adinerados señorones de la casta de don Eulogio Fuenteviva, ese mercachifle sin Dios y sin Patria.

Nuevas tendencias de acendrada democracia empiezan a arraigar en los políticos dirigentes. Atravesamos una etapa de transición, y las transiciones, en el orden político, implican trastorno y cierta tendencia al caos. Ellas se manifiestan fatalmente en las reformas trascendentales del pueblo. Son como la retorta donde se purifican los altos ideales libertarios.

Esperemos. El tiempo nos dirá si en el móvil de los que nos gobiernan existen aleaciones impuras, si hubo clarovidencia en sus actos y firmeza en su corazón y, si al caer en yerros y desaciertos, puede vindicar su memoria al respeto de sus conciudadanos la sinceridad de sus convicciones. Por ahora parece prematuro proclamar juicios y poco equitativo y patriótico tomar la parte por el todo...

..... Sin querer nos hemos ido por el atajo de las digresiones. Un escritor autorizado ha definido la crítica artística como el viaje del alma al través de un libro. Nosotros sentimos las sugerencias de *Desplazado*, nos dejamos conducir por su pintoresco estilo que alcanza en veces sorprendente movilidad, que experimenta bruscos tropiezos y que se desliza a la deriva del orden natural de las cosas. Es una barca de poco calado, lo que le permite mecerse gallardamente con sus velas henchidas por la brisa. Suele tocar el limo del fondo y enturbiar las ondas azules. Enclavada en la proa abre sus alas diáfanas la quimera del amor... Pronto avistaremos la isla florida donde los perso-

najes centrales del romance resuelven el arduo problema de sus almas.

Eugenio Estrada Rovira y Teresa Rosales, son, por decirlo así, el eje de la novela. A la clase de los poderosos pertenece él; ella es de condición humilde. Una misma racha de amor empuja sus destinos y este enlazamiento afectivo suscita el conflicto, médula de la obra.

Dejemos en la penumbra a Teresita; es una figura descolorida, que palidece a la vera de su amante. Su carácter se nos antoja convencional, un sí es no es calculador. Sus entusiasmos sentimentales no llegan a amenazar el control de sus sentidos. Desde este punto de vista es más interesante Julia, la desdeñada, que cierra los ojos y ofrece sus labios a la tentación irresistible...

Eugenio Estrada Rovira, vástago de una familia de patricios empobrecida, es un tipo singular que, debido a una serie de descabros morales y económicos, desorbitase de su centro social y corre desahogado en pos de una cigarrera, en la que cree encontrar, atraído por el hechizo de sus ojos y de su palmito, el compendio de las perfecciones y venturas terrenales.

Lleva Estrada a flor de visual el cominillo de análisis. Aplica a sus investigaciones de la vida el residuo de sus lecturas favoritas. Hace cabalgar sobre sus narices las gafas ahumadas del pesimismo. En el fondo es un crédulo con vistas al romanticismo. En su espíritu sollozan los surtidores de mármol y languidecen los claros de luna...

Ha mirado al mundo por el agujero de la casa suntuosa de don Eulogio Fuenteviva, el viejo calculador y amoral hasta los tuétanos. Y ha creído a pies juntillas que el gran mundo es como una extensión de la perversidad de su jefe. Surge la disyuntiva entre su amor y el medio, y una vez más triunfa magníficamente el amor. Estrada se casa con la plebeya y el núcleo social a que pertenece lo lapida bajo la mole de su desprecio.

Al final de la novela adviértese en el carácter de nuestro héroe una notable depresión. El que, en la aguda crisis de sus cavilaciones, al fiotar entre las garras del prejuicio y la sonrisa del bien amado, gritara con airada rebeldía «no seré el primero de mi casta que me case con una cigarrera», doblégase ahora como si una catástrofe irremediable gravitase sobre su porvenir. No atina a recobrar sus fuerzas en el amor, fuente renovadora de la vida; y en vez de abofetear con puños poderosos a la sociedad que lo arroja de su seno, abate la frente y se disuelve como una sombra. No es un hombre; es apenas una ruina moral que se desmorona.

Resumiendo. Resiéntese esta obra de falta de reposo en su gestación. Su estilo, colorido y liviano, experimenta súbitas caídas, pareciendo, a trozos, más propio del artículo volandero que de una prosa de arte destinada a larga vida. Descúbrese cierto prurito de filosofía sin mayor transcendencia y alguna flojedad en la cohesión de las líneas generales. Pero sobre estas fallas, hijas de la inesperienza del joven autor, remóntase el talento literario de Vargas Bello, quien nos ofrece en *Desplazado* un interesante ensayo de novela.

La juventud es laboriosa y ama el mirto de la gloria. El autor que nos ocupa posee el fuego sagrado de la fecundidad y ha de regocijar nuestros ocios con sucesivas novelas de sustanciosa enjundia y bien pulimentado estilo. Y llegará un día en que se arrepienta de haber lanzado a la publicidad el primer fruto de su ingenio sin esperar su debida sazón; cuando esto ocurra, diremos que Vargas Bello está en camino de ser uno de los más sólidos prestigios de la novela nacional.

A. MAURET CAAMAÑO.

Antofagasta, Diciembre 1921.

Emilio Boutroux: *Williams James y su filosofía*.—Traducción castellana de Mario Falco Espalter,

con un prólogo de Eugenio D'Ors. —Montevideo.—1921.

No carece de significación el hecho de que en nuestra América se acometa la tarea de traducir trabajos filosóficos tan estimables como el difundido ensayo de Boutroux sobre James. Dignos el uno del otro, biógrafo y biografiado, se sienten en todas las páginas del bosquejo un amable calor de simpatía, aunque, fuerza es decirlo, Boutroux presenta al lector un James adaptado a sus gustos e inclinaciones, bastante distinto del que suelen imaginarse sus lectores directos.

La traducción del señor Falco Espalter representa un meritorio esfuerzo literario, excelente en la expresión y fiel a la idea. Estas cualidades de la edición uruguaya están aumentadas por el sustancial prólogo de Eugenio D'Ors, profundo y concreto como todo lo que brota de su pluma.

J. BARREDA.

Ernesto Greve.—*Sobre el estado de progreso de la náutica a la época del descubrimiento de Magallanes.*—1 vol. de 86 pág.—Santiago.—1921.

«El éxito de toda obra humana, dice acertadamente el señor Greve, no sólo depende de la constancia, valor o arrojo, o exclusivamente de las grandes ideas, sino también de los medios de que se dispone para alcanzar la realización de los proyectos o fin que se persiguen. No es, pues, posible apreciar debidamente un hecho heroico, una exploración geográfica, o, por fin, la labor

científica de un sabio, si no se investiga con anticipación sobre los elementos de que se dispuso a la época correspondiente, como tampoco podríamos calificar acertadamente una acción militar si no conociésemos los medios de defensa y ataque de que pudieron echar mano tanto el vencedor como el vencido ¿qué tiene, pues, de extraño que dediquemos algunos instantes, tanto a investigar como a precisar los medios de que pudo disponer Fernando de Magallanes para realizar su memorable hazaña?».

Tiene razón que le sobra el señor Greve. La portentosa expedición de Magallanes se avalora inmensamente cuando se conocen las grandes dificultades y los muy escasos medios de vencerlas con que tropezaba la navegación a principios del siglo XVI. Con vasta erudición y total dominio de la materia, estudia el señor Greve los principales de esos obstáculos: las dificultades para determinar la longitud y para fijar la hora, las que producía la falta de conocimiento de la corredera, la deficiencia de las cartas náuticas, etc.

Termina el meritísimo trabajo del señor Greve con una nomenclatura geográfica antigua del Estrecho de Magallanes relacionada con el viaje en que fué descubierto. Con su auxilio, nada es más fácil que determinar los nombres que llevan hoy las principales localidades y accidentes mencionados en las relaciones que del viaje de Magallanes han llegado hasta nosotros.

O.

INDICE

	Pág.
Ignacio Santa María.—Chile y Argentina en 1864.....	5
Madeiros e Albuquerque.—Flor seca.....	32
Marcial A. Martínez de Ferrari.—La coparticipación francesa en nuestra economía.....	42
J. Lagos Lisboa.—Croquis lugareño.....	51
B. Sanin Cano.—El descubrimiento de América y la higiene (Con- clusión).....	52
Pedro Rezska.—Errores de la pintura en el modernismo.....	60
Fidelino de Figueiredo.—Eça de Queiroz.....	77
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Francisco A. Concha Castillo, Humani- dad y patria.—José Ramón López, Estados Unidos de Norte América y la América Latina.—C. D. López, La baja de pre- cio en las materias primas es normal, como artificial fué el alza.—S., ¿Nombró O'Higgins General del Ejército Chileno a Albino Gutiérrez, el vencedor de Carrera?—Dos documentos sobre el ofrecimiento que en 1879 hizo Bolivia, apoyada vigo- rosamente por el Perú, a la República Argentina del territo- rio chileno entre los grados 24 (un poco al sur de Antofagasta) y 27 (altura de Caldera más o menos) a condición de que par- ticipara de la alianza Perú-boliviana contra Chile.....	89
BIBLIOGRAFIA.—Raúl Simón, La situación económica-política de los Ferrocarriles del Estado.—L. F. Choisy, Sainte Beuve. —A. Bossert, Schopenhauer et ses disciples.—J. H. Rosny, Torches et lumignons.—C. Saint André, Louis XV.—L. A. Sánchez, Historia de la Literatura Peruana. Los poetas de la colonía.—Homenaje de Cuba a la memoria de Rubén Darío. —Carlos Pezoa Véliz, Las campanas de oro.—Ramón A. La- val, Contribución al folklore de Carahue.....	106
Ignacio Santa María.—Chile y Argentina en 1864.—(Conclusión)..	113
Jorge Schneider L.—Progreso y Anarquía.....	129
Antonio Huneeus.—Historia de la nación francesa.....	141
Henrik Pontoppidan.—El nido del águila.....	148
Pedro Belisario Gálvez.—Recuerdos periodísticos.....	152
Manuel Blanco Cuartín.—Don Ventura Marin y Recabarren.....	172
Fidelino de Figueiredo.—Eça de Queiroz.—(Conclusión).....	179

J. L. Mandueño.—[Pobres bohemios!.....	196
José Manuel Balmaceda.—La pena de muerte.....	197
Marcos Silva Bascuñán.—Inconstitucionalidad de las leyes.....	203
NOTAS Y DOCUMENTOS.—R. Baudet, El cáncer y el radio.—Carta del General don Manuel Bulnes sobre la candidatura presidencial de don Manuel Montt.—X. X., El trabajo obligatorio en Bulgaria.—El Director Supremo O'Higgins nombró Coronel del Ejército de Chile a Albino Gutiérrez pocos días después del fusilamiento del General Carrera.....	210
BIBLIOGRAFÍA.—Joaquín Díaz Garcés, La Voz del Torrente.—Arturo Aldunate Phillips, Era una Sirena.—A. L. Valverde, Historia del Comercio.—R. Menéndez Pidal, El Cid en la Historia.—Reinaldo Muñoz Olave, Chillán y sus fundaciones y destrucciones.—Ch. Andler, Nietzsche, sa vie et sa pensée.—Francisco Zapata Lillo, El Torbellino.—J. Royère, Francisco Contreras.—H. Lopez de Mendoca, A inspiracao de Fernao de Magalhaes.—Alberto Zum Felde, Crítica de la Literatura Uruguaya.....	220
Eulogio Altamirano.—Cartas a don Aníbal Pinto.....	225
Pedro Pablo Larraín G. M.—En derredor del lago Llanquihue..	256
L. Abensour.—Luis XVII.....	271
Miguel Rasch Y.—Soneto.....	282
Leonardo Pena.—Carlos Pezoa Véliz.....	283
Marcos Silva Bascuñán.—Inconstitucionalidad de las leyes (Conclusión).....	288
Fernando de la Vega.—El Padre Coloma.....	317
NOTAS Y DOCUMENTOS.—El General Boonen Rivera.—Alberto Blest Gana, Gestiones hechas por orden del Gobierno de Chile en 1878 para vender los blindados Blanco Encalada i Cochrane.—X. X., La reforma agraria en Rumania.—C. Flamarion, ¿En la noche del 8 al 9 de Agosto de 1921 pasó la Tierra a través de la cola de un cometa?—O'Higgins nombró a Godoy Cruz Brigadier y a Albino Gutiérrez, primero Coronel y algún tiempo después Brigadier del ejército chileno.—Guillermo Billinghurst (hijo), Razones que movieron al ex-Presidente del Perú Billinghurst a proponer el aplazamiento del plebiscito estipulado en el Tratado de Ancón por el plazo de veintian años.....	318
BIBLIOGRAFÍA.—J. de Morgan, L'humanité préhistorique.—Azorín, Los dos Luises.—Jorge Schneider Labbé, Crédito popular.—M. del Campo, La question du Pacifique et l'Amérique latine.—J. Bravo Labarca, La educación comercial en Estados Unidos.—Francisco Donoso G., Las manos de Jesús.—Enrique Molina, De California a Harvard.—Cartas de Bolívar (1823-25)	333

Aníbal Pinto. — <i>Apuntes:</i> Don Manuel Montt y don Belisario Prats. —El proyecto de ley de cementerios laicos.—La ley de inconvertibilidad de los billetes bancarios.—La cuestión de límites con la República Argentina.—Conversación con don Manuel Bilbao.—Política y administración.—Reducción de la fuerza pública.—Dificultades que el Gobierno encuentra en el Congreso.—Tentativas para derribar la estatua de Buenos Aires.—Las calificaciones electorales.—Don Ambrosio Montt.—Don Julio Zegers.—La cuestión argentina.—El proyecto de tratado con la República Argentina en el Consejo de Estado, en la Cámara de Senadores y en la de Diputados.—Movimientos populares contra el tratado.—Renuncia del Ministerio Prats.—Formación del Ministerio Varas-Santa María.—El General Arteaga y el Almirante Williams.—Crisis ministerial.—Nombramiento del Ministerio Santa María-Amunátegui.....	337
Marcel Prévost. —La crisis del pudor.....	374
J. Benavente. —Maternidad.....	387
José María Delgado. —Cuadros del conventillo.....	390
Roberto Espinoza. —El Doctor Paul Rohrbach.....	392
Eulogio Altamirano. —Cartas a don Aníbal Pinto.—(Conclusión)..	398
Beltrán Mathieu. —Discurso pronunciado en el Congreso de los Profesores de Español de las Universidades Americanas.....	420
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Carlos Silva Vildósola, Lord Brice.—Eliodoro Yáñez, La condición legal de la mujer.—A. Zum Felde, Algunas consideraciones sobre la poesía en América.—L. Jacquet, El alcohol en Estados Unidos.—L. L., Por qué preguntan los niños y cómo se les debe contestar.....	426
BIBLIOGRAFIA. —Luis Barros Borgoño, Un aporte a la memoria del General Mitre.—E. Picón Lares, Orígenes de la literatura venezolana.—Tomás Thayer Ojeda, Reseña histórico-biográfica de los eclesiásticos en el descubrimiento y conquista de Chile.—G. Lacourt Gayet, Bonaparte membre de l'Institut.—Luis Vargas Bello, El desplazado.—E. Bontroux, W. James y su filosofía.—Ernesto Greve, Sobre el estado de progreso de la náutica a la época del descubrimiento de Magallanes.....	442
Augusto Orrego Luco. —La casa de Balzac.....	449
Alberto Blest Gana. —La situación financiera de Chile en 1878.....	485
Marcel Prévost. —¿Crisis de pudor o crisis de moral?.....	495
Julio A. Rubio. —Por el Magdalena.....	509
X. —¿Conoció el Presidente Errázuriz en 1873 el texto del tratado secreto de alianza entre el Perú y Bolivia?.....	510
E. Rodocanachi. —Un nuevo libro sobre Lucrecia Borgia.....	523
C. Pérez. —La teoría celular.—(Continuará).....	530

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Francisco A. Encina, El respeto de los hombres y el respeto de las ideas.—Alfonso Castro, Psicología de la juventud universitaria.—José Fernández Coria, Bécquer y Heine.—Miguel Oliver, La adulación del pueblo.....	552
BIBLIOGRAFIA.—J. Vendryès, Le langage.—G. Rodet, Drame et légendes.—C. Pitollet, V. Blasco Ibáñez: Sus novelas y la novela de su vida.—Luis Alberto de Herrera, La clausura de los ríos.—A. Lamar, Anatole France.—Ch. Steinmetz, L'industrie électrique.—R. Blanco y Sánchez, Refranero pedagógico hispano-americano.—S. Marín Vicuña, Ferrocarriles Internacionales.—Maurice Paléologue, La Russie des Tzars pendant la grand guerre.—Victor Cambon, L'industrie organisée d'après les méthodes américaines.—Henri Bataille, La tendresse.—Celinda Arregui de Rodicio, Laborando.—J. P. Paz Soldán, Cartas Históricas del Perú.....	545
Indice del volumen XIII.....	557